CURSOS Y CONFERENCIAS

SUMARIO

LA MUJER EN LA CULTURA DEL SIGLO XIX

ROBERTO F. GIUSTI	La revolución femenina
GUILLERMO DE TORRE	Emilia Pardo Bazán y los problemas del naturalismo
FRYDA SCHULTZ DE MANTOVANI	Gertrudis Gómez de Avellaneda
MARTA ELENA SAMATAN	Harriet Beecher-Stowe y Berta de Suttner
JULIETA GOMEZ PAZ	Rosalía de Castro
ADOLFO FERNANDEZ DE OBIETA	Tres revolucionarias religiosas del siglo XIX
JUAN MANTOVANI	La mujer en la reforma pedagógica

VIDA DEL COLEGIO — FILIAL ROSARIO

REVISTA DEL COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

VOLUMEN LIV
Números 285 - 286

AÑO XXVIII

AGOSTO
DICIEMBRE
DE 1959

CURSOS y CONFERENCIAS

REVISTA DEL COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual Nº 671.777

En la revista aparecen conferencias y resúmenes de clases pronunciadas en el Colegio Libre de Estudios Superiores, cuyo texto ha sido autorizado por los autores; también se publican ensayos de interés científico y literario, y sobre la educación y sus problemas.

En cada entrega hay una reseña de las actividades desarrolladas por el Colegio y un panorama de la actividad cultural argentina.

ARGENTINA y AMERICA LATINA: Suscrición anual $ 70 m/n. argentina.

OTROS PAISES: suscrición anual, cinco dólares.

CURSOS Y CONFERENCIAS no está a la venta en librerías. Sólo circula entre sus socios y amigos, como órgano de la institución.

Dirección y Administración:

CALLAO 468, 1er. piso, Oficina 7 A - T. E. 45-7436

BUENOS AIRES — ARGENTINA

SUMARIO DEL NUMERO ANTERIOR

FRANCISCO LAPLAZA: El problema de los derechos humanos y su protección internacional. — FLORENTINO V. SANGUINETTI: Reforma de la legislación universitaria argentina. — MANUEL LAMANA: José Ortega y Gasset y la juventud actual de España. — HERNAN RODRIGUEZ: Perspectiva de la automatización. — ERMILO ABREU - GOMEZ: La enseñanza del español. — GUNTHER BALLIN: La superación del naturalismo en la literatura alemana. — NOTAS: Valor cultural de las revistas - La Unesco y la enseñanza primaria en América Latina. — VIDA DEL COLEGIO: Filial de Bahía Blanca - Filial de Rosario.

Esta entrega Nº 285-286 de CURSOS Y CONFERENCIAS se terminó de imprimir el 10 de agosto de 1961 en los Talleres Gráficos "Continental" de Gurfinkel Hijos S.R.L., Lavalle 1671, Buenos Aires (Argentina)

Correo Argentino Cor. Central B

FRANQUEO PAGADO Concesión Nº 1849

TARIFA REDUCIDA Concesión Nº 259

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

H
05
C939

AÑO XXVIII
Volumen LIV
Números 285 - 286

CURSOS
Y
CONFERENCIAS

AGOSTO
DICIEMBRE
DE 1959
Buenos Aires

Centro Cultural General
Juan Martín de Pueyrredón
BIBLIOTECA PUBLICA MUNICIPAL
25 de Mayo 3108
7600 Mar del Plata

La revolución femenina

por ROBERTO F. GIUSTI

En la civilización occidental de estirpe grecolatina, nunca la mujer fue en la sociedad urbana sólo objeto de trabajo o de placer como en otras civilizaciones. Aunque sometida al hombre y privada de muchos derechos arrogádose por él, ejerció en el hogar atribuciones que la redimían en la esfera que le estaba asignada, de su servidumbre específica al esposo, quien, en la antigua familia griega y romana, dotado de poder sacerdotal, era juez absoluto, autorizado aun a matar a la mujer adúltera y a vender en servidumbre a la hija deshonrada. Con todo, en nuestra civilización, al evolucionar por constante ley histórica el régimen jurídico de la familia, se va viendo cómo la situación creada a la mujer constituye un criterio sobre el entero progreso moral del género humano. Ya los griegos se envanecían de su superioridad sobre los bárbaros en la manera de tratar a las mujeres; y otro tanto hacía el romano con relación al griego. Pero en todas las épocas hubo mujeres que rompieron el estrecho círculo hogareño. No se recordaba una sola poetisa en toda la latinidad clásica: modernamente una dulce elegíaca, Sulpicia, ha surgido, descubierta por los eruditos, del llamado *Corpus tibullianum,* en el cual andaban antes confundidos sus confidenciales dísticos amorosos con los de Tibulo, a cuya escuela perteneció. Poca cosa, pero la escena no queda vacía. Más animada de concretas o vagas figuras de poetisas está la antigüedad helénica: aparece entre ellas, Safo, "coronada de violetas, pura, dulce, sonriente", tal como la pintó Alceo en un verso inmortal, alma de un gentil núcleo literario femenino estúpidamente difamado, del cual también es re-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

298.808

cordada Erina; pero no son los únicos nombres. Otros fueron el de la arcádica Anite, celebrada epigramática, o los de las beocias Corina y Mirtis, famosas en la lírica coral. Ni son las solas inscritas por los griegos en el número de las llamadas Musas terrenas. Tampoco debemos olvidar en la sociedad helénica el papel que desempeñaron las hetairas, entre las cuales el nombre de Aspasia, la esposa de Pericles, no señala a una trivial cortesana, sino a una mujer ilustre.

Las letras ofrecieron al talento femenino una evasión de su *capitis deminutio* social, aun en la Edad Media, cuando más el ascetismo fanático exaltó la misoginia. No obstante, frente a las condenaciones monacales del sexo femenino, hechas con los más horribles dicterios, se levanta el culto de María, el cual significa la dignificación de la mujer, su exaltación al trono en que la celebran las letanías de la Virgen. Del siglo x nos ha llegado la obra en prosa y en verso de la monja Hrosvita; del xii las poesías de María de Francia; del xiv, la prosa mística de Santa Catalina de Siena; y si son recordados pocos trovadores hembras, entre ellos María de Champagne, no han sido olvidados en las cortes provenzales los nombres de algunas inspiradoras de finas trovas de amor, hasta culminar el imperio espiritual femenino, ora dulce, ora cruel, aunque siempre bendecido por el siervo, en los nombres inmarcesibles de Beatriz, la musa terrena de Dante, y de Laura, la inspiradora de los dulcísimos sonetos de Petrarca.

El Renacimiento, particularmente el italiano, se enriquece con coronas de mujeres ilustres, ya por su obra propia, ya por la que dictaron en su círculo cortesano con su gracia y su talento: de las primeras son memorables Victoria Colonna y Gámbara Stampa; de las segundas, son espejo, entre tantas, Isabel Gonzaga, en cuya corte de Urbino nació *El cortesano,* el libro ejemplar de Baltasar Castiglione, y Leonor de Este, dicha y tormento de Torcuato Tasso, el poeta de la *Jerusalem Libertada.* Se multiplica con el andar de los siglos la presencia de la mujer en las letras y en el poder espiritual, ejercido directa o indirectamente. El catálogo de nombres está de más por numeroso y sabido. No es breve la constelación de escritoras francesas, desde Margarita, hermana de Francisco I, rey de Francia, y reina ella de Navarra, la bocachesca narradora del *Heptamerón,* no inferior por la ilustración y el talento a sus coetá-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

neas renacentistas italianas, pasando por Luisa Labbé, "la belle cordière", la apasionada poetisa de Lyon; por Mme. de Lafayette, Mlle. de Scudéry y la chispeante Mme. de Sévigné, hasta llegar al siglo XVIII, donde la mujer culta, por lo común de pluma alerta y elegante, siquiera en el género epistolar (recordaré a madamas de Lambert, de du Deffand, de Geoffrin, de Condorcet, a Mlle. de Lespinasse), es centro amable de famosos salones y estimuladora de las letras y las luces filosóficas.

Y si España, por circunstancias históricas y sociales que es obvio describir, mantiene en más estrecha sumisión a la mujer, no niega a las letras, tampoco en la clausura del convento, la contribución de una Teresa de Ávila, y fuera de él, de una María de Zayas, novelista menor o, trasponiendo el Océano, la de la extraordinaria Juana de Azbaje, en religión Sor Juana Inés de la Cruz, pozo de ciencia religiosa y profana.

Junto a los poderosos la mujer, con sus invencibles artes persuasivas ha ejercido siempre su imperio aun en el serrallo, o disimulado o prepotente, bien o mal inspirado. No es corto el número de las que suben al solio como Teodora, la esposa de Justiniano, o se arriman a él, como Mme. de Maintenon, casada en secreto con Luis XIV. Y no es menor el de las mujeres que ejercieron con firmeza el poder por derecho dinástico, Isabel de Castilla, Isabel de Inglaterra, María Teresa de Austria, Cristina de Suecia, Catalina la Grande, sin desdeñar, como en el caso de la Reina Católica, de Catalina y de Cristina, proteger las letras y el pensamiento. Que, en ofreciéndosele la ocasión y el instrumento, la mujer es capaz de igualar al hombre en grandeza, energía y talento ejecutivo, y allá está Juana de Arco como dechado de varonía.

Con todo esto, fue el siglo XIX el que franqueó en la historia de la civilización occidental a la mujer el libre acceso a la mayoría de las profesiones, el que asentó en los países de cultura superior las condiciones sociales y bases jurídicas de su plena emancipación, realizada o por realizarse en el siglo actual, igualándola ante la ley con el hombre.

Reputo ocioso para mi objeto el debate sobre si tienen capacidades iguales para desempeñarse en la vida el hombre y la mujer; sobre hasta dónde son semejantes sus aptitudes biológicas y psico-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

lógicas. Las dos opiniones han sido sostenidas desde la antigüedad: del lado de ustedes, gentiles oyentes mías, estuvo Platón y, asimismo, se pronunciaron por la igualdad moral de hombres y mujeres los filósofos estoicos, quienes pedían para estas últimas un desarrollo intelectual más completo del que les concedían las costumbres del tiempo, admitiéndolas al estudio de la filosofía.

Que la genialidad no es propia de la mujer es afirmación controvertible, porque las aptitudes geniales necesitan terreno fértil, propicio, para desarrollarse, precisamente el que le faltó en los siglos a la mujer. Tampoco —vaya a modo de ejemplo resabido— habría podido Napoleón manifestar su genio militar y político, de haberle faltado al audaz condotiero las incitaciones que le venían del mundo convulso en donde impuso su ley, ni haberle ofrecido la Revolución un campo arrasado, abierto a las más osadas ambiciones. Ciertamente, al manumitirse, la mujer ha demostrado ser apta para muchas cosas que se suponían incompatibles con su naturaleza. Así va ella arrinconando cada día más en sus reductos doctrinarios a los que aspirarían a mantenerla en los solos menesteres del hogar y en el cuidado de la prole. Pero no pertenece a mi tema fijar los límites de la capacidad intelectual femenina, ni me atrevería a intentarlo. Se me figura, sí, limitada para el despliegue de ciertas actividades en su máxima elevación, tales como la especulación filosófica o la creación musical; pero el futuro tal vez pruebe que estoy equivocado. La pregunta que se hace Virginia Woolf en su libro *Un cuarto propio,* es legítima: ¿qué habría sucedido si en vez de nacer con genio Shakespeare, ello le hubiera ocurrido a una hermana suya? Igualmente válida es la respuesta que se da la encantadora novelista: en un tiempo en que les estaba prohibido a las mujeres representar en la escena, ¿puede imaginársela a la supuesta hermana genial del dramaturgo golpeando a las puertas de los teatros, afrontando insultos, burlas, vejámenes, para que le representaran sus manuscritos? Pregunto yo: ¿concebiríamos a una Jorge Sand en la España de Felipe II? Si la desdichada Juana de Azbaje dos siglos después, en el del iluminismo, debió plegar en México las velas en su audaz navegación a través del océano de las ciencias dichas profanas, detenida por la reprimenda del obispo Fernández de Santa Cruz, ¿habría podido una contemporánea de Santa Te-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

resa, no ya publicar, sino concebir a *Indiana,* a *Lelia,* a *Valentina*? Pregunta y respuesta resultan casi verdades de Perogrullo; sin embargo, son demostrativas. En el mismo orden de razones, pensando en la secular frustración de las facultades intelectuales de la mujer por obra de las circunstancias, cuando éstas no nos permiten salir de nuestro estado potencial, me repito la famosa elegía de Tomás Gray allí donde en el cementerio de aldea, lamentando las glorias que pudieron ser y no fueron, por la limitación de horizonte, exclama (traduzco):

Cuánta perla gentil, rica y lozana,
de puro brillo y esplendor serena,
vedada siempre a la codicia humana
guarda la mar en su profundo seno!

No conozco ningún libro en que se dilucide de un modo completo y exhaustivo el capítulo de sociología e historia de las costumbres destinado a estudiar la condición de la mujer en el siglo XIX, sus progresos y conquistas en el campo jurídico y político, y también sus derrotas, su incorporación al ejército proletario, su cambiante situación en la familia, sus actividades totales. Abundan los alegatos en pro y en contra, los planteos teóricos, y dispersos andan muchos valiosos fragmentos de dicha historia, pero completa no sé que la haya.

Mi propósito es mucho menos ambicioso. Apartando las cuestiones generales antes enunciadas, he de concretarme a señalar las empresas que en dicho siglo realizó la mujer en esferas diferentes de la cultura intelectual, y a recordar a sus excelsos o más significativos paradigmas.

La exploración del campo donde más le ha sido dado a la mujer, desde la antigüedad, desplegar las virtudes de su alma: la sensibilidad, la fantasía, la fineza de la inteligencia —me refiero, se comprende, a las letras— ofrecería asunto de por sí para un curso. El siglo XIX, en todo el Occidente, y también en la América hispánica, ofrece una legión numerosa de narradoras de talento, algunas de ellas posiblemente geniales. Francia, que en el siglo XIX tuvo la primacía en la cultura occidental, abre la procesión ilustre con Mme. de Staël, y la cierra con una pléyade de escritoras que rivalizaron dignamente en la novela y en la poesía con sus compañeros de en-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

sueños y trabajos. Elegiré entre las últimas unos pocos nombres: Luisa Ackerman, la rumana Elena Vacaresco, secretaria y traductora de la reina poetisa que firmaba Carmen Sylva, y ya entre los dos siglos, Ana de Noailles, la última romántica.

Mme. de Staël, la hija del financiero Necker, mimada por la fortuna y los halagos sociales bajo el antiguo régimen, la tenaz enemiga de Napoleón, abre el siglo con tres obras capitales, cuya influencia renovadora la pone al lado de Chateaubriand, como manifiesta introductora del romanticismo en Francia, cosa que equivale a decir, en el mundo occidental. La extensión del influjo ejercido sobre el siglo XIX por esa mujer, que unió altísimas dotes de la inteligencia a una rara capacidad de fervor por las causas grandes, es incalculable. Mme. de Staël descubrió la literatura alemana a los franceses, italianos y españoles, originando una revolución de las ideas, el arte y el gusto, de extraordinaria trascendencia; ella, personificándose en la soñadora Corina, vagante entre las ruinas de Roma, inspiró la musa del byroniano *Childe Harold,* entre otras inmortales. Como de la revolución femenina hablamos, no podríamos olvidar que el planteo de las reivindicaciones feministas puede datarse desde la aparición en las letras de aquella mujer genial.

Jorge Sand es literalmente la descendiente más inmediata de Mme. de Staël. La emancipada Lelia vivió como ninguna otra mujer en el epicentro volcánico del siglo, así como Delfina y Corina, las heroínas de Mme. de Staël, concurrieron a causar la conmoción. Cuando hayamos hecho a un lado como una anécdota pintoresca sus amores tempestuosos hasta que se convirtió en la apacible castellana de Nohant, siempre deberemos reconocerla una de las mayores escritoras del siglo y además la abanderada de los derechos femeninos reclamados sin concesiones del tiránico varón. Puede disentirse de algunos de sus planteos; no es posible ignorar la repercusión de su voz. Junto a ambas, aunque escondida recatadamente en la penumbra, yo pongo a Marcelina Desbordes Valmore, merecedora entre las musas románticas de ver esculpido su nombre en el zócalo del monumento flanqueado por los cuatro mayores corifeos de la escuela, Lamartine, Víctor Hugo, De Vigny y Musset.

No fue menos rica y luciente la corona de escritoras inglesas del siglo. No puedo recordar dónde leí alguna vez una explicación

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

de por qué en la época victoriana desempeñó la mujer tan importante papel en la novelística. Parece que arrinconadas en los presbiterios donde nacieron muchas de ellas de padres pastores, o estuvieron unidas con *clergymen* en matrimonio, sin ofrecérseles otra actividad que los quehaceres domésticos, tejer, bordar y la lectura de la Biblia, no fueron pocas las inteligencias bien dotadas que encontraron distracción en el confinamiento de los días invernales, en tejer otra suerte de telas: las de sus ficciones. Ejemplo muy característico, el de las tres hermanas Brontë: Carlota, Emilia y Ana. Valga o no la explicación parcial, lo cierto es que las mujeres sajonas, más independientes y enérgicas que las de otros países, conquistaron antes que éstas el derecho de ejercer las profesiones intelectuales reservadas por tradición a los hombres; y así crece desde el siglo XVIII la legión de las novelistas inglesas, cuyo número ha ido aumentando incesantemente desde la primera guerra mundial hasta alarmar a los novelistas del sexo dicho a veces contrario. Muchos nombres han caído en el olvido; pero de otros, los de Jane Austen, George Eliot, Carlota y Emilia Brontë, no parece eclipsarse por ahora la fama. A ésos agregaría yo el de la sobrina del ilustre crítico Mateo Arnold, Mary Humphry Ward, cuya voluminosa novela *Robert Elsmore,* apasionó a fines del siglo a los lectores ingleses por sus planteos religiosos y sociales. ¿Y cómo olvidar a las dos excepcionales poetisas, Cristina Rossetti, émula de su hermano Dante Gabriel, e Isabel Barret, alma gemela de su esposo, el poeta Roberto Browning? Inspiradora, Isabel, lo diré de paso, de una deliciosa fantasía, *Flush,* escrita, pero ya en nuestro siglo, por otra mujer, Virginia Woolf, no impar a los mayores novelistas contemporáneos. Descendiendo de las inquietantes alturas de *Cumbres borrascosas,* la apasionante novela de Emilia Brontë, llegaríamos en la época victoriana hasta el éxito impresionante, logrado en nivel más bajo, por María Corelli, cuya pluma no descansó sino a su muerte, ocurrida ya muy entrado el siglo presente, o por su competidora "Ouida", seudónimo de Luisa de la Ramée, abastecedoras ambas, entre muchas, de una gran masa de lectores menos exigentes que los de George Eliot y Carlota Brontë.

Importa notar, sin embargo, que algunas de esas escritoras de segundo orden, de fines de la época victoriana, encararon en sus

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

novelas con espíritu realista y valor documental la posición de la mujer en la sociedad moderna, contribuyendo al éxito de las campañas feministas.

España no se quedó atrás en el siglo XIX en esta competición entre el talento literario femenino y el masculino. El ejemplo de Cecilia Böhl de Faber, más conocida por su seudónimo Fernán Caballero, de sangre alemana y tradición romántica por su padre ilustre, acaso no fue ajeno como estímulo a avivar vocaciones literarias en su sexo. Hoy Fernán Caballero podrá resultarnos anticuadamente ingenua, pero la autora de *La gaviota* seguirá siendo alguien de mucha importancia para el historiador de la literatura que no olvide su contribución en la península al nacimiento de la pintura de costumbres y a los estudios folklóricos. Vivas están en cambio todavía, *Las pazos de Ulloa, La madre Naturaleza* y otras novelas de Emilia Pardo Bazán, talento múltiple y valiente —viril diríamos, con ser ella muy mujer— de narradora, periodista, polemista, crítica, diestra en todas las técnicas de su arte, cuyas ficciones, no obstante el fuerte sabor vernáculo y entroncar con la tradición gloriosa del realismo español, pertenecen ya al círculo de la narrativa europea por finos entronques en el naturalismo e impresionismo franceses.

Otras dos mujeres ilustraron la literatura romántica peninsular con creaciones que admiten la comparación con las más señaladas de sus contemporáneos. Una de ellas fue Gertrudis Gómez de Avellaneda, disputada, desde la hora de sus triunfos en la lírica y el teatro, entre la literatura cubana y la peninsular. Haciendo a un lado las desmesuradas alabanzas que en la hora de los triunfos alfombraron su paso, me atendré al juicio de Fitzmaurice-Kelly, precisamente por haberla juzgado con muchas reservas. El hispanista inglés consideró que ninguna poetisa moderna había superado a la Avellaneda en fervor lírico, a no ser Cristina Rossetti. Hay más. Si nos asomamos a la existencia tempestuosa de la ardiente Tula y recordamos sus alegatos contra las proscripciones sociales que alcanzaban a la mujer y contra las limitaciones de su libertad de acción, todos pensaremos cómo en la vida española la poetisa cubana fue característica expresión de la mujer que tuvo su prototipo romántico en Jorge Sand y en sus heroínas.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

La otra fue la melancólica poetisa de Padrón, Rosalía de Castro, a quien, particularmente por sus hondos cantares gallegos, la crítica moderna, en sus renovadas valoraciones, ha puesto por encima de todos sus contemporáneos, en la segunda generación romántica, con excepción de Bécquer.

Antes de dejar la contribución femenina a las letras de nuestra lengua en el siglo XIX, la cual ha ido creciendo de un modo impresionante en el actual con nombres y obras que todos tenemos presentes, muy particularmente en el Uruguay y en la Argentina, quiero sacar del panteón del olvido donde yacen tantos escritores, inmerecidamente algunos, a Carolina Coronado, delicada poetisa de tendencias místicas, contemporánea de la Avellaneda.

En la Argentina, el nombre de Juana Manuela Gorriti sobrenada apenas en la memoria de la posteridad; sin embargo, no quiero olvidarlo. Tal vez sea más recordable hoy la talentosa novelista salteña por la significación de su vida y su obra, que por las desbridadas y antaño muy celebradas fantasías románticas, en que prodigó, hija de su tiempo, sus indudables aptitudes de narradora. En el medio todavía aldeano en que se desenvolvió, ella fue capaz de arrostrar las prevenciones sociales, atreviéndose, como lo hizo en Lima, separada de su esposo, el presidente de Bolivia, Belzú, no sólo a sostenerse con sus hijas, como periodista y educadora, sino a tener un salón, que no otra cosa fueron su concurrida tertulia y sus veladas literarias y musicales. Y puesto que historiamos la emancipación social e intelectual de la mujer, no puedo olvidar a María Sánchez de Thompson, a la famosa, en nuestros anales, Mariquita Sánchez, decoro de la sociedad e inteligencia porteñas en los primeros decenios de nuestra vida independiente.

También fue significativo el papel que la mujer desempeñó en el romanticismo alemán, si no siempre como creadora, sí con frecuencia como inspiradora de altos poetas y músicos. El amor de famosas mujeres está entretejido en la obra de Goethe y de Wagner.

Escasos fueron los aportes femeninos a la literatura italiana en el siglo XIX hasta llegar a sus últimos decenios; en compensación queda la memoria en los fastos del "Risorgimento", en los años de fervoroso heroísmo que corrieron entre los movimientos de 1821 y el 70, de valientes mujeres patriotas, pertenecientes casi todas ellas,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

cuando no a la aristocracia, a la burguesía ilustrada, quienes fueron fermento y estímulo de la devoción de innumerables varones a la causa de la unidad italiana, y su apoyo en las horas de prueba. Fueron muchas las que se sintieron personificadas en Clarina, heroína popularísima de un poema de Berchet, la cual mueve a su amante a combatir por la redención de Italia y lo llora luego infortunado en la empresa, y desterrado.

Hacia fines del siglo, cuando ya la península entera, salida de su fragmentación secular, hace eco, sin artificiales fronteras políticas, a las voces de los escritores publicados en Roma, en Milán, en Florencia, en Turín, en Nápoles, en Sicilia, entonces sí la poesía y la literatura narrativa se enriquecen con el acento femenino. Recordaré entre las escritoras que adquirieron notoriedad entonces, a las poetisas Eva Cattermole Mancini, cuyo sombrío seudónimo byroniano, "Condesa Lara", tuvo harta justificación en su pasional vida dramática y muerte trágica; a la angloitaliana Annie Vivanti, amiga querida de Josué Carducci, cantada por el ogro amansado por sus ojos azules y su fresco talento juvenil; a Victoria Aganaor Pompili, sobre cuya tumba se suicidó el esposo afligido; a Enriqueta Capecelatro, duquesa de Andria; a Ada Negri; y a las novelistas Matilde Serao, *Neera* y Gracia Deledda. Esta última publicó su primer libro en 1895; pero la obra novelesca que le ganó el premio Nobel la compuso en el siglo presente. La lombarda *Neera,* seudónimo adoptado por la fecunda novelista y polemista Ana Radius Zuccari, nos interesa en esta historia en cuanto discutió el problema de la mujer, adoptando una posición antifeminista contraria a la igualdad material entre los sexos, razonada con inteligencia, calor y argumentos no ciertamente antifemeninos, y también la napolitana Matilde Serao, narradora de vivaz fantasía y límpida visión, particularmente conocida entre nosotros decenios atrás por la traducción de su novela naturalista *Il paese di cuccagna* ("El país del holgorio"), periodista y narradora que fue ejemplo de masculinidad literaria —lo digo recordando que, según cuenta Benedetto Croce, ella dividía a las mujeres escritoras en viriles y femeniles—; pero más significativa, mirada desde el punto de vista en que me he colocado, fue Ada Negri, la maestrita de aldea, hija de obreros, criada entre obreros y campesinos, que en 1890 volcó a los veinte años su fervor

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

humanitario en un popularizado libro de versos, *Fatalitá,* seguido antes de que el siglo concluyera, de otro no menos popular, *Tempeste.* Los lustros fueron encauzando la lírica de Ada Negri, quien vivió hasta 1941, por otros rumbos, lejos ya del arte comprometido, hacia una mayor intimidad, y elevándola a un más alto nivel poético bajo nuevas influencias, pero la poetisa de los oprimidos y los afligidos, la que asignaba a sus versos una misión social, es muy representativa de la atmósfera de aquel fin de siglo: con esos versos, convertidos en acción, ella concurría a las batallas que se libraban en Europa por la redención política y económica del proletariado, ideales a los que en Italia, en esa hora agitadísima, adherían poetas como Pascoli, y aun D'Annunzio, literatos prestigiosos como De Amicis, Graf, Ojetti, pensadores y estudiosos como Lombroso, Ferrero, Ferri, Antonio Labriola.

Este es otro aspecto capital de la que he llamado la revolución femenina: la mujer combatiendo por la justicia y la libertad. Las páginas que ocupan en esa historia las heroínas y mártires rusas en lucha contra el zarismo, afrontando la cárcel, la tortura, el confinamiento en Siberia, la horca, o las que murieron en el banquillo por la libertad americana como Pola Salavarrieta, conmueven hasta las lágrimas. Si no figuras trágicas como tantas de aquéllas, o intensamente dramáticas como Luisa Michel, "la Virgen Roja", soldado de la Comuna de París, organizadora del Comité Central de la Unión de Mujeres, en cuya tumba se lee que no conoció otra cosa que la miseria y la cárcel, se mostraron no menos admirablemente tenaces en la defensa de la causa abrazada, aquellas que abrieron el camino a las grandes reformas políticas y sociales realizadas en este siglo. La emancipación de la mujer, por la cual han combatido muchísimos hombres generosos, en número sin duda mayor que las propias mujeres, por haberse mantenido éstas en la pasividad atadas por el prejuicio o el conformismo, pertenece por entero al siglo XIX. Por espacio de media centuria la obra de María Wollstonecraff, *La vindicación de los derechos de las mujeres,* publicada en inglés el año 1791, no tuvo casi resonancia. La Revolución Francesa las excluyó de los derechos políticos, y aun de la acción pública: hasta ellas no llegaban los Derechos del Hombre. Sólo en 1869, un filósofo, John Stuart Mill, además de defender los derechos

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

de los obreros, alegaría con autoridad en favor de la igualdad completa de condiciones para el desenvolvimiento de ambos sexos en su libro *Sujeción de las mujeres*. En adelante el movimiento cuya reseña, ya lo dije, no me incumbe hoy, fue triunfando más o menos lentamente según los países, pero admiremos a las heroicas estudiosas que se atrevieron las primeras a pisar las aulas superiores a medida que fueron abriéndoseles, en la Universidad de Zurich en 1867, poco después en la de París, algo más tarde en las de Suecia, Dinamarca, Italia; admiremos a Isabel Blackwell, al disputar la autorización legal, que obtuvo, para practicar la medicina en Nueva York en 1849; admiremos a todas aquellas que, arrostrando la mofa, el desprecio, la calumnia, osaron hacer otro tanto en las diferentes profesiones liberales. Recordar a la doctora Cecilia Grierson, la primera médica argentina, cuyo diploma llevó la fecha de 1886, es de elemental justicia.

Fue también la primera universitaria argentina. La voluntad tenaz le venía de su estirpe escocesa. La adiestró viviendo hasta la adolescencia en la campaña entrerriana y uruguaya, aunque había nacido en Buenos Aires. A los trece años de edad regenteaba en Entre Ríos una minúscula escuela rural, de estancia. Sarmiento pasa entonces por su existencia, defendiéndola de la arbitrariedad de un inspector. Después estudió en nuestra Escuela Normal y se recibió de maestra. En 1882, cuando tenía veintidós años, para defenderse de afligentes penurias económicas y, bello rasgo de su alma, animada por la esperanza de curar a una amiga querida a quien veía encaminarse hacia la muerte, decidió estudiar medicina. Pueden ustedes figurarse de qué valor se habrá armado para arrostrar, así la burla o la compasión despectiva de la sociedad como para adaptarse al anfiteatro y a la clínica, ella sola entre tantos varones, capaces, algunos, podemos suponerlo, de hacerla sufrir las peores novatadas. Mientras estudiaba seguía ganándose la vida enseñando. Su carrera de profesional está señalada por muchas y fecundas iniciativas, entre éstas la fundación de la primera escuela de enfermeras de la América Hispánica.

El movimiento feminista argentino la cuenta entre sus iniciadoras. Falleció hace veinticinco años a los 75 de edad.

Archivo Historico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Nombré a Stuart Mill. También es de estricta justicia recordar

a su inspiradora, Mistress Mill en segundas nupcias, noble figura femenina. En sus memorias el filósofo ha explicado con desinterés admirable cuál fue en su obra la contribución de la íntima colaboradora. Refiriéndose al citado libro sobre la esclavitud de las mujeres, publicado después de la muerte de su esposa, declaró que le pertenecía a ésta por provenir del fondo de pensamientos que tenían en común, por sus innumerables conversaciones y discusiones sobre el tema.

Acabo de referirme a otro papel desempeñado por la mujer en el siglo XIX: el ser aliento y sostén del hombre (esposo, hermano, padre, amante, compañero) en sus luchas y trabajos. El poeta y ensayista Rafael Alberto Arrieta ha tratado este tema con su acostumbrada elegancia en un libro que lleva por título *Las hermanas tutelares*. Estas fueron Paulina Leopardi, Dorotea Wordsworth, Eugenia de Guérin y Enriqueta Renan, María Pascoli e Isabel Rimbaud.

Pero aquí no se agota la lista. ¿Quién podría formarla, completa, de las musas románticas inspiradoras de escritores y músicos, de las modernas Egerias de políticos y estadistas, en ocasiones, sutiles instrumentos de la realización de los planes de aquéllos? Me sentiría tentado a trazar la silueta de algunas famosas; pero si lo hiciera resultaría injusto con las muchas que callara. Un misógino argumentará que no han sido menos las mujeres que, sin retroceder más allá del siglo XIX, malograron o agostaron prometedores o efectivos talentos masculinos. Lo sé. También en el libro de la vida siempre se inscribe un pasivo frente al activo. Sin embargo, en ocasiones, hasta en la traición y la infidelidad la mujer ha inspirado al hombre: me remito a Jorge Sand y a su contemporánea, la aplaudida Mme. Dorval, a quien debemos, de rechazo, el angustiado poema de Alfredo de Vigny, *La cólera de Sansón.*

Et plus ou moins, la femme est toujours Dalila

sentenció despechado el poeta después de la ruptura, maldiciendo en la amante a todas las mujeres y su perfidia. ¿Por qué no reconocer que la recíproca es exacta?

Desde cuando la mujer se irguió para reivindicar sus derechos en la familia y en la sociedad, desconocidos y pisoteados durante

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

siglos, y a medida que fueron desapareciendo o aflojándose las influencias inhibitorias que la ataban, su aporte al progreso colectivo se hizo efectivo en muchos órdenes ajenos a su exclusivo interés personal o de sexo. En la lucha por las reivindicaciones obreras, entre tantas figuras merecedoras del recuerdo, descollaron en el siglo pasado la española-peruana Flora Tristán, cuya obra es menos conocida de cuanto se merece, y la inglesa Beatriz Webb, colaboradora de su esposo Sydney en el estudio del pauperismo y sus causas y en historiar el movimiento sindicalista británico, a cuyo desarrollo contribuyó eficazmente así como al del partido laborista. Otra española ilustre, Concepción Arenal, ha vinculado su nombre a la reforma carcelaria, tanto con su sesuda obra escrita cuanto por su acción humanitaria de visitadora de prisiones. Benemérito será siempre el nombre de Florencia Nightingale, quien, de un corazón movido por la piedad sacó la decisión durísima de cumplir la obra compasiva a que se dedicó, la creación de las ambulancias militares en la guerra de Crimea, de 1855. Inútil decir que no fue "la señora de la lámpara", como llamaban en los hospitales de sangre a la insomne visitante nocturna, la primera mujer consagrada en los siglos, con desprecio de su salud y aun de su vida, a la asistencia de los enfermos, y aquí tengo el deber de inclinarme respetuoso ante la obra de caridad que han cumplido y cumplen ciertas órdenes monásticas femeninas; pero importa destacar que con Florencia Nightingale nace la moderna asistencia hospitalaria, hecha con comprensión técnica y moral. Está reconocido que las actuales instituciones hospitalarias tienen todavía por régimen fundamental las reglas dictadas por esa obstinada heroína, salvadora de tantas vidas en los campos ensangrentados de Crimea. Una proyección de su obra es la creación posterior de la Cruz Roja.

Y por más que *¡Abajo las armas!,* el valiente alegato contra la guerra, de la baronesa Berta de Süttner, segundo, cronológicamente, premio Nobel de la paz, no haya impedido ninguna de las atroces matanzas posteriores a su publicación en 1890, no queda menos en la historia del espíritu como valioso documento de resonancia moral, fuente de quién sabe cuántas inspiraciones pacifistas encaminadas a moderar los ímpetus ferinos del hombre. Tolstoi le atribuía la misma importancia que tuvo *La cabaña del tío Tom.*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

No paró ahí la obra de la generosa escritora austríaca. Hasta su muerte, ocurrida en 1914, siguió predicando en congresos y movimientos pacifistas, propugnando el sueño, por tantos acariciado, de los Estados Unidos de Europa. En este mismo campo no quiero olvidar una figura femenina insuficientemente conocida y, como tal, injustamente juzgada, la baronesa Juliana de Krüdner, cuyo sueño místico de hacer triunfar la paz sobre el planeta, al que ligó un tiempo al emperador de Rusia, Alejandro I, con el extraordinario aunque pasajero ascendiente que ejerció sobre él, después de la caída de Napoleón, fue traicionado en el sistema político de la Santa Alianza, no por su culpa. Sainte-Beuve, en la afectuosa semblanza que trazó de ella, estudiando a la vez su notable obra literaria en la línea prerromántica, la llamó "la Juana de Arco de la paz, de la unión y de la misericordia", diciendo no podérsela figurar por su ardor religioso y profético sino en el siglo de Santa Teresa.

Y pues que de especulaciones místicas tratamos, si bien aquí piso un terreno que me es desconocido, no me es posible ignorar la influencia ejercida sobre millones de almas con aspiraciones al bien por una mujer excepcional, Elena Blavatsky, teósofa famosa, y su no menos famosa discípula Ana Besant, dotadas ambas de un saber teórico y práctico no inferior al fervor proselitista. El díptico puede ser convertido en tríptico, incluyendo otra efigie en el mismo marco espiritual, aunque ésta representara un sistema parcialmente distinto de símbolos y principios. Me refiero a Mary Baker-Eddy, la fundadora de la "Christian Science", otra curiosa figura apostólica, otros dicen, de impostora, que encontró un biógrafo eminente en Stefan Zweig.

De estas olas de fe, de piedad, de esperanza, desatadas en el siglo XIX por intrépidas mujeres, no podría olvidársenos el sentimiento antiesclavista que hizo arder en innúmeros corazones la norteamericana Enriqueta Beecher Stowe con su difundidísima novela *La cabaña del tio Tom*. Y obsérvese cómo todos estos movimientos dispersos convergen a fines semejantes de elevación humana. Harald Höffding, el filósofo danés, explicaba a fines del siglo pasado, defendiendo el voto político para la mujer, que el movimiento en pro de su emancipación surgió del otro, abolicionista de la trata de negros. Porque cuando las mujeres americanas tomaron parte activa en el

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

segundo, su derecho a entrar públicamente en escena chocó con una resistencia exasperada, la cual llegó al máximo en el gran mitin antiesclavista celebrado en Londres en 1840. Por singular paradoja se pretendió prohibir el acceso a las representantes enviadas por los Estados Unidos, considerándose que tales manifestaciones femeninas "eran contrarias a las costumbres del país y a la ley de Dios". Sólo entonces empezó la agitación en favor de la emancipación de la mujer, en la cual tomaron parte tantas de éstas, eminentes —afirma Höffding—.

En la misma línea debe ser puesta la elocuente escritora y pedagoga sueca Ellen Key, cuyo libro *El siglo de los niños* sigue manteniendo su prestigio de bondad y comprensión del alma infantil. Lo publicó en los umbrales del siglo actual cuando ella ya tenía cincuenta años y había empleado su aguda inteligencia en la defensa de cuantos la sociedad oprimía o maltrataba. No es pequeño mérito de ese libro haber encarado la emancipación femenina con calor polémico desde puntos de vista contrarios al feminismo dogmático, olvidado éste, a su juicio, de la cuestión fundamental: la salvaguarda de la madre y del niño. El niño, sobre el cual se han inclinado con tanta inteligente penetración como amor muchas eminentes educadoras, entre quienes alcanzó particular notoriedad a fines del siglo pasado y ya entrado el presente la médica italiana María Montessori, cuyos métodos educacionales representaron valiosas innovaciones en un campo que parecía reservado, a través de los Comenio, los Herbart, los Pestalozzi y los Froëbel, a la sola iniciativa masculina.

El ingreso de la mujer en la enseñanza de un modo activo y creador también se produce en el último tercio del siglo XIX en la República Argentina. ¿Qué más, si aun en naciones más adelantadas se mantenía contra la mujer el prejuicio que la relegaba a la condición de uno de los enseres domésticos, sin haber variado gran cosa a través de los siglos en el concepto general, la ponderación que de la esposa ejemplar hacía el clásico epitafio romano: "Lanam fecit, domum servavit"?

"La mujer —ha escrito nuestra compatriota Josefina Marpons—, parece no haber tomado parte en la vida argentina sino como pretexto de anécdotas, romances y escenas de valor principalmente lí-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

rico o heroico. Juana Azurduy, Manuela Pedraza, Manuelita Rosas, la capitana Céspedes, las damas mendocinas, Mariquita Thompson, en el concepto común decoran más que integran el pasado argentino... Hernández en *Martín Fierro* apenas la menciona al pasar. Mármol en *Amalia* hace de la protagonista un comodín para mostrar la resistencia de los hombres contra la tiranía, a quienes Amalia presta una solidaridad pasiva. La realidad indica otra cosa. A poco que se la ahonde han de hallarse más que estampas femeninas de salón y de barricada. No todo es lo que está en la gran gesta y en los grandes gestos".

En esa realidad preterida yo insertaría en ventajoso lugar a las primeras maestras normales argentinas salidas de las escuelas fundadas por Sarmiento, escuelas que fueron antaño instrumentos de cultura imponderables en los aislados núcleos urbanos dispersos en el vasto territorio y creados por el desierto físico e intelectual. A este respecto también son dignas del recuerdo las educadoras norteamericanas que el amigo de Mistress Mann trajo a enseñar a nuestra tierra y en ella hicieron fecunda labor educativa, dejando de sí una muy honrosa memoria; ni he de olvidar yo a maestras argentinas como Juana Manso y Francisca Jacques, sobre quienes se ejerció la influencia directa o indirecta del sanjuanino.

Solamente en el siglo XIX la mujer alcanzó en el teatro a empuñar el cetro efectivo y no solamente el de ficción, con todos los atributos de la realeza aclamada y reverenciada. Alejada durante siglos, qué digo, milenios, de la escena, o, si no en todo tiempo derechamente infamada su profesión, sí considerada deshonrosa, alcanza al fin a someter a las volubles, caprichosas plateas al talento cuando no al propio capricho. Demasiado larga es la lista de las grandes actrices que ilustraron en ese siglo los escenarios europeos, famosas como lo han sido luego o lo son en el siglo actual las Garbo, las Dietrich, las Leight, las Lollobrigida, para que sea posible, ni siquiera oportuno, nombrarlas a todas. La historia ilumina entre tantas a muchas en la escena francesa: Mlle. Mars, no olvidada intérprete de doña Sol en el famoso estreno de *Hernani*; Mme. Dorval, antes citada; la Rachel, que con su arte volvió a imponer las heroínas racinianas a las plateas románticas; o, ya en los días que algunos alcanzamos, pero viniendo del siglo pasado, Sarah Bernardt

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Centro Cultural General
Juan Martín de Pueyrredón
BIBLIOTECA PUBLICA MUNICIPAL
25 de Mayo 3108
7600 Mar del Plata

y Réjane; en la italiana, la famosa trágica Adelaida Ristori, Jacinta Pezzana y la incomparable Eleonora Duse; en la española, Rita Luna, Matilde Diez, las dos hermanas Bárbara y Teodora Lamadrid, María Guerrero. No me siento capaz de entrar en el teatro inglés ni en el alemán ni en el ruso. Pero he de hacerle un lugar en esta estimación de la mujer triunfante en las tablas, a Trinidad Guevara, la celebrada actriz argentina de la época de la Revolución. ¿Y qué diré de las cantatrices que fascinaron en todos los continentes a públicos innumerables? De ellas van sobreviviendo en este siglo al paso de cada día menos descendientes de fama, arrebatadas como son las vocaciones antaño atraídas por la escena lírica o dramática, por la ambición actual de alcanzar la gloria, posiblemente efímera pero remunerativa, de la pantalla cinematográfica. A no pocas de esas grandes actrices o dulcísimas sopranos les ha dado vida perdurable la poesía en la memoria de quienes no las escucharon. Vibran en la mía de continuo las estancias en que Alfredo de Musset lloró, es la palabra justa, la muerte temprana de María Felicia Malibran, inmortalizándola.

Ahora reposemos la vista un instante, antes de concluir este rápido desfile panorámico, sobre cumbres menos resplandecientes que la de la escena: las mujeres entregadas a los goces silenciosos de la ciencia y la erudición. Nuestro siglo nos ha ofrecido las figuras ilustres de María Curie, dos veces premio Nobel, y de su hija Irene, también premio Nobel de Física, con su esposo Jolliot. Las investigadoras de laboratorio ya son legión: quién sabe cuántas sorpresas dará la mujer en los tiempos venideros, apenas se haga la mano, diré, en compartir con el hombre la observación y la invención. Y esto lo presumo pensando no solamente en las ciencias físicas y biológicas, sino en las matemáticas, jurídicas y filosóficas, en las médicas, en el arte arquitectónico. El siglo XIX ofreció en sus comienzos a la admiración de los doctos una profunda matemática, Sofía Germain, asombro de Lagrange y de Gauss, cuando les comunicó sus primeros hallazgos bajo un nombre masculino supuesto, recelo harto significativo; y en sus postrimerías a una filóloga eminente, la alemana Carolina Michaelis, medievalista de rara competencia, ante quien en 1870, cuando apenas contaba diecinueve años, Gastón Paris se humillaba reverente. Confesaba Gastón Paris

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

haber creído hasta entonces que las mujeres se guardarían de poner jamás los pies en el jardín de la filología. Se desengañó ante esa doncella que como la guerrera del romance portugués vencía a todos los caballeros. Nosotros ya no podemos dudar de la competencia de la mujer en contender con el hombre en los estudios filológicos. Nuestro país ofrece en la escuela formada en Buenos Aires por Amado Alonso y Pedro Henríquez Ureña sobresalientes ejemplos. Por vivir lejos de la patria y por su extraordinaria capacidad, no quiero callar el nombre de María Rosa Lida de Malkiel, hoy profesora en la Universidad de Berkeley, cuya erudición vasta y precisa está puesta al servicio de una inventiva y agudeza excepcionales.

Como en esas composiciones alegóricas en que un mundo de fantasmas trágicos o rientes cercan la frente de alguien que sueña despierto, o músico, o poeta, o esforzado capitán, o como a Don Quijote en la fantasía de Doré, ante mis ojos, mientras borroneaba estas páginas han surgido centenares de rostros imperiosos, afables, atormentados, serenos; ya duras facciones excavadas por el sufrimiento, el trabajo, la pasión, el estudio, la meditación; ya bellas y amables, transfiguradas por el ensueño, el amor, la dicha, el triunfo. Si fuera pintor, desafiando la desaprobación de los abstractistas me sentiría tentado a figurar en un cuadro compuesto al modo de la Escuela de Atenas o bien del Juicio Final, los rostros de las mujeres famosas que llenaron el siglo XIX con su obra callada o elocuente. Y en él pondría a modo de gracioso adorno, no sólo a las que triunfaron ante los hombres, a menudo, a pesar de éstos, por la inteligencia, sino también a las que los cautivaron por la belleza y la gracia: o dotadas de todos los tesoros que las hadas pueden poner en una cuna, o no más que mujeres del pueblo, elevadas a la pasajera realeza que se conquista cuando a la seducción de un cuerpo hermoso se une el atractivo de una dulce voz afinada o las artes de la danza.

A menos que nos posea el pesimismo desolado de Heriberto Wells en las consideraciones expuestas en vísperas de la segunda guerra mundial sobre el trágico destino previsible para el "homo sapiens", debemos creer que el de la mujer será el de ir igualán-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

dose en este siglo a su compañero. Confieso que me repugna la igualdad desconocedora de la esencial diferencia biológica que hay entre los sexos y me subleva ver a la mujer usada como animal de trabajo en muy duras faenas, incluso en países de indiscutido progreso social, faenas de las que no ha sido redimida —¡al contrario!— tampoco en Rusia y en China, donde se la emplea, por ejemplo, en barrer la nieve de las calles hasta en las altas horas de la noche, con penosa sorpresa aun de los observadores americanos adictos al régimen comunista. Mis ojos, tal vez miopes, no ven la posible igualdad entre los sexos sino en el plano de las actividades de la inteligencia, nunca del músculo; allí donde los naturales atractivos específicos puedan salvarse, no donde se opere una sucia desfeminización, odiosa, intolerable a quienes todavía adoramos románticamente los piececitos bien calzados y las manos suavemente enguantadas, y no nos reímos de la poesía del amor al claro de luna y todavía sentimos el hechizo lejano de una Mme. Récamier, inspiradora de escritores soberanos y de grandes artistas, y el más cercano de una María Bartkisef, la excepcional adolescente que fue espejo de dandismo femenino, algo así en sus cortos años, como una *arbitra elegantiarum* de su tiempo, además de penetrante escrutadora de su corazón atormentado: ambas, asimismo, perfectas hechuras del siglo XIX en su nacimiento y en su ocaso. Quiero, pues, esperar que cuando en el siglo XXI se escriba sobre los fastos de la mujer en el presente, hayan de ofrecerse a la admiración muchas más de cuantas yo he recordado, émulas del hombre, y aun superadoras de él, en las letras, las artes, las ciencias, el pensamiento especulativo y la acción creadora.

Clase dada en el Colegio Libre de Estudios Superiores el 8 de mayo de 1939.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Emilia Pardo Bazán y los problemas del naturalismo

por GUILLERMO DE TORRE

Unamuno solía decir que repensar los lugares comunes es la única manera de librarnos de su maleficio. Aplicado este criterio a la crítica literaria, a la revaloración de ciertas figuras que se consideran muy conocidas o demasiado olvidadas (tanto monta...), puede traducirse diciendo que la mejor manera de verlas con ojos nuevos (o como realmente fueron) es comenzar por despojarlas de la hojarasca muerta, de los lugares comunes que las desfiguran. Así, en el caso de Emilia Pardo Bazán lo que primero conviene desenmascarar son ciertos tópicos de vida dura, entre los que quedó fosilizada su obra, su acción y su influjo. Se dijo, ante todo, y en sentido peyorativo, que la autora de *Morriña* (quiero con la mención preferente de esta novela destacar así la que para mi gusto es su obra maestra) no era una escritora, sino un escritor que "escribía a lo hombre" (nada menos que "Clarín" [1] repitió esta inepcia), que "se ponía los pantalones" cuando manejaba la pluma, o, más exactamente, la máquina de escribir, pues fue uno de los primeros escribas que manejaron este artefacto. Se añadió, no obstante, restableciéndole lo específico de su sexo, que como mujer era "aficionada en extremo a la novedad, a las modas" (también "Clarín" *dixit*), vistiéndose con los trapos del día, que en aquellas calendas no eran otros sino los del naturalismo. Se reprochó también a la Pardo Bazán que no contenta con escribir sus novelas, sus cuentos, sus críticas literarias, se preocupara igualmente de dar su parecer sobre

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

[1] *Folletos*, VII. MUSEUM, Madrid, 1890.

otros temas muy diversos, "metiéndose en todo", por lo cual fue rebautizada con el remoquete burlón de "la inevitable" o "la imprescindible doña Emilia". Se dijo..., se dijeron muchas otras cosas parecidas, pero nos limitaremos a esas tres objeciones enunciadas (que, en rigor, vienen a ser una y la misma), a fin de refutarlas y recomponer así los rasgos de su verdadera fisonomía.

Comencemos con la primera. ¿Por qué y desde cuándo, en cuanto actividad del espíritu, la literatura ha de tener sexo? Por lo pronto, no lo tienen la botánica, ni la arquitectura, ni la mecanografía... Tampoco ninguna de las artes bellas, cuyos númenes tutelares fueron adscritos, desde los tiempos mitológicos, a las Musas. En el caso de la literatura imaginativa, se trata de una creación espiritual, basada en la sensibilidad, cualidad no específicamente femenina, pero que en las mujeres suele darse con más intensidad; en el caso de la literatura reflexiva, ensayística, crítica o filosófica, se trata de una disciplina basada en el entendimiento, cualidad no exclusivamente varonil, pero que en los hombres suele darse con más frecuencia. Mas no olvidemos, en último extremo, de acuerdo con Weininger, que la varonía y la femineidad son difíciles de hallar en estado puro; y, además, que si el gran arte —como suele decirse— no tiene patria, las ideas carecen de sexo. Contrariamente, cuando el acento femenino se carga con fuerza surge aquella "literatura femenina" o "literatura para mujeres", vacua y archiconvencional por sentimentaloide, que viene a ser casi sinónima de un género, demasiado abundante hoy día, de literatura inferior o subliteratura. Nada de ello, por supuesto, significa negar que la literatura auténtica escrita por mujeres pueda dejar de tener un matiz, una vibración, una sutileza muy peculiares, donde lo femenino se trasluzca, sin que esta virtud, no obstante, pueda determinar por sí sola la calidad de la obra. Y alguna de esas peculiaridades nunca dejan de estar presentes en los libros de la Pardo Bazán, a pesar de la contextura mental más bien masculina que poseen.

Lo que sucedió es que cuando la autora de *La sirena negra* comenzó a escribir, y aun en sus postrimerías, se consideraba "tabú" para la mujer cualquier función o quehacer que rebasara los límites del gineceo; en una sociedad eminentemente matriarcal sucedía paradójicamente que la mujer estaba privada de iniciativas y toda

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

actividad extrahogareña se miraba como "bachillerías", como una trasgresión imperdonable. No es extraño que la inmediata antecesora de Emilia Pardo Bazán, Cecilia Böhl von Faber, debiera disfrazarse con el seudónimo de "Fernán Caballero", siguiendo así la tradición de enmascaramiento inaugurada en el siglo pasado por "George Sand", y que en la Argentina aceptó "César Duayen". Pero sí es singular que en el siglo XVII, María de Zayas publicara sus novelas tan atrevidas sin disfraz; y más aún que dos ilustres coetáneas y conterráneas de doña Emilia, Rosalía de Castro y Concepción Arenal, osaran dar la cara con sus verdaderos nombres, aunque, cierto es, defendida la primera por el lirismo y la segunda por la penología, género aquel casi privativamente femenino y este último, por excepcional, poco expuesto a la competencia masculina. Aunque queden todavía no pocos cabos sueltos sobre el "masculinismo" de la Pardo Bazán, visto como un demérito o traición, pasemos ahora a examinar el segundo reparo.

La moda. El "haber sucumbido" al naturalismo, tendencia "nefanda", que venía a desvirtuar "sanas tradiciones", escandalizando a los gazmoños e irritando a la clerecía intelectual con o sin sotana. Nada más natural, en principio, que un espíritu abierto a los horizontes del mundo, curioso y ligeramente audaz (no mucho, pues en doña Emilia mandaba más un fondo morigerado y conservador), se mostrase sensible a aquellos aires que renovaban la novela hacia 1870, máxime cuando nunca se había sentido satisfecha con las dulzonerías —"natillas y merengadas", escribía ella— de la autora de *La gaviota*. Si la ciencia tendía a lo experimental, si la filosofía se había tornado positivista, ¿por qué la novela —particularmente la española, tan necesitada de cambio— no iba a sacudirse los rezagos románticos, los convencionalismos del folletín histórico, aspirando a la verdad, al reflejo auténtico de la realidad?

Desde sus primeros tiempos (en el prólogo a *Un viaje de novios*), doña Emilia vio que la novela había "dejado de ser mero entretenimiento, modo de engañar gratamente unas cuantas horas, ascendiendo a estudio social, psicológico, histórico, pero al cabo estudio". Si Saint-Real, citado por Stendhal, había afirmado que "la novela es un espejo paseado a lo largo de un camino", y Zola sintetizó su estética en la fórmula: "El arte es la naturaleza vista

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

a través de un temperamento", la Pardo Bazán venía a confirmar: "La novela es traslado de la vida y lo único que el autor pone en ella es su modo peculiar de ver las cosas reales". Pero en la realidad de los hechos —según señalaremos más adelante—, aquel naturalismo traído por la Pardo Bazán resultaba, en fin de cuentas, bastante aguado, y la gradación del alcohol originario, al mudar de odres, quedaba muy rebajada. Y por otra parte, al presentarlo no como una innovación, sino como una restauración del realismo clásico, haciéndole empalmar con el tradicional realismo español, hasta las almas más timoratas bien pudieran haberle dado su bendición. Pero no fue así y la Pardo Bazán hubo de entrar en liza no sólo con los antagonistas obligados —¡aquel Padre Muiños, aquellos cronistas literarios de *La Época*!—, sino inclusive con los que parecía que hubieran debido ser sus sostenedores y no contrincantes: un Valera, un "Clarín"... Pero sobre estas peripecias volveremos más adelante.

Tercera objeción. Su militancia intelectual. En realidad, es una prolongación de la anterior, pero extendida tal militancia a otros campos que el novelesco. ¿Y por qué aquella dama tan leída, tan amena, tan excelente expositora había de callarse o recatar su opinión, dicha con seriedad y equilibrio, cuando precisamente estas cualidades no sobraban y casi todo se resolvía en chistes estilo *Madrid Cómico*, en minucias gramaticales o en estridencias sectarias, tanto del lado reaccionario como del liberal? Activísima mujer de letras, no dando paz a la pluma en muy variados géneros, deseosa de alcanzar para el escritor en España el "poder social" de que gozaba más allá de los Pirineos, y sin bastarle las colaboraciones en periódicos ajenos, crea uno propio: funda la singular revista *Nuevo Teatro Crítico* —rindiendo así con el título un homenaje a Feijoo—, que escribe enteramente ella sola de la primera página a la última.

Como aquellos folletos mensuales de un centenar de páginas cada uno —que duraron de enero de 1891 a fines de 1893— ya han pasado a ser raros, no quiero desaprovechar la oportunidad para agregar algunos detalles sobre su genealogía y contenido. El antecedente español más remoto se hallaba ya en el título, alusivo al *Teatro Crítico Universal* (1726-1760) del Padre Feijoo, a quien Emilia Pardo Bazán

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

consagró su primer libro de prosa. Pero en el mismo siglo XVIII se habían publicado también algunas otras revistas unipersonales, entre las que sobresale *El Pensador* (1762), de Clavijo y Fajardo. Apenas si los folletos de Forner y de otros polemistas feroces pueden entrar en la misma categoría; tampoco, casi un siglo después, los de Gallardo, quien asimismo redactó enteramente por su cuenta una revista, *El* (1825). Con el romanticismo, Larra, primero en *El Duende Satírico del Día* (1828), y luego en *El Pobrecito Hablador* (1832-1833), eleva este género a la condición de obras maestras. Ahora bien, el antecedente más directo del *Nuevo Teatro Crítico* no es español, sino hispanoamericano, y está —como la autora misma recordaba— en *El Espectador* (1882), del ecuatoriano Juan Montalvo. Posteriormente, como cabos de un linaje, por ahora extinguido, sería inexcusable olvidar los *Folletos* de "Clarín" (1886-1891) y *El Espectador* (1916-1934) de Ortega y Gasset. Viendo, pues como algo ya pasado, mas no por cierto "superado", los tiempos del revisterismo unipersonal, exclamaba yo no hace mucho a propósito de Larra: ¡Tiempos felices del periodismo literario en que todo salía de la minerva de los redactores, sin radios, cables o teletipos y estandardizadas agencias noticieras! ¡Tiempos admirables e increíbles aquellos de la primera mitad del siglo XIX, cuando un periódico sin noticias o apenas, nutrido esencialmente de artículos y opiniones, encontraba lectores y entusiastas!

Ahora bien, aparte esas características comunes con las revistas personales mencionadas, el *Nuevo Teatro Crítico* de la Pardo Bazán ostentaba otras rigurosamente propias. De hecho no era una simple compilación de estudios o críticas sueltas; asumía el carácter de miscelánea orgánica que suelen presentar las revistas escritas pluralmente. En el sumario de cada número se agrupaban un cuento largo o novela corta, un estudio crítico de cierta extensión, una crónica de viajes, otra de teatros, amén de reseñas breves sobre libros españoles, americanos y extranjeros, completadas por una suerte de noticiero donde se registraban los "trabajos y los días" de los escritores —es decir, obras últimas, proyectos, viajes, etcétera—. De suerte que el conjunto constituye unos verdaderos anales, un espejo único que ayuda como ningún otro a reconstituir la verdadera imagen intelectual de 1891 a 1893, y que es sensible no tengamos

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

para otros años. (Por ejemplo, merced a esas páginas reviven ante nosotros la desazón producida por la *Nueva biografía* de Lope de Vega y la revelación de sus tercerías; la polémica sobre poesía y metafísica entre Valera y Campoamor; el comentario al día sobre Zola y Tolstoy, a propósito de *El dinero* y *La sonata a Kreutzer*; las campañas sobre la "cuestión académica", que afectaban en primer término a la Pardo Bazán, vetada por los señores académicos, etcétera). Por ello, el *Nuevo Teatro Crítico* representa todo un esfuerzo y una hazaña que no debe olvidarse. El propósito de su directora había sido agitar el mundillo literario de entonces, estimular las curiosidades intelectuales bastante adormecidas y, sobre todo, reparar la ausencia de crítica, "el género de más arduo desempeño", según ella escribía, aunque no debamos olvidar que a la sazón actuaban en ese campo un Valera y un "Clarín". Pero la Pardo Bazán añadía: "Protesto contra la afirmación de Destouches: "La critique est aisée et l'art est difficile", porque arte es la crítica, y arte que así requiere las alas de la inspiración como el lastre de la doctrina". Después fijaba la primera condición de la crítica: "un criterio" —que repetimos por lo muy olvidada que parece estar hoy, a despecho de tantas sutilezas técnicas. Y estampaba una declaración que tampoco suena como anacrónica: "Mi época me interesa tanto como las pasadas". El elogio de la Pardo Bazán que en ocasión de su muerte escribió un hombre como Unamuno (*Mi vida y otros recuerdos personales*), poco dado a la generosa hipérbole, suena enteramente justo: "mujer singular [que] nos ha dejado, entre otras lecciones, la de una laboriosidad admirable y la de una curiosidad inextinguible".

Rendido este desagravio a lo que se consideraron "intrusiones" de una mujer, veamos ahora, de cerca y desde hoy, la obra de doña Emilia Pardo Bazán. ¿Conserva valores vivos, aparte del valor histórico, interesa, resulta legible? Sin duda, y en grado sumo. Mucho más que la producción de otros autores del último tercio del siglo XIX. Sin poseer doña Emilia el genio superior de un Galdós, ni su amplitud de temas y registros; sin tener tampoco la agudeza, el don de simpatía y la penetración de un Valera; sin alcanzar los lindes espiritualistas más el ingenio satírico de un "Clarín", con todo es

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

incuestionable que la sentimos más cercana a nuestra sensibilidad que las demás figuras de su tiempo: Alarcón, Pereda y, después, Palacio Valdés y Picón. Inclusive cronológicamente no nos separa tanto espacio de su acción y su presencia. Nació en 1851. Murió en 1921. Quiere decirse que está ya suficientemente lejos de nosotros para verla con objetividad (sin la hostilidad polémica con que en nuestra mocedad contemplábamos las figuras de los antepasados decimonónicos) y lo bastante cerca para no dejar de sentirla como algo vivo. En lo personal, alcancé aún a conocerla en el Ateneo de Madrid, señorial, con el aire inevitablemente "impertinente" que le daban aquellos espejuelos del mismo nombre, abrumada de plumas y cintas, tal como aparece en tantas fotografías de la época. No sospechaba yo entonces que aquella dama cuellicorta, obesa, escondía, bajo una vestimenta recargada, un espíritu tan ágil y alerta, un voluntarismo tan acusado. Sin embargo, su feminismo —no tanto genérico, por supuesto, como "pro domo sua"—, su afán de reconocimientos académicos hubo de estrellarse contra muros de prejuicios. Vio así cómo se le cerraban a piedra y lodo las puertas de la ciudadela que más ansiaba conquistar: la Academia de la Lengua. A modo de reparación, un ministro liberal que había sido periodista (Julio Burell) abrió para ella, un aula en la Universidad de Madrid, una cátedra de "Literatura contemporánea de las lenguas neolatinas", en 1916, que desempeñó durante cuatro cursos. Aquellas lecciones escritas pasaron a componer los tres tomos titulados *La literatura francesa moderna*, desde el romanticismo hasta el simbolismo.

Algunos otros libros críticos suyos son: *La cuestión palpitante*, 1883 (sobre el naturalismo); *La revolución y la novela en Rusia*, 1887; *Los poetas épico-cristianos*, 1895; *Polémicas y estudios literarios*, 1892; *El porvenir de la literatura después de la guerra*, 1927. Escribió además una biografía —*San Francisco de Asís*, 1882—, un *Estudio crítico de las obras del Padre Feijoo* (1876), varios libros de viajes, inclusive un libro de cocina. Esto, sin contar el renglón más cuantioso e importante de su producción, las novelas —que iremos enumerando más adelante—, muestra que el calificativo de polígrafa es el que mejor cuadraría a doña Emilia Pardo Bazán. Y que la edición de sus *Obras completas*, compuesta de cuarenta

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

y tres tomos, dista algo de serlo, pues quedaron bastantes libros y escritos sueltos sin recopilar.

De tan vasta y hombruna tarea hay un aspecto que se sobrepone a todos y merced al cual su figura adquiere relieve memorable en la historia de la literatura: me refiero a su papel como adalid e introductora del naturalismo en las letras españolas. Función que valió a doña Emilia más sinsabores y censuras que aplausos o reconocimientos. Ahora bien, mirando ya los hechos a distancia, sin las telarañas o prejuicios de sus contemporáneos, ¿hasta qué punto su naturalismo tenía que ver con el naturalismo francés, por antonomasia zolesco? ¿Era verdadero y crudo naturalismo el suyo, o se trataba de una adaptación "more hispanica", habida cuenta de los prejuicios y remilgos del medio? ¿Se trataba quizá más bien de una narrativa modernizada, con raíz costumbrista, injerta en psicologismo, con leves tintas de audacia en cuanto a lo temático más que al procedimiento o al estilo? ¿Pudo doña Emilia Pardo Bazán superar la contradicción entre su catolicismo y el determinismo de la escuela? Sin embargo, ¡qué equilibrios no hizo, a cuántas sutilezas y argucias seudosofísticas no hubo de apelar para conciliar el revolucionarismo moral de aquella tendencia con su conservadorismo innato, cuidadosa de no romper enteramente las convenciones sociales, y particularmente las de su medio católico y aristocrático! Puesto que ella invocó, para defender su "naturalismo", la tradición poderosa del permanente realismo español, ¿suponía aquél efectivamente no una ruptura, sino una continuación? En suma, ¿encajaba o no el naturalismo pardo bazanesco en la línea tradicional española o era una desviación, un accidente destinado a pasar sin dejar otra huella que la señalada por su obra y alguna novela de "Clarín"?

He ahí un denso haz de interrogaciones flecheras —hasta ahora, la verdad, no formuladas— que naturalmente no pueden contestarse de un vez, sino acercándose con cierta pausa al arco de donde irradian y observando su trayectoria. Doña Emilia no publica hasta 1882 la primera novela que pueda calificarse sin error de naturalista, *La tribuna*. En 1879 había dado a la luz su inicial producción imaginativa, *Pascual López, autobiografía de un estudiante de medicina;* no me ha sido asequible; sin embargo, a través de referen-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

cias, destaco un detalle generalmente inadvertido. Es éste: al contrario que la mayor parte de las novelas primigenias, que suelen ser autobiografías más o menos traspuestas, ésta no tiene nada de personal: la autora, desde el primer momento, pinta una vida ajena, con lo cual nos evidencia que era una novelista innata. Dos años después da a la estampa *Un viaje de novios*. ¿Es una novela naturalista? El epíteto le fue aplicado por algunos de sus críticos —orientados y desorientados a la par por el prólogo del libro—, pero probablemente tal intención estética no se hizo patente de una manera explícita, al concebirla, en la mente de la autora. Es, sí, una novela realista, un estudio de caracteres, donde el presumible lirismo epitalámico aplicable a todo viaje de novios está reemplazado por lo irónico, lo burlón y aun lo grotesco de ciertos episodios. La novela que sigue un año después, *La tribuna,* asume ya ciertos rasgos naturalistas por la preferencia que la autora muestra en la descripción de ambientes bajos —una fábrica de tabacos— y de personajes y escenas populares, descritos y dialogados con crudo verismo y con la extraordinaria acumulación de detalles propia del naturalismo. Sin un considerable riesgo de error, yo me atrevería a hacer la siguiente composición de lugar: orientada, acuciada por los comentarios y las tachas de naturalismo que en esos años se le hicieron, reaccionando ofensivamente, cual suelen hacer los caracteres fuertes, doña Emilia debió decirse: Pues bien, seré naturalista, escribiré novelas intencionadamente naturalistas. Sin que esta conjetura mía descarte otro factor más esencial: y es que la índole de su mente apoética, razonadora, más dada a la observación minuciosa del mundo real que a su idealización, la predisponía y orientaba en tal camino. Y entonces, un año después, es cuando publica *La cuestión palpitante*[2]. ¿Defensa del naturalismo, palinodia, recusación de sus "excesos", busca de una fórmula ecléctica? De todo tiene, y en rigor puede decirse que pocos libros, sugeridos por un fenómeno

2 Gifford Davis, en un artículo titulado "The critical reception of naturalism in Spain before *La cuestión palpitante*" (*Hispanic Review*, XXII, abril de 1954, núm. 2), ha demostrado, tras minuciosas investigaciones en los periódicos de la época, que la cuestión del naturalismo en España estaba ya latente desde 1876 y que la mayor parte de los articulistas se mostraron tan poco enterados como adversos de lo que realmente suponía aquella escuela. Es curioso que la primera novela española señalada con el epíteto de naturalista fuera *Don Gonzalo González de la Gonzalera*, de Pereda ... Recusando tal mote, su apologista Menéndez

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

literario, con el fin de exaltarlo o negarlo, presentan un carácter tan desconcertante y ambiguo.

Ante todo —desde nuestro punto de vista actual, cuando la rotación de movimientos y escuelas literarias es continua—, apenas podemos explicarnos por qué fue *palpitante* la cuestión del naturalismo en España —ya que no presentaba las audacias temáticas y de estilo que en Francia—, y menos aún por qué aquella obra de doña Emilia suscitó tantas curiosidades y disputas. La clave, sin embargo, se encuentra en el párrafo con que se abre el libro: "Es cosa de todos sabida que en el año 1882, naturalismo y realismo son a la literatura lo que a la política el partido formado por el duque de la Torre: se ofrecen como última novedad y, por añadidura, novedad escandalosa. Hasta los oídos del más profano en letras comienzan a familiarizarse con los ismos". ¡Oh, desilusión de las actualidades perecederas, riesgos de enfocar los temas literarios (aprendan los "sociologizantes" a ultranza) con una óptica extraliteraria o demasiado próxima y local! Porque —preguntarán muchos, *aquí y ahora*—, ¿quién era el duque de la Torre, qué "novedad escandalosa" significaba su partido? Pues bien, aquel duque era el general Serrano, cuyo historial político fue muy largo, pasando de "general bonito", mimado o amante de Isabel II a coautor principal de su derribo del trono. (Su silueta, con el relato más movido y pintoresco de aquellos años, se dibuja en *El ruedo ibérico*, de Valle-Inclán). Fue luego regente antes de la monarquía de Amadeo, tras el paréntesis de la República volvió a encargarse del poder, y en la restauración de Alfonso XII fundó el partido de la "izquierda dinástica", donde ya figuraban algunos políticos que luego se definieron como republicanos.

Pero ¿en qué consistía la "novedad escandalosa" del naturalismo durante aquel año de 1882, cuando pasado el hervor polémico suscitado por las primeras novelas de Zola, casi veinte años antes,

Pelayo escribía en 1880: "Si realismo quiere decir guerra al convencionalismo, a la sensiblería, a la falsa retórica y al arte docente . . .", puede aceptarlo Pereda; pero deberá rechazarlo "si llaman realismo a una especie de fotografía (que no arte) sin catecismo, ni sentido moral, ni decoro estético . . .". Adviértese la imprecisión de términos y cómo Menéndez Pelayo, aun queriendo condenar el naturalismo de Zola, no lo nombra expresamente.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

éste llevaba más que promediada su obra, habíanse publicado también las más importantes novelas de los Goncourt, Huysmans y Maupassant, y ya se barruntaban en el horizonte las primeras reacciones antinaturalistas, que habrían de estallar en 1885, con el manifiesto de los "cinco" contra *La Terre* de Zola? Pues bien, el escándalo consistía en que el naturalismo era por esencia materialista, determinista; por ende, antirreligioso. De ahí la hostilidad que una doctrina semejante habría de suscitar en un medio como el de la España finisecular, todavía no cauterizadas las heridas de las guerras carlistas, con las pugnas atroces entre "oscurantistas" o "serviles" y liberales, y sus continuaciones inacabadas...

Para reconstruir a distancia lo que eran mentalmente aquellos años no hay que olvidar la polvareda que levantaron las novelas de "tesis" de Galdós (*Doña Perfecta, Gloria*); recordar cómo la única historia orgánica de aquella literatura es la hecha desde un punto de vista confesional, es decir, la del P. Blanco García; recordar asimismo los escrúpulos y equilibrios de un "Clarín", buscando un punto de equidistancia "para huir (según escribía: *Museum*) de los dos extremos viciosos que se pueden cifrar en [ciertos libros] *El liberalismo es un pecado* y *¿Puede un católico ir a la Exposición de París?*, por el lado de los fanáticos a la antigua, y en las lucubraciones de *El Motín* y *Las Dominicales* [dos semanarios ferozmente anticlericales] por el lado de los fanáticos a la moderna". No es, pues, extraño que la Pardo Bazán tomara el naturalismo con pinzas.

¡Cuántas excusas, cautelas y rodeos los suyos! Se diría que a fuerza de edulcorarlo, lo desnaturaliza. Reprobaba sus evidentes excesos y apenas asentía a ninguna de sus valiosas innovaciones. Sin embargo, la timidez quedaba compensada por el buen sentido, y a la vuelta de muchos distingos, no dejaba de expresar algunas objeciones atinadas. "No censuro —escribía— la observación paciente, minuciosa, exacta, que distingue a la moderna escuela francesa; al contrario, la elogio; pero desapruebo como yerros artísticos la elección sistemática y preferente de asuntos repugnantes o desvergonzados, la prolijidad nimia, y a veces cansada, de las descripciones, y más que todo, un defecto en que no sé si repararon los críticos: la perenne solemnidad y tristeza, el ceño siempre torvo, la carencia

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

de notas festivas y de gracia y soltura en el estilo y en la idea". Zola le parecía "el más hipocondríaco de los seres habidos y por haber", y añadía que siendo la novela "trasunto de la vida humana" en ella deben coexistir "lágrimas y risas, el fondo de la eterna tragicomedia del mundo". Para ella, el "defecto capital" de la estética naturalista era éste: "Respirar sólo del lado de la materia; explicar el drama de la vida humana por el instinto y la concupiscencia...". Sin duda, acertaba al sostener obviamente que la vida de la materia no es todo, que también lo espiritual, incluyendo el substratum religioso, tiene una participación en cualquier imagen completa del ser humano. Pero ¡cuántos años no habían de pasar hasta que surgieran novelistas católicos de anchas miradas, hasta que un Mauriac, un Bernanos, un Graham Greene, un Evelyn Waugh hicieran aceptar a los lectores las más crudas pinturas del mal como pasajes hacia la luz! Frente al naturalismo, la Pardo Bazán defiende el realismo, pero no tanto por ser ésta una tendencia que existía desde siempre, como una veta inagotable, en la tradición española, desde el Arcipreste de Hita, desde *La Celestina*, sino por parecerle más ecléctico. "Comprende y abarca —escribía— lo material y lo espiritual, el cuerpo y el alma, y concibe y reduce a unidad la oposición del naturalismo y del idealismo racional. En el realismo cabe todo, menos las exageraciones de dos escuelas extremas, y por precisa consecuencia, exclusivistas".

Convengamos en que para llegar a tan sensata y no demasiado original conclusión no eran menester tantas alharacas; reconozcamos que "el ruido fue más que las nueces" y que aquel naturalismo teóricamente tan aguado e inocuo (en lo empírico fue la Pardo Bazán, felizmente, algo más allá), lejos de resultar exótico y nocivo, venía a ser algo muy próximo y terrígeno. Indudablemente, lo más interesante de *La cuestión palpitante* no estuvo en el libro mismo, sino en la amenísima réplica de don Juan Valera, titulada *Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas* (1887). Con su gracejo proverbial y su ironía zumbona, a la vuelta de muy sabrosas digresiones, Valera identificaba el naturalismo con su "bestia negra", el romanticismo (ya que él se consideraba, y no arbitrariamente, como un clasicista, como un humanista antiguo), confundiendo

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ambos en la misma execración. "El naturalismo —concluía— es romanticismo; en él subsiste el peor fermento romántico, avillanado".

Y no estaba muy lejos de la verdad. El portaestandarte de la escuela, Zola, según él mismo hubo de reconocerlo, arrastraba mucho lastre romántico, del que nunca pudo librarse enteramente; lo testimonia su tendencia a lo desmesurado, al agrandamiento, a novelar símbolos o entidades más que seres individuales. Con todo, y a pesar de su agudeza, llevado por un concepto antitético del arte (la novela como idealización, como algo más bello que la verdad), Valera se mostraba romo para reconocer todo aquello que el naturalismo incorporaba en España. Permanecía indiferente a su afán de verdad, a su acercamiento de la vida y a todo lo demás que llevaba implícito como la lucha contra los convencionalismos y tabúes morales —más allá simultáneamente de sus excesos y sus candores. Recordemos únicamente el más jocoso de todos, aquel que declara como ningún otro la ambición imperial, la megalomanía exclusivista de Émile Zola; en una página de su libro *Le roman experimental,* diez años después de la caída del Segundo Imperio, afirmaba que la República debía tener su propia expresión literaria y que ésta sería forzosamente el naturalismo; y en otro lugar sentaba más categóricamente: "La République sera naturaliste ou ne sera pas".

Y esta simple referencia dará quizá más cabal idea que un cúmulo de detalles, no de lo que fue, sino de lo que quiso ser el naturalismo. Se explica, por lo tanto, el asombro de Zola al saber que la "defensora" del naturalismo en España era una devota católica. "Me lo explico —agregaba— al oír decir que el naturalismo de esa señora es puramente artístico y literario". Paralelamente, deberá hacerse constar que la Pardo Bazán rebajó mucho, con el tiempo, su admiración por el autor de *Les Rougon-Macquart*, y si ya en el momento de su entusiasmo naturalista no le ahorró reservas, éstas aumentaron luego, según puede verse en la revisión que hace de aquellas teorías a lo largo de sus lecciones sobre *La literatura francesa moderna,* y donde desmenuza y pulveriza, una por una, todas las novelas del maestro. Ahora bien, un punto de coincidencia entre ambos es que también Zola concibió sus doctrinas "a posteriori" de sus obras. Cuando el novelista adoptó las teorías de Claude

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Bernard —la experimentación científica, basada en hipótesis, traspuesta a la novela en forma de investigaciones psicológicas—, es decir, entre 1887 y 1891, ya había dado a luz buen número de sus libros más representativos, desde *Thérèse Raquin* a *L'asommoir* y *Germinal*.

No es cuestión de reconstruir ahora minuciosamente la trayectoria del naturalismo zolesco; con todo, recordemos algunos datos esenciales. Acabamos de apuntar una de sus fuentes: Claude Bernard, con su *Introducción a la medicina experimental* (1865). Un libro también determinante, no tan conocido, fue el de otro médico, Prosper Lucas, *Traité de l'heredité naturélle* (1847-1850), de donde Zola extrajo sus leyes de la herencia y que le sirvió para establecer el árbol genealógico —o más bien teratológico— de los mil doscientos personajes con que poblaría el mundo abigarrado de sus novelas, bajo el nombre general de *Les Rougon-Macquart, histoire naturélle et sociale d'une famille sous le second Empire*. Los veinte volúmenes que dicha serie comprende están regidos por dos elementos que Zola mismo resume así: en primer término, "el elemento puramente humano, fisiológico, el estudio de una familia con los encadenamientos y las fatalidades de la descendencia"; después, "el efecto del mundo moderno sobre esa familia, su degeneración determinada por las fiebres de la época, la acción social y física del medio ambiente" [3]. Superfluo es decir que todo ese tinglado seudocientífico se vino muy pronto abajo, y que si las novelas de Zola nos interesan hoy es por otra cosa: por el poderoso temperamento de novelador que trasuntan, por la intensidad y el relieve plástico de ciertas figuras y escenas. Pero Zola, sensacionalista, a pesar de que en su fuero interno no creía tampoco mucho en tales doctrinas, que apelaba a los recursos espectaculares como un medio para retener la atención del público (según hubo de confesar a Flaubert [4]), y puesto que la ciencia estaba entonces en el pináculo, llegó a confesar que así como *Le comédie humaine* —según declaración del propio Balzac— había sido escrita "a la luz de dos antorchas, la

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

[3] Cfr. León Deffoux, *Le naturalisme* (París, 1929).

[4] V. Mathew Josephson, *Zola y su época* (Poseidón, Buenos Aires, 1945).

religión y la monarquía", así él componía su obra a la luz de la Ciencia (con mayúscula, por supuesto).

No son menos notorias sus restantes fuentes o influjos recibidos: de los más próximos a los más lejanos, recordemos únicamente el de Taine con su famosa teoría determinista, como clave de la historia y de la vida, sintetizada en la famosa tríada (con que cierra el prólogo de su *Historia de la literatura inglesa*): la raza, el medio, el momento. De hecho, "Taine ha sido el verdadero filósofo del naturalismo, su teórico: dio la verdadera fórmula del positivismo en materia literaria. Persuadió a sus contemporáneos de aquello que los "ideólogos" del siglo XVIII y Comte enseñaban hacía tiempo, a saber; que la psicología no era más que un capítulo de la fisiología; que el estudio de los caracteres era el de los temperamentos; que el medio físico pesa desde todos lados sobre nuestro destino; que la historia de los individuos, como la de las naciones, está sometida al más riguroso determinismo" [5]. Como síntesis de tales puntos de vista vale aquella frase de Taine que Zola puso al frente de *Thérèse Raquin*: "El vicio y la virtud son productos como el vitriolo y el azúcar". Es decir, que la moral nada tiene que ver con la literatura y tampoco con la ciencia. Por su parte, Martino comenta: "La cuestión de la moral en la novela se reduce a dos opiniones: los idealistas pretenden que es necesario mentir para ser moral; los naturalistas afirman que no se puede ser moral fuera de la verdad". Comte, ya citado –y de quien se sirve para reducir la psicología a un capítulo de la biología, de la cual toma el método de observación experimental–, Darwin y la boga de que gozaron en aquellos años sus doctrinas sobre el origen y la evolución de las especies, son otras fuentes o fundamentos. Entre los precedentes puramente literarios, no pueden olvidarse el de Duranty, quien ha pasado a la historia, o más bien a la "petite histoire", no por su obra, sino como fundador de una revista titulada *Réalisme*, y el de Champfleury, novelista también oscuro, cuyo rasgo más saliente era el de menospreciar el estilo, cierta jactancia en escribir mal (por lo cual podrían erigirle como un precursor tantos novelistas actuales), hasta el punto de que hizo decir a Flaubert estas o parecidas palabras: He escrito *Madame Bovary* para fastidiar a Duranty, para

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

[5] Pierre Martino, *Le naturalisme français* (Colin, París, 1923).

demostrarle que se puede escribir con estilo una novela de hechos vulgares. Después, en el plano novelesco, el ejemplo de los hermanos Goncourt, en cuya novela *Germinie Lacerteux* (1864) veía Zola el libro arquetípico del naturalismo.

En el prólogo de dicho libro, con el ahistoricismo peculiar (salvo gloriosas excepciones) de los franceses, creyentes de que el mundo ha empezado en ellos, los Goncourt se ufanaban de haber sido los primeros en dar entrada a las "clases bajas", al pueblo, en la literatura; "por primera vez —glosaba Zola, en *Les romanciers naturalistes* (1881) — aparece el héroe de gorra y la protagonista con delantal, estudiados por escritores de observación y de estilo". ¡Qué jactancia tan ingenua! Como si las "clases bajas" hubieran necesitado esperar la llegada de los naturalistas para convertirse en personajes literarios. Como si no hubiera existido un *Lazarillo de Tormes* y los demás héroes o antihéroes (según los califican Américo Castro y Pedro Salinas) de la novela picaresca española. Y acaso en la propia novela francesa y de otros países, desde siglos atrás, ¿no existían asimismo obras naturalistas "avant la lettre", desde los *fabliaux* a *Gargantúa y Pantagruel*, desde *El Decamerón* a *La Celestina*? [6]. Además, y por lo que concierne particularmente a Francia, la corriente realista no ha dejado de atravesar su literatura, desde Rabelais a Balzac, pasando por Prévost, Diderot, Retif de la Bretonne, Choderlos de Laclos, Stendhal [7].

¿En qué consiste, pues, la invención de Zola y los suyos, es decir, del grupo que propiamente puede llamarse naturalista, congregado en el libro colectivo *Les soirées de Medan* (1880), con relatos de Maupassant, Huysmans, Céard, Hennique y Alexis, amén del propio Zola? Sencillamente, era la trasformación en sistema de un procedimiento existente desde siempre: la observación directa, minuciosa, implacable de la realidad. Era la intensificación de una técnica que antes sólo se había empleado ligera u ocasionalmente. "Lo nuevo y naturalista —escribe M. Baquero Goyanes [8], a propó-

[6] V. Gustave Reynier, *Les origines du roman réaliste* (Hachette, Paris, 1912).

[7] P. Martino, *ob. cit.*

[8] *La novela naturalista española: E. Pardo Bazán* (Universidad de Murcia, 1955).

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

sito de la Pardo Bazán— era mecanizar este recurso hasta convertirlo en amanerado artificio".

Esto, en lo formal. En cuanto a lo temático y a la visión y concepto del mundo, el naturalismo, aunque más nuevo, tampoco podía alzarse con la palma de una originalidad absoluta. La preferencia, cuando no exclusivismo, por lo *negro*, por los aspectos sombríos, los personajes tarados, las escenas crudas o groseras, tampoco dejaba de tener múltiples antecedentes en todas las épocas y literaturas. La novedad —insistamos— residía en la utilización sistemática de tales temas, en su "modus operandi", en su tratamiento novelesco.

Cotejando un episodio repugnante del *Guzmán de Alfarache* y otro no menos nauseabundo de *Le côté de Guermantes*, Francisco Ayala [9] ha demostrado cómo la utilización de elementos físicamente desagradables no produce por sí sola la impresión de realismo en arte; ésta depende de la intención estética con que se los maneje y también de su frecuencia. Por lo demás, tanta estilización deformadora puede haber en la dirección realista o *feísta* como en la esteticista o embellecedora. En la cruda "tranche de vie" puede darse no menor adobo que en la imagen más rosada. Zola alardeaba de escribir novelas documentales: tomaba notas de numerosos libros; también de los lugares donde situaba las escenas. Sin embargo, ¿le importaba, tanto como aparentaba creer, la realidad, era un verista? Hasta cierto punto. Hay declaraciones suyas que le traicionan. "Importa poco —escribía— que el hecho generador sea reconocido como absolutamente verdadero; basta con que sea una hipótesis científica tomada de los tratados médicos". "¿Qué le queda a Zola —escribía doña Emilia Pardo Bazán— si en tan deleznables cimientos basó el edificio orgulloso y babilónico de su *Comedia humana*?". "Quédale —se respondía— el verdadero patrimonio del artista; su grande e indiscutible ingenio, sus no comunes dotes de creador y escritor".

Y algo muy semejante, parejo balance pudiéramos hacer de la novelista española. Con una, entre varias, diferencias más. Que el naturalismo de la Pardo Bazán tuvo una duración limitada y se

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

[9] "Sobre el realismo en literatura con referencia a Galdós", en *La Torre*, Puerto Rico, núm. 26, 1959.

extiende a un corto número de sus novelas —menos de lo que suele estimarse—. Quien ha trazado el más lúcido y moderno estudio del naturalismo de doña Emilia, Donald Fowler Brown [10], aísla seis novelas de dicha autora que pueden inscribirse en la fórmula naturalista: *La tribuna, Los pazos de Ulloa, La madre naturaleza, Insolación, Morriña* y *La piedra angular*. Páginas atrás señalé *La tribuna* como la mejor —desde el punto de mira naturalista— entre las primerizas. Se dijo, en su día, que era poco más que un "pastiche" de *Le ventre de Paris,* de Zola, que la fábrica de tabacos donde se sitúan buen número de sus capítulos venía a ser una trasposición del parisino mercado de Les Halles. Mayor originalidad, desde luego, en punto a escenario, tienen *Los pazos de Ulloa* y *La madre naturaleza;* ambas trascurren en un medio que la autora conocía más de cerca, en su nativa Galicia. Aunque una de sus excelencias consista precisamente en la descripción de paisajes, tipos y escenas campesinas, tanto como en la trascripción del habla rural, nada de ello justifica señalar a su autora como "novelista regional"; mucho menos equipararla —reduciéndola de tamaño, desde mi punto de vista— con un Pereda, asegurando que la Pardo Bazán hizo con Galicia lo que el autor de *Peñas arriba* había hecho con la montaña. En último caso, nos allanaríamos a reconocer lo evidente: que la Pardo Bazán fue novelista regional en esas dos novelas, pero que fue algo más, bastante más que un novelista regional [11].

Mas volviendo a lo que importa: ¿pueden ser consideradas como obras específicamente naturalistas? El hecho de que fueran alabadas sin reservas por quienes negaban totalmente el naturalismo [12] bastaría ya para ponernos en guardia... Pero sucede, además, que la tesis naturalista —el factor de la herencia, la degeneración de una familia, desenvuelta en el curso de una intriga ingenua con ciertos toques folletinescos: los amores imposibles de una muchacha y su hermano bastardo— está presentada con tantos celajes de pu-

10 *The Catholic Naturalism of Pardo Bazán* (The University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1957).

11 Cfr. Emilio González López: *Emilia Pardo Bazán, novelista de Galicia* (Hispanic Institute, New York, 1944).

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

12 P. Francisco Blanco García: *La literatura española en el siglo XIX*. II (Sáenz de Jubera, Madrid, 1910).

dibundez que casi resulta invisible. Se incluye también la novela *Insolación* en la fórmula naturalista porque uno de los elementos tainianos, el momento (que en este caso es el sol tomado por la heroína en una verbena popular madrileña), influya como factor determinante en su sensualismo amoroso. (Esa influencia solar, aunque con efectos diametralmente opuestos, no deja de suscitar en los lectores cierta reminiscencia de *L'étranger* de Albert Camus). Pero el mérito sobresaliente de tal libro no está ahí, sino en el ritmo de "allegro vivacisimo" que rige todas sus páginas. En cuanto a *Morriña,* en rigor, su sustancia naturalista es tan mínima como convencional, puesto que se trata del complejo del pecado original existente en una sirvienta por el hecho de ser hija de un clérigo. Lo que da a esa novela calidad excepcional y aun poética es la psicología de su heroína, simbólicamente llamada Esclavitud, el melancólico drama de un amor frustrado nacido entre el sueño y la vigilia y destinado a malograrse trágicamente. Convencionalismo religioso, triunfo del prejuicio social hay también en el punto de partida del díptico *Una cristiana* y *La prueba,* donde la heroína, influida por un clérigo consejero —inevitable en las novelas y en la vida del siglo XIX español— y huyendo de la "inmoralidad" que supone convivir con un padre abarraganado, comete la "amoralidad" de casarse con un hombre al que no ama, pero al cual, no obstante, se sacrifica cristianamente, asistiéndole hasta el fin en una terrible enfermedad. Ese "problema de conciencia" no nos parece menos falso o arbitrario que el que sirve de eje a otra novela de la misma época: *El comendador Mendoza,* de Valera. Comparando tales libros con otros clásicos, cotejando particularmente las novelas de la Pardo Bazán con las *novelas amorosas y ejemplares* de su antepasada en el siglo XVII, doña María de Zayas y Sotomayor, comprobamos una vez más cómo la libérrima moral de los siglos áureos se trocó durante el XIX en la más gazmoña moralina. De hecho hay más "naturalismo" en narraciones como *El prevenido engañado,* de María de Zayas (con peripecias escabrosas parejas a las de *La tía fingida* y a las de Boccaccio) que en toda la obra de doña Emilia Pardo Bazán.

"¿Cómo podría haber naturalismo —se pregunta certeramente D. F. Brown— cuando su catolicismo le prohibe aceptar los supues-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

tos científicos y la filosofía en que Zola basaba su sistema?; ¿cuando rechaza la "bête humaine" y se rebela contra la idea de un determinismo absoluto en la vida humana? ¿A qué queda reducido el naturalismo si no se cree en el determinismo?". El mismo crítico concluye, no obstante, conciliadoramente que la Pardo Bazán "rechazó lo exagerado y pasajero del sistema de Zola, mientras que su equilibrado juicio crítico aceptó lo bueno, lo viable: la aguda y detallada observación de la vida". En suma: "aceptó la técnica, pero rechazó el sistema —sistema que también ha rechazado la posteridad".

Advirtamos ahora —según antes hubimos de anticipar— que el período más o menos —menos que más— naturalista de la Pardo Bazán se extiende a una veintena de años. Ya en 1905 inicia una nueva fase con *La quimera,* que acentúa en 1908 con *La sirena negra.* En *La quimera* cambian la técnica, los personajes y el medio: del mundo mesocrático o popular se pasa al de la sociedad elegante y a los medios de artistas. Del naturalismo, muy restrictivamente entendido, nos trasladamos al modernismo, no menos caprichosamente interpretado. Porque *La quimera* es —quiso ser— una novela sincrónica con la tónica dominante artísticamente en aquellos años de comienzos del siglo: una novela modernista —no en el estilo, por supuesto, sino en la atmósfera y en la decoración— con ambiciosas intenciones simbólicas. Si en la descripción de medios aristocráticos, puesto que eran los suyos, la condesa de Pardo Bazán podía pisar terreno firme, en la pintura de medios artísticos no sucedía lo mismo... El caso es que unos y otros nos parecen hoy tratados con idéntico convencionalismo, y la sensación de inverosimilitud o impropiedad que experimentamos es pareja. Más lograda nos parece su última novela larga, *La sirena negra.* Aquí, sí, la autora recobra su dominio, su maestría, y la extraña atmósfera trágica que flota en el libro se trasmite al lector con autenticidad emotiva. Una veta de espiritualismo traspasa sus páginas. Como confirmación de que lo naturalista en la Pardo Bazán, más que una convicción firme, había sido, según sus propias palabras, un "oportunismo", la influencia de Zola cede ante la más reciente de Tolstoy, e inclusive asoma la de Maeterlinck.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

¿Qué sentido tiene hoy —podrán preguntarse ahora algunos—, aparte del homenaje debido a doña Emilia Pardo Bazán (sobre cuya grandeza literaria, por encima de las reservas enumeradas, no quisiera que quedara ninguna duda), la resurrección, el replanteamiento de cuestiones aparentemente agotadas y sobrepasadas, como son las del naturalismo? Acabo de insinuarlo con ese adverbio: sólo han prescrito aparentemente. Porque, en realidad, si bien el naturalismo como fórmula o sistema pasó hace tres cuartos de siglo a la historia, ha vuelto en los últimos lustros —con otro nombre u otras máscaras— a cobrar vida e influjo. Dígasenos, si no, qué significan, qué raíces tienen, a qué metas apuntan ciertas tendencias actuales como el neorrealismo, tan invasor en la novelística de varios países, con la circunstancia nueva de que ahora sus medios expresivos se han ensanchado y ya no abarcan sólo la página impresa sino también la pantalla cinematográfica. Otra diferencia es que ahora el realismo, tras su viaje por las letras norteamericanas —a partir de las estaciones Theodore Dreiser y Sinclair Lewis, con paradas sucesivas en Hemingway, Dos Passos, Caldwell y otros—, se nos presenta como un movimiento de regreso, adicionado, cierto es, con algunos elementos nuevos. Los postulados zolescos fueron arrojados como un lastre inútil, pero la violencia de los tiempos engendró otros —por ejemplo, el sadismo—, marcando las novelas neorrealistas con fuerte impronta, con relieve estereográfico. La descripción minuciosa fue llevada al rigor del inventario judicial; la preferencia por los lados siniestros de la realidad magnificó la sordidez de ambientes y personajes; la psicología de éstos fue reemplazada por el "behaviourismo" o mera descripción de sus comportamientos animales; cayeron los tabúes prohibitivos, todo lo atañedero al sexo se hizo trasparente, y las palabras sucias, malsonantes llegaron a ser moneda corriente.

Por otro lado, surgió un realismo tendencioso que, menospreciando la psicología individual, aspiraba a reflejar lo multitudinario y anónimo, deificando las consignas marxistas y leninistas. Aludo, como se comprenderá, al llamado "realismo socialista", muy rudimentario y unilateral. Su empeño en dar una imagen fiel del mundo colectivizado resultaba falseado por sus propósitos edificantes y venía a ser tan ingenuo como el más candoroso idealismo. Cierto es

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

que últimamente, si nos atenemos al decir del más inteligente crítico del marxismo literario, el húngaro Gyorgy Lukacs [13] (en quien siguen sorprendiéndonos, empero, la seriedad con que cita vaciedades de Lenin y Stalin como "autoridades" en tales cuestiones), aquel realismo socialista se ha trasformado en "realismo crítico" y no vacila en anexionarse algunos valores —como Thomas Mann— que antes había anatematizado. Pero ¿será cierto, como el mismo Lukacs [14] escribió, que nunca el mundo ha sentido más necesidad de realismo que en estos años?

No; lo que sucede es que así como el naturalismo de Zola y sus epígonos surgió en un momento oportuno, como consecuencia de una coyuntura histórica determinada, según ya advirtió muy atinadamente la condesa de Pardo Bazán [15], puesto que "la Commune y sus desesperaciones encontraron expresión en la escuela naturalista", así también esta reviviscencia del realismo o expansión del neorrealismo a que ahora asistimos, viene a ser la consecuencia fatal de dos guerras en medio siglo y de sus incalculables subversiones. Además, deberemos tener en cuenta que la presión del mundo real, con sus malestares y sus contradicciones (no precisamente las del capitalismo, lugar común, caballo de batalla de la dialéctica marxista, sino las que surgen del contraste entre el avance tecnológico y el retraso moral), se ha hecho hoy particularmente intensa, que el individuo vive asfixiado en un clima de colectivización creciente, que las catástrofes y las amenazas de catástrofes se suceden sin interrupción.

A pesar de todo ello, y por lo que concierne a la creación imaginativa, otra conclusión se impone —según escribí no hace mucho [16]—, y es ésta: "El realismo ennegrecedor es abusivo, desde luego, mas ¿cómo hacer —y menos aceptar— una novela que no cargue el acento en la verdad, que no presente al desnudo hechos y espíritus,

13 *Zum Gegenwartsbedeutung des Kritischen Realismes*, Trad. italiana: *Il significato attuale del realismo crítico* (Einaudi, Torino, 1957).

14 *Balzac, Stendhal, Zola e Nagy orosz realistak*. Traducción italiana: *Saggi sul realismo* (Einaudi, Torino, 1950).

15 *La literatura francesa moderna*. III. *El naturalismo* (Renacimiento, Madrid, s. a.).

16 "Perspectivas de la novela contemporánea", en *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, V época, año I, núm. 3.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

que no elimine radicalmente falsedades, supercherías y fariseísmos? Cualquier clase de convencionalismo es ya más hiriente que todas las osadías". Pudiéramos ver, en definitiva, el realismo como un género permanente, pero no único, y el naturalismo como una especie transitoria. Pero así como de esta última sólo se salvaron aquellas obras que superando los supuestos teóricos adquirieron jerarquía artística, esperemos igualmente que del realismo contemporáneo sólo perduren aquellas novelas donde la experiencia acierte a trasformarse en vivencia espiritual, donde superando la trascripción bruta del mundo inmediato, sus autores alcancen a metamorfosearla y estilizarla estéticamente. En suma, aquellas novelas donde la tesis, el alegato, o simplemente el documento, se convierten en arte.

Clase dada en el Colegio Libre de Estudios Superiores el 29 de octubre de 1959.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Gertrudis Gómez de Avellaneda

por Fryda Schultz de Mantovani

Ninguna etapa tan cruel, para la poesía, como la del paraíso romántico. La pompa del lenguaje insuflaba la vida, y las noches de poetas y poetisas trascurrían de claro en claro, y los días de penumbra en penumbra, porque no parecía lícita la realidad cotidiana, la buena salud era casi un insulto y la normalidad en las relaciones un hecho que debía ocultarse, como si fuera delictuoso y desentonara en la buena sociedad de las letras. Buena sociedad que ensalzaba a la virtud y a la moral con bellas palabras bajo las cuales corrían costumbres más originales.

Sin embargo, entre toda esa faramalla, que era el ripio de las calles románticas, podía advertirse, a poco que se pusiese el oído —y más se advierte desde esta perspectiva en el tiempo— un isócrono retumbo, parecido al del galopar de un caballo desbocado que acaba en desastre. Y es imposible que la carrera no nos conmueva porque adivinemos su final: precisamente nos toca, porque no nos es ajeno y puede acontecernos. Ocurre en la naturaleza de las cosas, aquí, en la tierra.

Los poetas románticos padecieron el vértigo de su propia alma y cayeron en el abismo. Las excepciones, cuidadosamente de entrecasa, desmerecían su fama. A ello se debe, acaso, que nosotros, espectadores distantes, compartamos en alguna medida la opinión de sus contemporáneos y los estimemos en la desmesura de su frenesí, que era el *tempo* del Romanticismo, ya que la imagen de un poeta burgués, buen esposo y padre de familia, que acrecienta su peculio y dedica sus ocios elegantes a la literatura, se nos antoja una nota falsa, una salida de tono, en fin, una súbita molestia en la

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

garganta del actor que echa a perder su papel en la gran ópera que se representaba durante la primera mitad del siglo XIX. Cuando un poeta de esa época cumplía su deber —lo que significaba escribir sonoros y a veces bellos versos a costa de una vida tormentosa— la sociedad lo premiaba: con sátiras y cuchufletas de los bufones, que circulaban aparentemente anónimas, y con gajos de laurel y sueltas de palomas en el estreno de sus obras teatrales; casi al fin de sus días, llegaba la coronación solemne, presidida por los príncipes, asistida por los ministros, oficiada por los académicos y presenciada por los mismos bufones, acaso, que lanzados otra vez a la calle, echaban a rodar de nuevo los cantos y las ironías de siempre... Contemplada a la distancia, la *coronación* de los poetas del Romanticismo tiene un aire macabro, de catafalco vacío y de paraíso de mentirijillas.

La tempestad

Dentro de la literatura española de ese siglo una poetisa cubana describió toda la parábola. Gertrudis Gómez de Avellaneda nació en Puerto Príncipe, Camagüey, en 1814. La biografía de un autor no debiera importar para el juicio estético de sus obras; a lo sumo, decimos que sirve para curiosidad bibliográfica. Pero ocurre que, en el caso de la Avellaneda, su vida personal ha pesado en la opinión de los críticos. Mucho tuvo que ver el concepto de "lo femenino" que ostentaron sus contemporáneos, y que aún exhiben como prejuicio los nuestros.

La primera línea que me llevó a contemplar a la Avellaneda está escrita dos años después de su muerte, es decir, en 1875, por José Martí —a quien admiro tanto— en los boletines de la Revista Universal de México que firmaba con el seudónimo de Orestes. Comenta una antología de poetisas hispanoamericanas publicada en París y se duele de que Luisa Pérez de Zambrana no esté bien representada y en cambio la Avellaneda ocupe la extensión de las páginas y con ella la primacía. Martí comenzaba a vivir, pero nunca su juicio por demasiado joven pudo parecerme injusto... Esta vez, dice: "Ha de preguntarse, a más, no solamente cuál es entre las dos la mejor poetisa, sino cuál de ellas es la mejor poetisa americana". El cubano, ansioso de patria libre, se ve que no perdona a la es-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

critora que se dejó agasajar por los poderosos, a la amiga de la Reina y de los Príncipes, a la mujer, en fin, que no era ya la joven camagüeyana enamorada de la poesía, ni la Tula apasionada de Sevilla, sino la Avellaneda, que a su retorno en 1860 la llevaron en carroza descubierta al Liceo de La Habana y fue coronada en presencia del Capitán General de la Isla por las manos espurias de sus coterráneos que aceptaban el yugo: corona regia o de laurel para los sometidos de ultramar.

Yo había ya leído ese soneto de 1836 que a Juan Nicasio Gallego, padrino neoclásico de la criolla romántica, le parecía "uno de los mejores de nuestro parnaso":

Voy a partir... La chusma diligente
para arrancarme del nativo suelo
las velas iza y pronta a su desvelo
la brisa acude de tu zona ardiente,

y había admirado la economía dinámica del terceto final que, salvo en la primera línea, no parece de factura romántica:

Ah, que ya cruje la turgente vela,
el ancla se alza, el buque estremecido
las olas corta y silencioso vuela.

"...No tuvieron las ternuras miradas para sus ojos, llenos siempre de extraño fulgor y de dominio: era algo así como una nube amenazante", dice el boletinero Orestes, casualmente a los mismos 22 años que tenía Gertrudis Gómez de Avellaneda —casada con su propio apellido, viuda del nombre de su padre, porque era huérfana— al partir de Cuba en 1836. La joven camagüeyana que uno de sus biógrafos describe como de ese color "que los cubanos llamamos trigueño lavado, es decir, de un moreno claro con visos rosados, que es el tipo de belleza más admirado en la Isla [1]", con la emoción ante el mar, durante el primer viaje que la aleja de su patria, se entrega como en un vaticinio a la seducción de los versos de Heredia, aquel que sólo supo sentir a su alma en la tempestad. Amó el peligro, y así lo confiesa en unas memorias que escribe para su prima y amiga, Eloísa de Arteaga, emparentada a su vez con el vasquito Loynaz, primero entre los hombres que asomaría en el

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

[1] Domingo Figarola-Caneda, *Gertrudis Gómez de Avellaneda*, Madrid, 1929.

horizonte pasional de Tula, la joven problema, que leía a Mme. de Stael y se encontraba parecida a *Corina*, que se extasiaba con *Atala*, "del divino e inmortal Chateaubriand", según dice, con Walter Scott, con Lista, con Quintana, y, sobre todo, con aquel compatriota tan distinto en la vida, tan venerado en la poesía: José María de Heredia.

El alma de Tula volverá siempre, como una ola, a la playa patria; Heredia será su imán. ¿Y por qué había de admirarlo tanto, si no sintiera en el fondo de su pecho ese mismo latido de rebeldía que hizo de Heredia la figura del poeta insumiso por excelencia? Ella también lo era, a su modo, y en lucha contra la sociedad de su tiempo, no por causas políticas de las que no sé si desgraciadamente la Avellaneda no supo nada o no quiso saber. Por eso la opinión de otro poeta insumiso, y en cierta forma heredero de ambos, nos parece esta vez teñida de juvenil rencor. Si se quiere, Martí revela un prejuicio de época sobre la mujer, a la que se concebía sólo como compañera en la intimidad del hogar: dulce, tranquila, eficiente y tierna. La Avellaneda no era nada de eso: "...no sintió el dolor humano —dice Martí—; era más alta y más potente que él; su pesar era una roca". Confesemos que se salía del canon romántico inventado por los hombres; pero tenía derecho, porque ella también inventaba. Sólo que la invención debe ser una figura geométrica que sale de la cabeza; y a la pobre Tula sus engendros fantasmales le salían del corazón. Por ejemplo: imaginaba amantes; pero la realidad la contradecía.

Loynaz quedó en el Camagüey y ella estaba ahora en La Coruña, donde los familiares de su padrastro Escalada la llamaban "doctora" y "atea", y criticaban su "indolencia americana", que debió sentar bien a su palidez, a sus grandes ojos negros, a su voz, que parecía demorarse en las honduras del alma antes de salir a los salones, para leer melodiosos poemas, a la Alameda o al Cantón, para conversar con las amistades y saludar a los hombres, uno de los cuales, Ricafort, en la misma ciudad gallega, le ofrece matrimonio. Tula no lo acepta, porque ella es pobre y se sabe sin dote, y con Manuel, su único hermano de sangre, viaja a Constantina de la Sierra, Andalucía, y de allí a Sevilla, donde Méndez Vigo —un

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

joven más romántico que nuestra criolla voluntariosa— decide matarse o casarse con ella.

No ocurre ninguna de las dos cosas; al fin y al cabo en el sentimental siglo XIX los pastores no se suicidan por la hermosa Marcela, como se lee en el *Quijote,* y la Avellaneda no tiene culpa de inspirar una pasión desdichada. Más bien ella misma está pronta a experimentar la que no se le curaría jamás. Se llama Ignacio de Cepeda y Alcalde el sevillano cuyo nombre ha trascendido gracias a su amante, la Tula de las cartas. Gracias también a la viuda de Cepeda, quien, al morir su marido, casi nonagenario, las entrega a don Lorenzo Cruz y Fuentes, catedrático de Huelva, y éste, en 1907, decide publicarlas a expensas de la misma señora, la que de este modo tan original se apropia siquiera sea de una migaja, ya que no del festín de amor, por lo menos de la gloria de la poetisa romántica y de la luz prestada por la que brilló Ignacio de Cepeda.

Por fortuna la vanidad de los hombres ha preservado de la destrucción las más hermosas cartas que han escrito las mujeres. Vanidad que en el fondo acaso signifique, para el Juicio Final de nuestros hermanos, una disculpa humilde, caballeresca, un afán de aparecer siempre un peldaño o varios más abajo que nosotras. Lo cierto es que, si juzgamos a los grandes amantes por sus epistolarios, Eloísa es más noble y más sacrificada que Abelardo, aunque a éste la fatalidad del castigo medieval le impidiese amar mejor; y, ¿qué duda cabe?, Mariana Alcoforado escribe mejor que los ángeles, porque los ángeles no se apasionan. Del capitán que sedujo a la monjita portuguesa sabemos que, por lo menos, tenía buen gusto literario, merced al cual es presumible que leyó y guardó las cartas.

Las de la Avellaneda se inician el 23 de julio de 1839 con una autobiografía que, a modo de confesión previa, dirige a su amante, todavía en el período de *pura amistad* como éste le exige. Y aquí comienza la invención de Tula: cree que su remiso amigo es un misántropo, que ha padecido mucho y huye de la sociedad a los 23 años; todo porque Cepeda, que aspira a ser un fácil burlador de Sevilla y, por supuesto, no desea casarse con la Avellaneda, tan pobre, ha decidido recluirse durante el verano y el otoño en la villa de Almonte, cerca de Sevilla, donde tiene unas tierras ricas en vino y aceite. Al tiempo que descansa de otros amoríos, cuida de

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

sus bienes, y para desahogo de sus halagos varoniles, o como quien escucha una sonata después de una buena cena, recibe cartas o las escribe a nombre de *Amadora de Almonte,* seudónimo ingenuo con el que se bautiza la misma Tula, quien tiene 25 años y publica versos en los periódicos literarios de Sevilla y de Cádiz, que firma "La Peregrina", nombre que alguna vez se le dio a la primera poetisa americana, Sor Juana Inés de la Cruz, pero que ella no recuerda.

La Avellaneda imagina que su amante pasea por los campos, suspira a la luz de la luna, escucha el murmullo de los arroyos, el soplo de la brisa, el canto del ruiseñor...; tópicos románticos que no encajaban en el paisaje harto desolado de Almonte y menos aún en la prosaica realidad que imperaba en el alma de Cepeda. Ella le obedece y no le habla más que de cosas *objetivas*: de lo que publica, de su novela *Sab,* que está escribiendo –episodio de un negro esclavo que trascurre en su lejana Isla de Cuba–; casi la tiene terminada... "Ya ve Vd. que evito un lenguaje que Vd. llama de la imaginación y que yo diría del corazón. Vd. le juzga peligroso y le destierra de nuestras cartas..." Y a renglón seguido, como si asomase la amante que todavía detiene, cambia el tratamiento y le dice: "Pero, ¿qué temes tu, amigo mío? ¿Qué peligro quieres evitar?" Lo tranquiliza, asegurándole que no debe amarla sino como a una hermana. "En cuanto a mí, haré lo que quieras: no te expresaré mi cariño, si esto te hace mal; pero ¡me cuesta tanto este esfuerzo!" Después de dejar hablar al duende, pone punto aparte y recobra la seriedad:

"Cepeda, ya lo ve Vd.: mi pluma corre a pesar mío..." Y más adelante al final de esta carta del 28 de agosto de 1839: "¡Raro, original es el papel que hago contigo! Yo, mujer, tranquilizándote a ti del miedo de amarme, es cosa peregrina..." Y en la postdata, como si retomara la apostura de naciente y ya reconocida escritora, único motivo por el que él se le había acercado: "Ruego a Vd. disimule la incoherencia de ésta y su poca unidad y defecto de estilo. Veo que está rara; pero va según mi cabeza. ¡Tengo tanta confusión en ella!"

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

EL NAUFRAGIO

¿Qué podemos pensar de estas cartas? ¿Que son documentos confesionales y que nunca debieron salir del sagrado de un hombre? Sí; pero Cepeda las guardó, y mucho más tarde, en 1854, pidió permiso a su autora para publicarlas, a lo que ella no le dijo que sí, pero tampoco se negó, creyendo —otra vez con las fantasías de su corazón— que porque él las tenía en tanto aprecio era señal de que todavía la amaba; en cambio, lo que el ex-amante y futuro casado con otra quería, era adornarse con el resplandor de su fama.

Es necesario volver por la Avellaneda, en ese período de zozobra que corre entre octubre de 1839 y abril de 1840. Es verdad que ella dijo, con los versos de Heredia, que amaba el peligro; pero eso era un alarde romántico, como el del estudiante de Salamanca que presencia su propio entierro, o la *Canción del Pirata,* que no pasa de tirada lírica para espantar al burgués. Tula es una mujer igual a nuestra vecina —salvo que lee a los clásicos—, y no quiere que su amante se figure que ella es sublime. "¡Mi talento! —dice— ¿Y crees tú que el talento sea un antídoto contra la sensibilidad?" Y más adelante, en la misma carta, estas palabras que suenan a blasfemia, como las de la tragicomedia de Calixto y Melibea, bien que las dos figuras sean creación de un poeta masculino: "Una mujer vulgar no ama como yo, ni tiene celos como yo. Una mujer vulgar celaría en ti su novio; yo celo en ti mi ídolo, mi Dios, que tiemblo de ver profanado..."

Nos resistimos a seguir leyendo porque duele ver a la Avellaneda equivocada, prostituída el alma a los pies de un señor, que por más Don Juan que quisiese ser, sólo pensaba en vinos y en aceite. Tula —y en adelante, mientras dure este aspecto de su vida, sólo la llamaremos así, como si fuéramos sus cómplices— le dice que quiere su corazón sin compromisos de ninguna especie. "Soy libre y lo eres tú; libres debemos ser ambos siempre, y el hombre que adquiere un derecho para humillar a una mujer —lo asegura ésta, que vaticinaba su propia vergüenza— el hombre que abusa de su poder, arranca a la mujer esa preciosa libertad; porque no es ya libre quien reconoce un dueño".

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

¿Qué vale más? ¿La retórica de uno de esos poemas de dedicatoria inconclusa (*A...; A él...*) que se suceden por esos años (aun-

que la Avellaneda "...con su maestría infalible", como dice Henríquez Ureña; o Enrique Anderson Imbert: "no descompone su figura, aunque se le desgarre el corazón") o estos párrafos de una carta escrita en abril de 1840?:

"Largo tiempo me he hecho ilusión sobre tus sentimientos y he interpretado lisonjeramente la frialdad de tu conducta...", "...pero no formé la menor queja sobre ti. Sólo una cosa pudiera reprocharte, y es la falta de franqueza; es no haberme dicho: ya no te amo. Porque la inconstancia no es un vicio ni un crimen; es solamente una debilidad del corazón, y acaso una dualidad inherente a la naturaleza humana; pero la falsedad, el engaño, es un delito, una bajeza, indigna de todo corazón noble".

Le ofrece, loca Tula, igual que todas las mujeres que no se resisten a abandonar el pensamiento de un hombre, en vez del amor desdeñado, la amistad, "afecto profundo que sobrevive a la juventud y aun a la muerte". "He creído –le asegura después– y lo he dicho con mi natural veracidad, que eres más sentimental que sensible profundamente, más amable que amante, que tienes más bondad que pasión, y menos ternura que talento..." ¿Puede clavarse en mejor forma a una mariposa masculina? Sí: "siempre te he visto digno de ser amado, aun cuando alguna vez haya creído que tú no sabes amar. Acaso ni aun eso he creído; sólo he comprendido que a mí no me amabas".

Ella es impetuosa y sincera; puede parecer inconstante, a veces irónica; pero la ironía la desgarra: siempre se hallará en su fondo la verdad, porque es incapaz de bajezas y de cálculos interesados, como los de Cepeda. No guarda la copia de sus cartas, ni de las que recibe de él; primero, porque a las suyas no les da valor, y segundo, porque las de Cepeda, aunque ella proteste desde donde esté, acaso no reflejaban más que el talento que le inventaba Tula.

Es erudita en almas humanas, y sabe que Napoleón no sabía amar, y era sin embargo el primer hombre del mundo; y que Newton jamás tuvo una querida... En cambio Torcuato Tasso amó hasta morir sin juicio; era un alma eminentemente apasionada, con la que ella simpatiza. Pero Napoleón y Newton eran espíritus altos y profundos. Nos parece oír, a contratono, la voz de Martí, que

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

abjura de la Avellaneda por motivos de lucha patriótica, pero la admira como mujer.

"Mis defectos —dice Tula— tienen la talla de mis cualidades..." Y termina asegurando: "pero sí sé que, tal cual soy, no hallarás otra en el mundo. Serán peores o mejores, pero no serán como *Tula*".

La hoguera romántica

¿Y qué nos importa a nosotros de su vida personal, de la anécdota que puede engolosinar a los superficiales, a los que sólo se acercan a la hoguera romántica para ver cómo se consumen las gasas y las flores secas y los rizos en forma de tirabuzón, y chirría la carne de los pobres amantes? Nos importa porque Tula se salva y sobrevive a Cepeda, cuyo nombre ella también ha arrastrado hasta esta orilla de la posteridad. Además, porque estas cartas tienen estado público, por voluntad de su destinatario e indiferencia de su autora, y porque, aparte de su valor como documentos biográficos, son también una legítima muestra de la creación poética de la Avellaneda. "No temo jamás al ridículo —dice a su amante—; es un traje que no le viene a mi talla".

En *Recuerdos del tiempo viejo* Zorrilla describe la entrada de la Avellaneda en el Liceo de Madrid, acompañada de su mentor, J. N. Gallego, y la primera lectura de sus versos. Dice: "Subí a la tribuna, y leí como mejor supe unas estancias endecasílabas que arrebataron al auditorio. Rompióse el incógnito, y, presentada por mí, quedó aceptada en el Liceo y, por consiguiente, en Madrid como la primera poetisa de España la hermosa cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda." Habían trascurrido sólo dos o tres meses desde su ruptura con Cepeda —que, en rigor, nunca se hizo efectiva, pues continuaría escribiéndole— y Tula estaba ahora en la Corte, donde se relacionó con todo el mundillo literario de entonces: Quintana, Espronceda, el Duque de Frías, Bretón de los Herreros, Hartzenbusch, Pastor Díaz, García Tassara... En ese mismo noviembre de 1840 publica el que se convertiría en uno de sus más famosos poemas: "A la muerte del célebre poeta cubano José María Heredia", ocurrida en Toluca, en 1839. Guardémonos de considerarlo como un pretexto para que ella celebre el funeral de sus

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

propios amores; pero lo cierto es que se advierten huellas muy nítidas de una experiencia dolorosa. Porque una mujer de veintiséis años, por más que respirase en el clima del Romanticismo, no podía, sin sentirlo, reflejar ese profundo tedio de la vida que palpita en los siguientes endecasílabos:

Ya reclinó su lánguida cabeza
de genio y desventuras abrumada,
en el inmóvil seno de la muerte.
¿Qué importa al polvo inerte
que torna a su elemento primitivo,
ser en este lugar o el otro hollado?

Y después de esta proposición hace un balance de los bienes del mundo en el que la férvida Tula se agita otra vez, dentro de la Avellaneda:

¿Y qué, al dejar la vida, deja el hombre?
El amor inconstante, la esperanza,
engañosa visión que lo extravía.
Tal vez los vanos ecos de un renombre
que con desvelo y con dolor alcanza:
el mentido poder, la amistad fría,
y el venidero día,
cual el que expira breve y pasajero,
al abismo corriendo del olvido:
el placer cual relámpago ligero
de tempestades y pavor seguido...

Pero la Avellaneda sabe domar sus pasiones encabritadas de modo que aparezcan, casi irreconocibles, en el bello galope de paseo de sus versos. Y es así cómo publica en 1841 un tomo de *Poesías*, dedicado a su madre, y la novela del esclavo *Sab*, cuya elaboración le significó tres o cuatro años. Poco después, *Dos mujeres*, otra novela; y en 1844, *Alfonso Munio*, fusión de tragedia antigua y drama romántico que tiene como argumento la vida de un varón de su estirpe, sorprendida por ella en antiguas crónicas. También, *Espatolino*, novela que narra el episodio de las aventuras de un célebre bandido napolitano, y es curiosa la defensa que ella misma hace de su obra ante los que la juzgaban traducida del francés.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

"La América española dio a la antigua metrópoli dos de los mejores dramaturgos de su período romántico —dice Pedro Henríquez Ureña—: Ventura de la Vega (1807-1865) nacido en Buenos Aires, y Gertrudis Gómez de Avellaneda (1814-1873) nacida en Camagüey". Una de sus mejores obras es *El Príncipe de Viana*, tragedia dedicada a Fernán Caballero en la edición de 1869, corregida por su autora; se había estrenado en Madrid, en 1844. Ese mismo año la Reina indultó a tres reos políticos, y tal como debía ocurrir en ese siglo de ceremonia y de ornamento, el hecho se celebró con una justa poética. El primero y el segundo premio correspondieron a la Avellaneda, que en uno se había presentado bajo el nombre supuesto de su medio hermano, Felipe de Escalada. Las sátiras a su costa no tardaron en aparecer; y entre ellas se deslizó aquel elogio, un si es no es ofensivo, de Bretón de los Herreros, pero que se repetía con evidente mala intención: "Es mucho hombre esta mujer..."

Cuando hablamos de la entrada de la Avellaneda en el Liceo de Madrid apareció, entre otros, el nombre del poeta sevillano Gabriel García Tassara; pero ahora es cuando irrumpe en la vida de Tula. Su relación dura poco más de un año, y en la hoguera romántica caben también estos dos despojos: el poeta burlador, y la hija que de él hubo la Avellaneda, que falleció a los pocos meses.

Sigue el matrimonio con Pedro Sabater, en 1846, acto de piedad para con un enamorado canceroso; y, al lado de las tragedias íntimas, casi simultáneas, las teatrales: *Egilona*, o *Saúl*, considerada esta última una de las más perfectas desde el punto de vista de la documentación, del manejo de materiales por otros también aprovechados —en lo que la crítica, no siempre bien intencionada, de su tiempo, quiso descubrir "influencias"—; lo que se le reconocía a la Avellaneda era "oficio" teatral, es decir, el arte de mover las almas en un tablado igual al de la vida. Porque ella perdía a veces la cabeza, pero la recobraba en el trabajo. Y aquí tenemos la voz de Tula pintándose a sí misma en 1850:

"De mi carácter, si se quiere indicarlo, diré con igual franqueza que no peca de dulce. He sido en mi primera juventud impetuosa, violenta, incapaz de sufrir resistencia. En el día está quebrantado mi carácter: soy menos irritable y también he perdido el entusiasmo, que era su base. Mis escritos dicen muchos que revelan más imagi-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

nación que corazón; yo no lo sé, pero creo que tengo, o al menos he tenido, grandes facultades de sentimiento, si bien confieso que siempre con más pasión que ternura.

"Don Juan Nicasio Gallego ha dicho de mis poesías que nada indicaba en ellas la blandura de una fibra femenil y la languidez de una hija de los trópicos; que sus calidades sobresalientes eran la altura y energía de los pensamientos y el varonil vigor de la expresión..."

Y escuchémosla aquí cómo se defiende y plantea, avanzada para su época, el problema de la creación poética, indiferente al sexo: "Otros críticos han dicho también que yo no era poetisa, sino *poeta*; que mi talento era eminentemente varonil. Yo creo que no es exactamente verdad: que ningún hombre ve ciertas cosas como yo las veo, ni las comprende como yo las comprendo; pero no niego por esto que siento que hay vigor en mi alma, y que nunca descollé por cualidades femeninas. Mis amigos saben que soy sincera hasta rayar en indiscreta. Mis enemigos, que soy indulgente hasta pecar en desdeñosa; mi fama, que soy desinteresada hasta ser tachada de un vicio opuesto a la codicia; y yo sé, mejor que nadie, que soy defectuosísima."

En la hoguera caben también las confesiones arrepentidas, las verdaderas desdichas y las ridículas vanidades. El Romanticismo era época para todo. La cizaña crecía junto con el trigo, y la siega sobrevenía a veces apresurada, convocada por el dueño del campo. Los poetas románticos se precipitaban solos al desastre; algunos, preferían quedar en una pirueta de volatinero... A la muerte de Gallego, en 1853, la Avellaneda, que siempre se consideró como su protegida y discípula —aunque la disciplina no era precisamente su virtud— aspiró a sucederle en el sillón de la Academia. Nunca habían entrado mujeres en esta docta corporación, si bien quiso esgrimirse un antecedente que no quedó muy en claro. Como lo dijo más tarde Emilia Pardo Bazán, cuando aspiró a igual honor, en unas cartas públicas dirigidas al fantasma de su antecesora en los empeños [2], era presumible que, siendo una reunión de hombres, quisieran quedarse a solas, para contar cosas que no debían escuchar oídos femeninos. A la Avellaneda se la rechaza, pero con todos los

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

[2] Madrid, 1889. Reproducidas por D. Figarola-Caneda, Madrid, 1929.

honores de una medida general y reconociendo sus méritos. ¿Para qué habrá aspirado a ese discutido sillón la poetisa cubana? Para lo mismo que ambicionaba las palomas en el estreno de sus obras teatrales y las coronaciones solemnes en La Habana o en Madrid. Ella participó de la de Quintana en 1855. Un gran cuadro de la época nos la muestra en toda su majestad, algo corpulenta, leyendo una oda en medio de personajes con entorchados y "frac" lustrosos...

Ya es la señora del Coronel don Domingo Verdugo, figura simpática, nada anodina, puesto que hasta recibió una estocada en el pecho por defender de un agravio a su mujer, la célebre poetisa; y no sólo por la luz que ella le prestaba, sino por sus cabales, fue distinguido con un alto puesto en ultramar. Con él llega la Avellaneda a Cuba, después de veintitrés años de ausencia. A poco de su arribo, en enero de 1860, La Habana corona a su grande escritora. Con esta fecha acaba la hoguera romántica en la que Tula quemó su corazón y sus laureles.

El juicio de las cenizas

Ahora no nos queda ya sino el juicio de sus cenizas. Siempre se han tenido por mejores los versos en los que la Avellaneda contempló a la poesía como creación estética, que no era para ella problema intelectual, sino *vivencia*. Le bastaba enfrentarse con su propio *daimon*: el alma de la pobre Tula, dando tumbos dentro de la geométrica arquitectura del poema.

Difícil es para el hombre hacer poesía, que es, como alguien dijo, el arte de escribir fríamente versos conmovidos. ¿Qué habrá sido para la Avellaneda, en una época que la empujaba a la borrasca y a la vez quería retener en la costa los cabos melancólicos de una mujer idealizada, objeto de culto, ángel del hogar? En pleno delirio romántico de las nacionalidades, Tula, que se sentía *franca india*, porque había nacido en Cuba, aceptaba la dualidad de recibir los homenajes de las reinas y las zalemas de sus vasallos. Para su centenario, en 1914, la Isla, ya libre, quiso recobrar a la poetisa con grandes memoraciones nacionales y hasta emitió sellos con su efigie coronada de laurel. Pero no tardaron en hacerse oír las voces discordantes que volvían a plantear la cuestión de si ella era cubana, por

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

nacimiento, o española, por haber sido Madrid el teatro de sus hazañas.

Gertrudis Gómez de Avellaneda es de Cuba, y a América le debe la dimensión de su espíritu que lleva la impronta del exilio, tal como conviene a los que nacen en esta franja que corre a lo largo del mundo. Todo aquel que provenía de *fuora le muri* de la cultura occidental, cuyo centro era Europa, debía responder ante la aduana que le interrogaba sobre su sangre y su suelo. En cierta ocasión, la Avellaneda batalló por que a su nombre lo pusiesen del lado de los que habían nacido en América: junto a Ventura de la Vega, junto a Heredia. Lo que equivale a elegir la vereda de los desheredados, de los que comienza con ellos su apellido.

Nada le faltó para configurar su orfandad: ni siquiera el alfilerazo de sus contemporáneos. A ella la sedujo en su juventud la *Indiana*, de George Sand; y "la George Sand de Madrid" llamaban a la Avellaneda, porque su vida corría tempestuosa entre la gloria literaria y las pasiones. Fernán Caballero —es terrible la amistad entre las mujeres— decía de ella a un tercero, en 1866: "...Por de contado puede V. quedarse con la carta de Gertrudis, y es excelente la comparación de Yuste. Estaba muy en retirarse a un convento (no sé si como Ninón); me lo consultó y creo que lo que la movió con más fuerza a desistir fue la reflexión que le hice que una mujer como ella no podía volver a salir..." [3]

Es verdad; Gertrudis no puede volver a salir porque está encerrada en su prisión romántica. De ella hemos querido liberarla, ya que sufría tanto. En nuestras manos quedan, continuamente aventadas por los que la niegan, las cenizas de sus endecasílabos:

Dame que pueda entonces,
virgen de paz, sublime poesía,
no transmitir en mármoles ni en bronces
con rasgos tuyos la memoria mía;
sólo arrullar, cantando mis pesares
a la sombra feliz de tus altares.

("A la Poesía")

En ese anhelo, de arrullo escondido como el de nuestros mon-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

[3] Cit. por E. Cotarelo y Mori, *La Avellaneda y sus obras*, Madrid, 1930.

tes, no está mal representada la poesía de América por la imagen de Tula escribiendo sus cartas. Se nos aparece así como un lebrel amante, a los pies del Romanticismo, esta Gertrudis Gómez de Avellaneda, saludada en el siglo XIX como la primera poetisa de habla hispana.

Clase dada en el Colegio Libre de Estudios Superiores, el 30 de junio de 1959.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Harriet Beecher-Stowe y Berta de Suttner

por Marta Elena Samatán

Dentro del amplio panorama que ofrece la actuación de la mujer en la cultura del siglo xix me han correspondido dos figuras que alcanzaron merecido renombre en su época. Todavía se las recuerda a esta altura del siglo xx, aun cuando haya disminuido la popularidad de que gozaron.

Estas dos mujeres fueron escritoras, autoras de gran número de volúmenes. Sin embargo, sólo subsiste para el mundo una novela de cada una de ellas y no, precisamente, porque esos libros se destaquen por relevantes cualidades literarias. No es que fueran escritoras mediocres. Los manuales de historia literaria de sus respectivos países les consagran párrafos bastante densos donde se las juzga meritoriamente. Pero esas obras, como literatura, pertenecen irremediablemente al pasado. En cambio, todavía nos llegan las razones profundamente emotivas que extendieron la fama de esos libros. Es que los problemas que entonces encararon no han acabado de desaparecer y todavía pesan sobre la humanidad.

Estas dos mujeres —que van hermanadas aunque vivieron distanciadas por el tiempo y el espacio— son Harriet Beecher-Stowe, autora de *La cabaña del Tío Tom*, y Berta de Suttner, autora de *Abajo las armas*. La novela que luchó contra la esclavitud y la novela que luchó contra la guerra.

Nos ocuparemos de ellas por orden cronológico.

La vida de Harriet Beecher-Stowe comienza en 1811 y termina en 1896. Nació en Litchfield (Connecticut), en plena Nueva Inglaterra, en el seno de una numerosa familia que se destacaba por más

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Centro Cultural General
Juan Martín de Pueyrredón
BIBLIOTECA PUBLICA MUNICIPAL
25 de Mayo 3108
7600 Mar del Plata

de un concepto. El padre, Lyman Beecher, era hijo de un modesto herrero y él mismo manejó yunque y martillo en su juventud. Pero su vocación por los estudios religiosos lo apartó de las labores manuales y, andando el tiempo, se convirtió en teólogo presbiteriano de renombre. De los nueve hijos que tuvo, cinco sobresalieron en diversos campos. Catalina, la hija mayor, nacida en 1800, vivió consagrada a la educación y al mejoramiento del destino de la mujer. Dirigió en Hartford un importante instituto destinado a formar institutrices y maestras de escuela. Dentro de la historia educacional norteamericana se la recuerda como introductora del estudio de la economía doméstica en los programas escolares de las escuelas de niñas. Eduardo fue teólogo de renombre como su padre. Carlos tuvo actuación pedagógica como su hermana Catalina, llegando a ser superintendente de instrucción pública en Florida. Henry Ward Beecher, otro teólogo y moralista de sobresaliente carrera, llena toda una época del pensamiento religioso de Nueva Inglaterra. Harriet, por último, será la literata de la familia.

En el seno de tan brillante hogar era natural que la niña recibiera una esmerada educación. Harriet cursó estudios en Hartford y se preparó para dedicarse a la enseñanza. Su formación desde el punto de vista moral e intelectual fue de extrema solidez. Era una gran lectora y desde niña ensayó su pluma en trabajos de creación literaria.

En 1832 se produjo un hecho que va a tener enorme importancia en el destino de Harriet Beecher. Su padre fue nombrado director del Seminario Teológico de Lane, junto a Cincinati, a orillas del Ohio, y sus dos hijas lo acompañaron al trasladarse a su nueva sede. El Ohio formaba el límite entre las dos zonas antagónicas: el Norte y el Sur, la que rechazaba la esclavitud y la que la defendía. Desde su posición fronteriza, Harriet podía observar los acontecimientos y sacar sus conclusiones.

El Norte no tenía esclavos. Era un país de puritanos, de gente sumamente trabajadora, metódica al exceso, ordenada en sus costumbres. Los labradores que habían vivido consagrados a sus tierras se trasformaron, más adelante, en empeñosos industriales y hábiles banqueros. Era gente muy religiosa, susceptible de llegar a un peligroso fanatismo.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

El Sur siempre había sido esclavista. La tierra estaba en poder de caballeros de abolengo —real o imaginario— acostumbrados a no trabajar nunca con sus manos. Vivían en casas espaciosas, en medio de parques bien cuidados, rodeados de negros de todas las edades, listos para acudir al llamado del amo. Gustaban de las comodidades y los refinamientos. Nacían, vivían y morían siempre servidos.

Desde principios de siglo, existía en los Estados Unidos una fuerte corriente antiesclavista. Se buscó la solución reuniendo fondos para rescatar negros y mandarlos de vuelta al África. Si bien la iniciativa dio origen a la hoy floreciente república de Liberia, ése no era el camino acertado por una cantidad de razones sociales y económicas.

Alrededor del año 1830 el movimiento se tornó claramente abolicionista y la campaña emprendida contra la esclavitud se extendió y agudizó, adquiriendo los caracteres de una verdadera cruzada. La prédica se fue haciendo cada vez más apasionada y las palabras violentas no tardaron en conducir a los hechos violentos. En todo lo concerniente al problema de la esclavitud, la gente vivía en un peligroso estado de exaltación.

Ya entonces se hablaba abiertamente de secesión, tanto en el Sur como en el Norte. La Sociedad contra la Esclavitud, de Massachusetts, afirmó que era deber de todo ciudadano bregar por la inmediata disolución de la Unión, porque pactar con la esclavitud era pactar con el infierno. El poeta James Russell Lowell dio su apoyo poético a esa afirmación diciendo:

No me entristecería
que ellos tomen su ruta y yo la mía.
De los hombres que son de Dios abandonados
debe el hombre dejar la compañía.

Casi todos los escritores del Norte asumieron una firme actitud abolicionista. Emerson, por ejemplo, dice esto, enfrentándose con la ley del esclavo fugitivo:

"Esta ley monstruosa ha sido hecha en el siglo XIX por gente que sabe leer y escribir. Vive Dios que no la obedeceré... en Massachusetts ha ocurrido una infamia que ensombrece el sol y nos quita la tranquilidad hora tras hora... Todo lo que tengo y todo lo que puedo hacer, lo haré para oponerme a la ejecución de esa ley."

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

La separación se acentuaba año tras año entre ambas regiones. El Norte avanzaba a grandes pasos por el camino del progreso económico. Las fábricas se multiplicaban y el comercio crecía a medida que el país se expandía hacia el Oeste. Se fueron amasando grandes fortunas y el dinero se convirtió en un objetivo por sí mismo.

El Sur carecía de desarrollo industrial, pero sus cultivos rendían cada vez más gracias al mejoramiento de las técnicas agrícolas. Era el indiscutido reino del algodón (cada vez se necesitaban más fardos debido a la desmotadora de Whitney y a la revolución industrial operada en Inglaterra), pero también producía abundante azúcar, arroz y tabaco. Estos productos habían triplicado con exceso su rendimiento en menos de un cuarto de siglo.

Esta prosperidad hacía que el Sur se aferrara ciegamente a su institución. Sus hombres alegaban que el esclavo representaba su capital, su herramienta de trabajo. Ellos no discutían los procedimientos industriales y comerciales de la gente del Norte. ¿Por qué debían inmiscuirse en su modo de vivir esos puritanos fanáticos, inclinados por instinto a las persecuciones? Y aquí sacaban a relucir a las brujas de Salem.

Los sureños, además, se complacían en sostener que ellos trataban mejor a sus esclavos que los hilanderos de Nueva Inglaterra a sus obreros. Comparando ambas explotaciones de la masa humana, llegaban a la conclusión de que los esclavos estaban más amparados en su vejez que los trabajadores libres de cualquier fábrica del Norte.

Era muy cierto, efectivamente, que por 1832 se trabajaba en las fábricas de Nueva Inglaterra de doce a quince horas diarias. Las dos quintas partes de esos obreros tenían de doce a diecisiete años y niños y mujeres debían empezar la jornada a las cuatro de la mañana. Una escasa sexta parte de esos trabajadores sabía leer y escribir.

El problema ofrecía suma complejidad. Los antagonistas se aferraban a sus argumentos extremos y no se vislumbraba ninguna solución pacífica. Se vivía en estado de peligroso equilibrio desde hacía mucho tiempo. Cualquier hecho fortuito podía precipitar la ruptura y llevar a la guerra civil.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Durante su viaje por los Estados Unidos en 1847, Domingo

Faustino Sarmiento navegó aguas abajo por el Mississipi hasta Nueva Orleans. Escuchemos sus reflexiones sobre el angustioso problema:

"¡Ah, la esclavitud, la llaga profunda y la fístula incurable que amenaza gangrenar el cuerpo robusto de la Unión! ¡Qué fatal error fue el de Washington y de los grandes filósofos que hicieron la declaración de los derechos del hombre, al dejar a los plantadores del Sur sus esclavos!"

. . . . . .

"La esclavitud es una vegetación parásita que la colonización inglesa ha dejado pegada al árbol frondoso de las libertades americanas. No se atrevieron a arrancarla de raíz cuando podaron el árbol, dejando al tiempo que la matase, y la parásita ha crecido amenazando desgajar el árbol entero."

Más adelante, Sarmiento, como en tantas otras oportunidades, emite opiniones proféticas:

"La esclavitud de los Estados Unidos es hoy una cuestión sin solución posible; son cuatro millones de negros y dentro de veinte años serán ocho. Rescatados, ¿quién paga los mil millones de pesos que valen? Libertos, ¿qué se hace con esa raza negra odiada por la raza blanca?... He aquí un nudo gordiano que la espada no puede cortar y que llena de sombras lúgubres el porvenir tan claro y radioso sin eso de la Unión Americana. Ni avanzar ni retroceder pueden; y mientras tanto la raza pulula, se desenvuelve, se civiliza y crece. Una guerra de razas para dentro de un siglo, guerra de exterminio, o una nación negra, atrasada y vil, al lado de otra blanca la más poderosa y culta de la tierra."

Harriet Beecher acumulaba provechosas experiencias en Cincinati. Cruzó el Ohio y visitó Kentuky, tierra esclavista. Conoció de cerca a Josiah Hanson, el negro que iba a servir de modelo al tío Tom. En 1836, a los veinticinco años, se casó con un teólogo, profesor del Seminario que dirigía su padre, Calvin Stowe. Este aprobó y fomentó las inclinaciones literarias de su mujer.

Todos los miembros de la familia Beecher eran abolicionistas. No se limitaban a opinar. Actuaban, fundaban sociedades, predicaban. Esa firme actitud antiesclavista les creó un ambiente hostil en Cincinati, donde no faltaban poderosos intereses asentados en

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

la abusiva propiedad de seres humanos. La situación se hizo tan insostenible que los Beecher prefirieron alejarse, regresando a Nueva Inglaterra por el año 1850. El matrimonio Stowe se estableció primero en Brunswick (Maine) y luego en Andover (Massachusetts).

Considerando que uno de esos trabajos literarios había logrado forma satisfactoria y deseando contribuir con su pluma al sostenimiento de su hogar, Harriet Beecher-Stowe comenzó a publicar en *The National Era*, periódico abolicionista de Washington. Se trataba de un largo relato basado en sus impresiones personales sobre la triste condición de los esclavos. La obra apareció en volumen en 1852 con el título de *Uncle Tom's Cabin*.

El clima no podía ser más propicio para la aparición del libro. Su éxito fue clamoroso, popularizándose inmediatamente. No tardó en cruzar las fronteras y en recibir los honores de la traducción. Se hicieron adaptaciones teatrales que fueron aplaudidas por millares de espectadores.

Harriet Beecher-Stowe se convirtió en una escritora célebre. Más de quinientas mil mujeres inglesas le remitieron un testimonio escrito de gratitud. Las escocesas iniciaron una colecta de fondos para rescatar esclavos. Se dice que hubo propietarios rurales rusos que emanciparon a sus siervos influidos por la lectura de *La cabaña del tío Tom*.

Nos encontramos ante un hecho real y concluyente: una novela ha conmovido al país entero y esa conmoción ha desbordado las fronteras, sacudiendo profundamente la conciencia colectiva de todo el orbe occidental. Ese libro sencillo, impregnado de cristianismo filantrópico, que trata ingenuamente de llegar a la raíz de los males de una estructura dada, provocó el "remordimiento social de los hombres", como dijo Sydney Webb.

El argumento de la novela se encuadra dentro de los convencionalismos de la época y los caracteres están descritos en forma sentimental. Pero la autora era enérgica, sincera y apasionada y esas tres cualidades bastaban para dar fuerza a un libro.

A pesar de ser oriunda de Nueva Inglaterra y pertenecer a una familia de teólogos —padre, hermanos, esposo e hijo— Harriet Beecher-Stowe no era una fanática. Su devoción por la causa antiesclavista no la llevó a la violencia verbal, a la intransigencia ideo-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

lógica que caracterizó a tantos abolicionistas. Sabe —porque ha podido comprobarlo en más de una ocasión— que no todos los negros viven una esclavitud llena de horrores. Hay patrones bondadosos que actúan como buenos padres de familia y velan por la salud moral y material de sus esclavos.

Pero de nada vale la bondad personal de los hombres ante una institución decididamente mala. El tío Tom, por ejemplo, antes de caer entre las garras de Simón Legree, tuvo amos generosos como Arturo Shelby y Agustín Santa Clara. Pero la ley lo dejaba indefenso ante las contingencias que pudieran sobrevenir. Bastó que Shelby se viera en serios aprietos económicos para que Tom se convirtiera en mercancía. Fue suficiente la muerte súbita de Santa Clara para que se desbarataran sus generosos proyectos y su viuda mandara a pública subasta a los esclavos a quienes él más había favorecido.

En la forma muy siglo XIX de su novela, Harriet Beecher-Stowe abarca casi todos los problemas originados por la presencia del negro en tierra americana. No los agota ni los profundiza, desde luego, pero los trae a la superficie y los deja esbozados con toda claridad.

Agustín Santa Clara que, como hombre del Sur, está metido dentro de los complicados engranajes de un sistema económico basado en la esclavitud discute el problema con su prima Ofelia, antiesclavista procedente de Vermont. No le reprocha sus opiniones desde el punto de vista teórico, pero la pone bruscamente frente a la discriminación racial, latente hasta en los más fervorosos abolicionistas.

"Durante mis viajes por el Norte —dice Santa Clara— he observado a menudo que sienten ustedes más repulsión hacia los negros que nosotros. Les provocan tanto asco como una culebra o un sapo, y al mismo tiempo se indignan cuando otro los hace sufrir. No quieren que se les maltrate, pero tampoco quieren tener con ellos el menor trato. De buena gana los librarían ustedes de su vista y de su olfato enviándolos al África..."

Los argumentos utilizados en el libro podrán ahora parecer endebles, pero la apasionada defensa de la raza negra a través de los acontecimientos que se desarrollan conserva mucho de su fuerza

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

original y explica la extraordinaria difusión de la novela en una época de controversias ideológicas sobre el candente tema de la esclavitud. Los ecos de *La cabaña del tio Tom* llegan hasta nuestros días. El cine ha utilizado su argumento más de una vez. Vachel Lindsay se apoderó de la figura del negrero Simón Legree para uno de sus poemas. Richard Wright tituló uno de sus libros *Los hijos del tio Tom*. ¿Y no es acaso una trasposición de la historia de Cassy la novela de Robert Penn Warren titulada *Coro de ángeles* en la edición española?

El éxito de su novela convirtió a la escritora en cabeza del movimiento intelectual contra la esclavitud. En 1856, dio a la estampa otra obra antiesclavista, *Dred*, que a pesar de sus méritos no llegó a la posteridad como el Tío Tom. Durante la guerra civil escribió folletos defendiendo la causa del Norte. Siguieron luego numerosas novelas que describen el ambiente finisecular de Nueva Inglaterra. Pero, a pesar de los dieciséis volúmenes que forman su obra literaria, Harriet Beecher-Stowe será siempre la autora de un solo libro: *La cabaña del tio Tom*.

La otra mujer que nos interesa, Berta Kinsky, más tarde baronesa de Suttner, nació en Praga el 9 de junio de 1843, en el seno de una vieja familia del imperio austrohúngaro. Su padre era chambelán del emperador y pertenecía a un linaje de hondo arraigo militar. La madre era una delicada poetisa, emparentada con Teodoro Korner, poeta pacifista, autor de *La lira y la espada*.

La niña recibió una esmerada educación, como correspondía a una persona de su rango. Aprendió muy bien el inglés y el francés y se dedicó seriamente a la música. Los viajes completaron su cultura, sólida y amplia.

En 1876, cuando tenía treinta y tres años, Berta Kinsky conoció a Arturo Gundakker, barón de Suttner. Ambos decidieron casarse, pero como hallaron oposición en la familia, realizaron un matrimonio a escondidas y se fueron al Cáucaso. La aventura tuvo toda la apariencia de una fuga y el escándalo fue grande entre los círculos selectos. Pero a la baronesa de Suttner comenzaban a importarle muy poco los prejuicios de los demás.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

La residencia en Tifflis duró diez años e hizo las veces de

escuela para la aristócrata que carecía de contactos directos con la gente común. Los esposos no tenían recursos y debieron trabajar para ganarse la vida. Él fue dibujante. Ella profesora de idiomas y de piano. Además, los dos se pusieron a escribir y sus artículos fueron aceptados por numerosas publicaciones en lengua alemana. Lo cierto es que, al regresar a Austria en 1886, ambos gozaban de cierta notoriedad como escritores.

Berta de Suttner había ensayado la novela con algún éxito, pero sin llegar a la gran popularidad. En 1889 apareció *Abajo las armas* y este libro no sólo la hizo célebre en el mundo entero, sino que la obligó a trazarse una línea de conducta a la que permanecerá fiel hasta el día de su muerte.

Europa vivió en permanente clima bélico durante todo el siglo XIX. Las guerras napoleónicas prolongaban sus tentáculos a través de fronteras mal delineadas, los pueblos oprimidos intentaban sacudir yugos, los orgullosos europeos marchaban a la conquista y el sometimiento de gente asiática y africana.

Desde que Berta tenía cinco años, recordaba luchas y derramamiento de sangre. En 1848 la revolución sacudió a Europa desde París, provocando la abdicación de Fernando I de Austria y el advenimiento al trono de Francisco José. En 1849 estallaron las sublevaciones italiana y húngara, bárbaramente reprimidas. Entre 1854 y 1856 se desarrolló la guerra de Crimea. En 1859 tuvo lugar la guerra de liberación de Italia. En 1864 se produjo el ataque de Prusia y Austria contra Dinamarca. En 1866 se trenzaron las dos aliadas de la víspera y Prusia quedó vencedora en Sadowa. En 1870 comenzó la guerra franco-prusiana que iba a rematar en el surgimiento del Imperio Alemán.

Entonces empezó el equilibrio europeo. Las alianzas se concertaban tratando de mantener los platillos a igual nivel. Se vivía sobre un volcán en constante amenaza de erupción.

De eso tuvo clara conciencia la baronesa de Suttner cuando escribió *Abajo las armas*. Es una novela que simula ser autobiográfica y nos da a través de sus páginas una apasionada crítica de la guerra a través de los horrores que desencadena. La trama es sumamente simple y las razones esgrimidas no salen casi del terreno subjetivo. Pero era la primera vez que la voz de una mujer se

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

alzaba con tanta vehemencia para combatir los males de la guerra. Los hombres lo habían hecho algunas veces: Callot por medio de sus impresionantes dibujos sobre las miserias de la Guerra de los Treinta Años, el abate de Saint-Pierre y el filósofo Kant con sus proyectos sobre paz perpetua, Juan Bautista Alberdi con *El crimen de la guerra*, escrito en 1869.

De entrada, plantea la autora el problema de la educación para la guerra que recibe el niño desde su más tierna edad. No se concibe el amor a la patria sino en el campo de batalla, las poesías han de ser guerreras para ser hermosas, el brillo del uniforme eclipsa el de cualquier otra ocupación civil, por muy noble que sea. La historia —dice la baronesa— "es, tal como se enseña a la juventud, la fuente principal de la admiración guerrera. Se graba en el sentimiento infantil que el jefe de los ejércitos ordena incesantemente batallas; que éstas son por decirlo así el vehículo en el que avanza por los tiempos la historia de los pueblos; que son la expresión de una ley natural ineludible y que tienen que producirse siempre, de tanto en tanto, como las tempestades marítimas y los terremotos..." Muchos años después, en pleno siglo XX, escribirá Wells: "El patriotismo se forma un poco por el ambiente doméstico y social, hasta cierto punto por los libros, más, quizá, por los periódicos, pero principalmente por la enseñanza de la historia en nuestras escuelas."

Berta de Suttner insiste mucho en esa falla de la educación que deforma la mente desde temprano y hace que toda la vida civil de una nación figure tan sólo como un apéndice de los relumbrantes cuadros militares. Marta —la protagonista de la novela— analiza las consecuencias de esas prédicas guerreras en ella misma y en la gente de toda edad que la rodea, mostrando lo difícil que es liberarse de los preceptos que nos han inculcado desde niños. En sus apreciaciones coincide ampliamente con los maestros de escuela que, después de la primera guerra mundial, con el firme propósito de asegurar la paz por muchos años, iniciaron una intensa campaña para desterrar toda educación guerrera de la enseñanza.

Sólo una vez nos acerca la autora a las vecindades de un campo de batalla y nos hace contemplar la espantosa condición de los heridos abandonados en pajares y establos, en medio de muertos

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

y agonizantes, sumidos en la suciedad más espantosa. Ya anteriormente habían sido denunciados esos horrores y las voces que lo hicieron iban a repercutir hondamente, conmoviendo a la humanidad hasta nuestros días. Durante la guerra de Crimea, Florencia Nightingale consignó implacablemente en sus informes el espectáculo bochornoso del abandono en que yacían los heridos que habían derramado su sangre por la patria. Su pluma no andaba con remilgos y anotaba los detalles más crudos a fin de convencer a las autoridades de la necesidad de un cambio fundamental. En 1859, el banquero suizo Juan Enrique Dunant fue testigo casual de la sangrienta batalla de Solferino. Hondamente conmovido por el desamparo de las víctimas se propuso la creación de una organización internacional que velara por la suerte de los militares heridos. Cinco años después nacía la Cruz Roja.

La baronesa de Suttner encontró algunas dificultades para que le editaran su novela, considerada subversiva. Mofarse de la gloria, comparar las condecoraciones con simples baratijas, tachar de falsos y hueros los elogios de las batallas, atreverse a comentar irónicamente las históricas ceremonias de la vieja Viena, rechazar con desprecio los patrióticos argumentos que dan su aprobación a las matanzas eran actitudes consideradas como otras tantas aberraciones morales dentro de una sociedad anquilosada.

Las oposiciones resultan un incentivo para la gente valerosa. *Abajo las armas* se convirtió en bandera de guerra contra la guerra. Su autora se consagró con alma y vida al pacifismo activo. Encabezó un amplio movimiento para fomentar la creación de sociedades pro paz en diversos países europeos con el fin de agruparlas en un organismo internacional. Ocupó la presidencia de la Asociación Austríaca de la Paz y más tarde se la designó presidenta honoraria de la Oficina Internacional de la Paz con sede en Berna. Considerando necesaria una tribuna que acogiera los escritos de todos los que abogaron por el mantenimiento de una paz duradera, fundó una revista con el mismo título ya popular de su libro, *Abajo las armas*. Promovió la reunión de congresos y conferencias internacionales en donde altos representantes del pensamiento político, intelectual y artístico examinaban y discutían los procedimientos

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

que podrían ser adoptados para evitar conflictos entre los pueblos: educación pacifista, política conciliatoria, tribunales de arbitraje.

La baronesa de Suttner se convirtió en un personaje europeo de real gravitación en todo lo referente al problema de la paz. Influyó en el famoso manifiesto de Nicolás II de Rusia, de 1898, y en las Conferencias de La Haya. Al crearse la Fundación Carnegie, se la llamó para que formara parte de su Consejo.

Entre las amistades epistolares que le valió su incesante actividad, figura la de Alfredo Nobel. Sus cartas movieron al sabio sueco a colocar el pacifismo entre las actividades dignas de ser recompensadas. Adjudicados por primera vez los premios Nobel en 1901, el de la Paz correspondió a Juan Enrique Dunant y Federico Passy. A Berta de Suttner le tocaría recibirlo en 1905. La disposición pertinente dice que ese premio se otorgará a la persona que mejor haya contribuido a la fraternidad de los pueblos, a la disminución de los ejércitos permanentes y a la propagación de los congresos de paz.

En 1912, la baronesa de Suttner se trasladó a los Estados Unidos en donde pronunció conferencias pacifistas en las principales ciudades, siendo recibida con toda clase de honores. Al regresar a Europa, reanudó su prédica a pesar de los sombríos nubarrones bélicos que la envolvían. Berta Kinsky mantuvo hasta el día de su muerte inquebrantable espíritu de lucha en favor de la paz. El destino, en cierto modo fue piadoso con ella. Su vida se apagó el 20 de junio de 1914, a los setenta y un años, ocho días antes del atentado de Sarajevo que iba a desencadenar la primera guerra mundial.

Estas dos mujeres que acabamos de evocar, estas dos mujeres muy siglo XIX, con sus razones románticas y sentimentales, combatieron durante largos años por causas nobles y justas. Dije al comienzo que los problemas que ellas encararon no han acabado de desaparecer y todavía pesan sobre la humanidad.

Tomemos la esclavitud. Ha sido borrada de los códigos desde hace muchos años. Pero nos ha quedado una de las secuelas que Sarmiento señaló certeramente en 1847: la discriminación racial. Existe en los Estados Unidos —y no hablemos de otros lugares,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

como África del Sur— sin miras de que alguna vez se le ponga punto final. Las leyes tratan de combatirla, pero lo hacen desde un punto de vista externo y sin mayores resultados efectivos. Por el contrario, en ciertos estados limítrofes se ha extendido a los mexicanos. Y lo más grave, lo más terrible, es que en algunos países de nuestra América hispana se están tomando actitudes racistas.

El porvenir hará que los blancos depongan su soberbia. Creo que en pocos decenios se cumplirán las proféticas palabras de Harriet Beecher-Stowe:

"Si alguna vez el Africa llega a poseer una raza culta y elevada —y es preciso que alguna vez desempeñe esa parte del mundo su gran papel en el concierto de las naciones— se desarrollará la vida con una magnificencia y un esplendor jamás soñados por las frías razas septentrionales."

"En ese país misterioso y lejano donde se produce el oro, los diamantes, las exóticas palmeras, las especias, las flores desconocidas, e incesantes prodigios de maravillosa fertilidad, el arte tomará nuevas formas, giros hasta entonces desconocidos, y esa raza negra a la que hoy se oprime bárbaramente y se desprecia, hará, posiblemente, las últimas y mejores revelaciones de la vida humana."

Y en cuanto a la paz ¿qué podemos decir? Acababa de cerrar sus ojos la baronesa de Suttner cuando estalló la primera guerra mundial que dejó un saldo de nueve millones de muertos, quince millones de heridos, treinta millones de mutilados y cuatrocientos mil millones de dólares en pérdidas materiales.

Se dijo, entonces, que esa guerra iba a ser la última. Nadie quería revivir esos horrores. Los maestros de escuela iniciaron una ofensiva de paz. Los de Francia, reunidos en el Congreso de Tours (1919), decidieron emprender la tarea de desarmar las conciencias. En esa oportunidad escucharon las vehementes palabras de Anatole France, entonces en la cúspide de su gloria:

"Educadoras, educadores, queridos amigos, con ardiente emoción me dirijo a vosotros y os hablo agitado por la inquietud y la esperanza. . . . Al formar al niño, determinaréis los tiempos futuros. ¡Qué tarea en la hora en que vivimos, en este gran derrumbamiento de las cosas, cuando las viejas sociedades se desmoronan bajo el

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

peso de sus faltas y cuando vencedores y vencidos se hunden, unos al lado de otros, en común miseria, dirigiéndose mutuas miradas de odio! ... Os es necesario crear una humanidad nueva, son inteligencias nuevas las que debéis despertar si no queréis que Europa caiga en la imbecilidad y la barbarie... ¡Amigos míos, haced odiar el odio! ¡Quemad! ¡Quemad todos los libros que enseñen el odio! ¡Que se quiera o que no, ha llegado la hora de ser ciudadanos del mundo o de ver perecer toda la civilización!"

Estos mismos maestros franceses dieron esta respuesta categórica a un ministro de Instrucción Pública que los invitaba a recordar ante sus alumnos las hazañas de los héroes de la guerra:

"Si nosotros, los combatientes, aceptamos lo que aceptamos, no fue porque esperásemos coronas, ni arcos de triunfo, ni desfiles, ni ceremonias... Lo hicimos para que esta guerra fuese la última y para que la paz no se turbara jamás... Para que el espíritu guerrero se extirpase definitivamente de los cerebros infantiles y para que las generaciones de hoy y de mañana perdiesen hasta su recuerdo..."

La gran ilusión de los maestros franceses se extendió a sus colegas del mundo entero y no hubo encuentro de educadores que dejara de tratar el problema de la paz por la escuela. La Conferencia para la enseñanza de la historia, por ejemplo, reunida en La Haya (1932) bajo la presidencia de Rafael Altamira, tuvo como preocupación dominante el entendimiento de los pueblos basado en un mejor conocimiento y una mejor comprensión. En nuestro país, durante los meses de octubre y noviembre de 1932, el Consejo General de Educación de la provincia de Santa Fe llevó a la práctica un plan de educación para la paz en todas las escuelas de su dependencia. Durante ese lapso la enseñanza giró en torno a conceptos tales como confraternidad de pueblos, panamericanismo, sociedad de las naciones, unidad de la especie humana, heroísmo civil, crimen de la guerra.

Por cierto toda esa campaña pacifista mundial no impidió el rearme agresivo de los pueblos. Al comenzar la cuarta década del siglo se vio avanzar el estallido bélico de modo inexorable. Se presentían horrores aun más grandes que los de 1914. Aldous Huxley afirmaba en 1936: "En cualquier guerra futura el meca-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

nismo de destrucción será inmensamente eficiente. La guerra se llevará desde el aire y la destrucción será completa y sin distinciones. No habrá diferencias entre combatientes y no combatientes, o entre vencedores y vencidos. Todos sufrirán igualmente."

Ese mismo año comenzaron los trágicos acontecimientos de la guerra española, seguidos, en 1939, por los de la segunda guerra mundial. Pero lo que muy pocos se habían imaginado iba a ocurrir en 1945: Hiroshima. Nunca la baronesa de Suttner hubiera podido concebir algo tan espantoso.

Pero no hemos escarmentado. Otra vez está el mundo en estado de guerra fría, de guerra de nervios, cuando no de guerra franca como ocurre en algunas regiones de Asia y África.

Indudablemente, no basta el pacifismo para acabar con las guerras. Pero la voluntad de paz puede hacer que la gente busque solución a los problemas que entorpecen el mejor entendimiento entre los hombres.

Hoy, más que nunca, debemos hacer nuestro el ideal de Berta de Suttner y proseguir la lucha antibélica repitiendo con ella *¡Abajo las armas!*

Clase dada en el Colegio Libre de Estudios Superiores, el 3 de setiembre de 1959.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Rosalía de Castro *

por Julieta Gómez Paz

Yo no sé hasta qué punto Rosalía de Castro es una mujer del siglo XIX, ya que su vida y su obra, sobre todo lo trascendental de su obra, hubieran sido las mismas en cualquier siglo. Rosalía es una mujer que está fuera de las cronologías porque está henchida de lo esencial humano, embebida de tiempo. Yo la veo siempre en el huerto de su casa de Padrón, andando entre su cerezo y su laurel o sentada en aquel banco de piedra, a aquella mesa de piedra, bordeada de hiedras y linarias, a la que tuve la irreverencia de sentarme para evocar devotamente su gesto fatigado por el peso del corazón y de la lucidez. Porque Rosalía fue eso: una mujer amorosa y lúcida.

Todos conocen su vida, o mejor, como quiere Eduardo Blanco Amor —que con tanto fervor ha escrito siempre sobre ella—, todos conocen su leyenda. Nace en Santiago de Compostela, en una noche de lluvia menuda, y la llevan a bautizar manos anónimas al Hospital Real de Santiago. Durante mucho tiempo no se conoció exactamente la fecha de su nacimiento; hoy se sabe que fue el 24 de febrero de 1836.[1] Pasa su infancia en una aldea; vive entre campesinos, en un paisaje lleno de color y de aromas. La tradición ha recogido el nombre de La Choiña, vieja aldeana que le enseñó

* En el prólogo a su selección titulada *Poemas galegos*. Edición Centenario de Rosalía, Buenos Aires, página III, dice Eduardo Blanco-Amor: "... Rosalía Castro —no *de* Castro, como con insistente error se viene repitiendo—". Sin embargo, en el libro *Inéditos de Rosalía* de Juan Naya Pérez, Publicaciones del Patronato Rosalía de Castro, Santiago de Compostela MCMLIII, página 62, nota al pie del texto, se prueba con documentos familiares que el apellido correcto es: de Castro.

[1] Según partida de bautismo. Ver R. C. *Obra poética*. Espasa Calpe

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

antiguas canciones. Su infancia es, pues, toda del pueblo humilde y de la tierra bella, y Rosalía será para siempre la hermana de esas mujeres y de esos hombres, un ser consubstanciado con robledales y pinedos, con fuentes cantarinas, ríos dulces, nieblas fantásticas.

A los ocho o diez años, su madre logra rescatarla para su nombre y para su ternura, y la lleva a vivir con ella y sus familiares a la vieja casa solariega de los Castro, hogar de más de veinte generaciones. Manuel Murguía en *Los precursores* ha descrito así esta casona: "La morada, que conserva todavía la disposición, los detalles, el aire de la casa solariega de la décima sexta centuria, es lo que se dice un palacio campesino del siglo XVIII. En él las dos arquitecturas, renacimiento y estilo restaurado se dan la mano a través de doscientos años. La capilla, en la que campea el escudo de la familia, lleva la fecha de 1585". "Su solo aspecto delata a primera vista la vieja y gloriosa casa feudal". Cuando la visitó Murguía, ya estaba deshabitada: "Al entrar en el patio y subir la escalinata que da entrada a la ya olvidada vivienda, nos ganan de golpe las tristezas que producen siempre en nuestra alma los supremos abandonos". Y es que los hidalgos campesinos empobrecidos, los nobles de segundo orden, dice el historiador, al perder su poderío huyeron lejos de su hogar para morir desconocidos.

Rosalía vivió en el pazo de sus antepasados —exactamente uno de esos pazos que describió su paisana, Doña Emilia— pocos años, pero los suficientes como para que sus ojos asombrados tomaran contacto con aquellas piedras, y su espíritu, que hasta ese instante sólo conocía la naturaleza riente, penetrase en la historia y sintiese el pánico de lo que se desmorona y cae. Rosalía quiso mucho esa casa, veneró la memoria de sus abuelos, amó con devoción a su madre, a quien habrá comprendido muy pronto y que fue la primera que le enseñó, sin duda, que cuesta caro tener el corazón apasionado. Rosalía llegó a aquella familia para asistir a su extinción, a aquella casona, para contemplar sus ruinas.

Era una adolescente cuando se trasladaron los Castro a Santiago. Rosalía recibió allí una educación bastante cuidada. Ella dijo un día que no conocía otra escuela más que la de los aldeanos. Pero parece que leía francés, sabía dibujar, tocaba el piano y la guitarra

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

—dicen que era muy música— y cantaba con hermosa voz de contralto. Hasta qué punto estos estudios no eran tan sólo "adornos" de una muchacha del siglo XIX, no lo sabemos. Rosalía en Santiago concurrió a las sesiones literarias del Liceo San Agustín, recitó, hizo teatro con bastante éxito. Sus críticos recuerdan su actuación en una pieza de Gil y Zárate en que el público la ovacionó y le arrojó flores y palomas.

Corrían aires de renovación en Galicia. Manuel Murguía ha narrado esta época de recuperación espiritual de su tierra en *Los precursores*. Galicia se adentró en su pasado en procura de su propia expresión de modo entusiasta y fecundo: historiadores, filólogos, poetas, estudiantes, se dieron a la obra de erguir a su patria y enriquecerla. Antolín Faraldo luchaba por la autonomía de Galicia. Concepción Arenal, que había escrito versos y novelas, visitaba las cárceles y estudiaba Derecho. Hermoso clima para una muchacha como Rosalía, pero lo disfrutó poco tiempo. A los diez y nueve años viaja a Madrid a "desfacer entuertos". A pesar de su juventud, es ella la que va, en nombre de los viejos hidalgos empobrecidos, a desenredar o tratar de desenredar embrollos legales. De estas andanzas sacará sus ideas sobre la justicia de los hombres.

¿Cómo vive en Madrid Rosalía? Por esos años de 1856 y 1857 triunfa en la corte Tula Avellaneda, la apasionada cubana. Rosalía no frecuenta ningún círculo literario. Vive en casa de parientes; sus salidas al mundo son muy tímidas y llevan tras ellas un rápido movimiento de repliegue. En Madrid comienza el aislamiento de esta gallega que empieza a sufrir de saudade, una de las formas de la saudade: nostalgia de la tierra lejana. "El mismo cuidado que otros ponen en dejarse ver y conquistar un puesto en el mundo literario —ha dicho su marido— puso ella siempre en escapar a sus vanos ruidos y peligrosas facilidades."

En su soledad de Madrid escribió los versos de su primer libro *La flor* que apareció en 1857, cuya edición cuidaron manos ajenas. Siempre la violentó el ver publicados sus versos. Este libro es una premonición. Hay en él, ya, penas de amor y en el poema *Un desengaño* una mujer muere de *olvido y ausencia*; hay también un árbol de la fe desgajado y una muchacha que se mira a sí misma y se ve perdida. Pero aún no es tiempo. Rosalía sabe

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ya de ciertas formas de soledad pero tendrá que ahondar en ella-
Y conocer el amor y la muerte.

Es precisamente su primer libro el que le va a traer de la mano al hombre que será su marido. Don Manuel Murguía, de ascendencia vasca pero nacido en Galicia, impetuoso, romántico, amigo de Aurelio Aguirre, el poeta del brindis famoso en el banquete revolucionario de Conxo, vivía en Madrid dedicado al periodismo. Ya debía conocer a Rosa, como él la llamaba; quizá la había visto desde lejos en el escenario del Liceo San Agustín y se sentía atraído por sus grandes ojos, su voz cálida, su figura, maternal, a pesar de su juventud. Murguía no había podido encontrarla en los salones literarios de Madrid a pesar de que era amiga de D. Eulogio Sanz y Gustavo Adolfo Bécquer y estaba entusiasmada con el hallazgo, en francés, de los versos de Heine que, según dicen sus biógrafos, ella hizo conocer al poeta sevillano. Es el caso que Murguía publicó en el periódico *La Iberia* un artículo generoso y alentador para la joven poetisa y el desenlace de este encuentro no pudo ser más feliz, pues al año siguiente se casaron.

¿Cómo ascendió Rosalía a ese plano del amor correspondido, de las ilusiones realizadas al lado de un hombre a quien quiso apasionadamente y que estaba enamorado de ella, un hombre que era su igual en pensamiento y sensibilidad? No lo sabemos. Ella, que tanto verso y tanta página suya destruyó, ¿rompió también sus versos del amor feliz y deslumbrado? Murguía, que supo salvar para gloria de Galicia y de la lírica universal, la obra singularmente valiosa de su mujer, más egoísta que Browning, ¿se negó a darnos otro canto de amor como el de Elisabeth?

Dice Murguía que Rosalía se recluyó en su intimidad, y añade comentando esta actitud: "La mujer debe ser sin hechos y sin biografía, pues siempre hay en ella algo que no debe tocarse. Limitada su acción al círculo de la vida doméstica, todo lo santifica desde que entra en su hogar. Tiene en la tierra una misión de los cielos y su felicidad debe consistir en llenarla sin vanagloria ni remordimientos. Trasládase toda entera a sus hijos, vive en su corazón, sin que sus penas sean otras que las que los hieren o con ellos se relacionan". Es extraño que Murguía haya escrito estas palabras. Él conocía la hondura y universalidad del ser rosa-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

liano y tenía en su mujer la colaboradora de sus trabajos literarios e históricos y él fue el primero en hacerle justicia. En el libro titulado *Inéditos de Rosalía*[2] se la ve colaborando en tareas de investigación unas veces y otras defendiendo eficazmente a Murguía. Rosalía, rompía, pues, cuando era necesario, el cerco familiar y se enfrentaba al mundo. Ya lo había hecho a los diez y nueve años, en favor de sus parientes viejos, lo que no impidió que un hermano de su madre le dijera en una ocasión, en carta escrita con pluma de ave y con caligrafía del siglo XVIII: "Es una desgracia ver que habiendo tenido nuestra família sujetos tan distinguidos por su capacidad, ninguno de mis sobrinos los hubiesen imitado, pues todos los que existen no parece sino que se han empeñado en ser unos zoquetes por falta de aplicación, y al hablar de la ineptitud de mis sobrinos, cuenta que no te incluyo en el número de ellos, porque eres la excepción de la regla; y como yo conozco el mérito en donde está, sólo siento que la naturaleza, ya que tan pródiga estuvo contigo, no hubiese variado su obra, en orden a tu formación, porque con eso mi satisfacción sería más completa; pero bien es verdad, que si así fuese, tampoco podrías tener por compañero tan inmediato a Manolo, a quien contigo saluda cordialmente tu amante tío, José María de Castro." Este "amante tío" que lamentaba que Rosalía hubiera nacido mujer era uno de los parientes que la enviaron a Madrid a defender su pleito.

Rosalía se recluyó, pues, en su hogar de Castilla y un día de primavera contemplando la llanura, a sus ojos desolada, y el nevado Guadarrama, añorando los amados árboles de su país, las aguas abundantes y frescas, los prados florecidos, se le hizo tan intensa la nostalgia de su tierra exuberante, que nació en su alma el deseo de escribir un libro en el que estuviera presente el paisaje gallego y la vida entera de sus gentes. Se sentía débil y tenía miedo de no volver a Galicia. La saudade se le había hecho morriña. Según los esclarecimientos del filósofo Ramón Piñeiro, la morriña es un estado de depresión vital que puede ser, a veces, consecuencia de la saudade. Esta mujer de veinticuatro años se agostaba en Madrid

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

[2] Publicaciones del Patronato Rosalía de Castro, Santiago de Compostela, 1953.

y se llenó de aprensiones. El proyecto de aquel libro la entusiasmó. Cantaría en gallego. Era una manera de sumergirse en su paisaje y en el alma de su tierra. Esa misma noche, dice Murguía, glosó, rápida y fluida, la copla popular que comienza:

Adiós, ríos, adiós, fontes;
adiós, regatos pequenos;
adiós, vista d'os meus ollos,
non sei cándo nos veremos.

Con delectación amorosa, con temblor de ternura, Rosalía se puso a nombrar uno a uno los elementos de su circunstancia natal y aquella enumeración, organizada estéticamente, creó una de las más hermosas poesías de la lengua gallega, que se publicó en 1858 en el *Museo Universal.* Estaba entregada a esta amorosa tarea cuando su salud decayó tanto que le aconsejaron volver a Galicia. Partió, ya con una hija, para Santiago. Su marido quedaba en Madrid. Hacía apenas cuatro años que se habían casado. Desde ese instante comenzaron las largas ausencias. El destino le deparó también otro vivo dolor: su madre murió apenas regresó ella al hogar. Había unido a las dos mujeres un vínculo entrañable y a Rosalía esta desaparición la hirió rudamente. Gabriela Mistral —a quien se recuerda muchas veces leyendo a la poetisa gallega autora también de un poema que se titula *Desolación*— escribió a propósito de la muerte de su madre: "se me volvió una larga y sombría posada, se me hizo un país en el que viví cinco o siete años". Eso le ocurrió a Rosalía que compuso en este tiempo unos atribulados versos narrando su primera experiencia de la muerte. De estos años escribió Murguía: "Nunca como entonces se sintió más dispuesta a sepultarse por completo y para siempre en la oscuridad del hogar y vivir en sus apacibles quietudes".

Para arrancarla a esa terrible melancolía su marido la obligó a continuar realizando su proyecto del libro *Cantares.* Sin que ella lo supiera, hizo imprimir los primeros pliegos del mismo. Viose forzada a continuar el resto de la obra a medida que la imprenta reclamaba el original. "A prisa, sin dar tiempo a que se secasen las cuartillas, sin corregir ni leer al día siguiente lo escrito la vís-pera, fecunda, abundante, espontánea sobre toda ponderación, fue

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

dando hoy una, mañana otra, la mayor parte de las composiciones que forman aquel pequeño volumen". Se publicó en 1863, el mismo año en que aparecieron, en una edición de cincuenta ejemplares, sus poesías tituladas *A mi madre*.

Los *Cantares gallegos* fueron una revelación; escritos en la lengua que hablaba el pueblo, incorporaban al plano estético el cantar anónimo. Proseguían la tradición de los cancioneros medievales, pero ella no lo sabía, porque los cancioneros galaico-portugueses se descubrieron mucho después y aún dormían en las bibliotecas italianas. Los poetas de Provenza y Cataluña aclamaron el libro. Castilla se mostró indiferente. En Galicia los versos se hicieron populares al punto de que, en 1885, la condesa de Pardo Bazán escribía: "a poco más de veinte años de publicada la obra, la copla popular corre atribuida a Rosalía mientras los versos de ésta suelen tomarse por populares". Desde entonces Rosalía fue la musa del pueblo gallego que la venera como santa y le ha levantado una estatua en Santiago, en el Paseo de la Herradura.

Gerald Brenan en su *Historia de la literatura española*[3] afirma que el poema que comienza "Airiños, airiños, aires" es "una de las más arrebatadoras poesías que se hayan escrito" y sostiene que así como la poesía gallega influyó en la lírica de Castilla en los siglos XV y XVI, *Cantares gallegos* influyó en el gran renacimiento de la poesía española que comenzó treinta años después de la muerte de Rosalía. "El *Romancero gitano* de García Lorca —dice— con su rico idioma musical, sus reiteraciones, y sus alusiones a la poesía y a los temas populares, le debe mucho". Conocida es la devoción del poeta granadino por la autora de *En las orillas del Sar*.

Pero sigamos con Rosalía. Muerta su madre y lejos de su marido ya no hablará sino consigo misma. Por curar el mal de la tierra está en Galicia; pero ahora la saudade le oprime de otra manera: ahora es añoranza del ser amado ausente y de su madre muerta. Además, Santiago no es la vega de Padrón, de Iria Flavia. Santiago es la piedra verdinegra, la llovizna tenaz, el cielo gris, las gentes enlutadas. Santiago es la catedral románica. Ha dicho

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

3 Editorial Losada S. A., Buenos Aires, 1958.

Unamuno que la catedral de Santiago sugiere la idea de un sepulcro, de una catacumba. Y que Santiago es castellana y no gallega. Por esa ciudad, sobre la que gravita la pesadumbre de los siglos, ambula Rosalía enlutada.

Una tardè de abril, en que la tenue
llovizna triste, humedecía en silencio
de las desiertas calles las baldosas,
mientras en los espacios resonaban
las campanas con lentas vibraciones,
dime a marchar, huyendo de mi sombra.
. . . . . .
Soplo mortal creyérase que había
dejado el mundo sin piedad desierto,
convirtiendo en sepulcro a Compostela.
Que en la santa ciudad, grave y vetusta,
no hay rumores que turben importunos
la paz ansiada en la apacible siesta.
—¡Cementerio de vivos!... murmuraba
yo, al cruzar por las plazas silenciosas.

Por las noches, esas noches también calladas y lluviosas de Santiago, Rosalía permanecía en silencio mirando arder el fuego. A pesar de su juventud, había apartado de sí los cantos y las risas de la adolescencia, la vida bulliciosa, había tratado de apagar la llama que le hacía daño:

Aquel romor de cántigas e risas,
ir, vir, algarear;
aquel falar de cousas que pasaron
y outras que pasarán;
aquela, en fin, vitalidade inquieta
xuvenil, tanto mal
me fixo, que lles dixen:
"Ivos e non volvás."
. . . . . .
Y ô fin soya quedei, pero tan soya,
qu'oyo da mosca ò inquieto revoar,
do ratiño ò roer terco e costante,
e d'o lume ò chis chas,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

cando d'a verde pónla
o fresco zugo devorando vai,
parece que me falan, qu'os entendo,
que compaña me fan;
y este meu corazón lles di tembrando:
"¡Por Dios... non vos vayás!"

¡Cuántas noches habrá pasado así Rosalía, escuchando el reloj y su corazón!, ese reloj que marcaba inexorablemente las horas, ese corazón que latía hasta hacerle daño:

Y-a péndola no-máis xorda batendo
cal bate un corazón qu'hinchan as penas,
resóa pavorosa
n'a escuridadc espesa.
. . . . . .
Uns tras d'outros istantes silenciosos
pasando van, e silenciosos chegan
outros detrás, n'a eternidá caendo
cal cai o grau n'a moedora pedra.

Como cae el grano en la piedra que lo muele, así sentía correr el tiempo. Durante esta larga soledad, ella, tan dada a la pluma, y con tanta ternura en el corazón, ¡cuánto no habrá escrito al amado ausente! ¿Dónde están las cartas de Rosalía, las que habrán ido diciendo, a la par de los versos, su desazón, su angustia, sus miedos, las que habrán ido contando cómo su experiencia saudosa la llevó a la otra tremenda experiencia de la soledad del ser humano, a esa soledad ontológica, ya no referida a objeto alguno, tierra, amor, felicidad, sino que no es más que "una onda de vida que viene de lo profundo y se vuelve sobre sí misma, a golpear sobre sus propios límites, los límites de su singularidad", según la definición de Piñeiro? Esas innumerables cartas de Rosalía ya no existen.

Azorín, que con tanto amor ha hablado de ella, ha trazado un retrato de Don Manuel Murguía en sus últimos años: "Era un viejecito limpio, callado y escrupuloso, tan culto, tan afable". Este viejecito poco tiempo antes de morir, leyó por última vez las cartas que durante tantos años de separación le escribiera su mujer —uno de los más altos poetas españoles contemporáneos, al decir del mismo Azorín— y una vez leídas las destruyó, no sin dejar sus

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

razones en una nota que dice así: "Como ya se acercan los días de la muerte, he empezado por leer y romper las cartas de aquella que tanto amé en este mundo. Fui leyéndolas y renovándose en mi corazón alegrías, tristezas, esperanzas, desengaños, pero tan llenos de uno que en realidad al hacerlas pedazos, como cosas inútiles y que a nadie importan, sentí renovarse las alegrías y dolores de otros tiempos". Singular experiencia para este hombre que confiesa: "Verdaderamente la vejez es un misterio, una cosa sin nombre, cuando he podido leer aquellas cartas que me hablaban de mis días pasados sin que ni mi corazón ni mis ojos sangraran. ¿Para qué? Parece que me decían. Si hemos de vernos pronto, ya hablaremos en el más allá. Preparémonos a dormir nuestro eterno sueño, nuestro sueño de paz". Y agrega: "Pero si las leí sin que mi alma se anonadase en su pena no fue sin que el corazón que había escrito las líneas que acababa de leer, se me presentase tal como fue, tal cual nadie es capaz de presumir". Habrá ardido el corazón de Rosalía y con él su soledad y su pasión y sus ansias.

Sólo tres o cuatro paginitas perdidas le escamoteó el azar a Don Manuel Murguía. En ellas hay atisbos de celos, reclamos de cartas más asiduas, confesión de aprensiones, perdones, muchos perdones, esperanzas de cartas que no llegaban, impaciencias, y relatos de paseos campesinos:

"El tiempo ha empezado hoy a nublarse y viene el invierno, de lo que me alegro, pues los días buenos me cansan ya porque no me dejan trabajar. Anteayer fui a Conxo y nos enseñaron el Cristo. Me ha gustado muchísimo el rostro y una Virgen de los Dolores que hay allí también me pareció buena aunque era ya algo de noche y no la pude ver bien. ¡El bosque, qué hermosísimo estaba! Era materialmente el suelo un mar de hojas secas; no quiero decirte cuánto me acordé allí de ti. Pero estuve muy triste. ¿Cuándo nos veremos? Ya me parece que hace un año que no te he visto. Adiós, querido de mi corazón y haz cuanto te sea posible porque esta separación no dure mucho. Un beso. Rosalía."

En otra página dice:

"Como aquí hace ahora muy buen tiempo, me estoy imaginando el sol de Madrid, y a ti paseando por todos aquellos lugares de que yo me hallo tan lejos..."

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Cuenta después un paseo al claustro de San Lorenzo: "Excuso decirte cuánto me acordaría de ti. Vi aquel patio plantado de bojes con aquella fuente profunda y aquella Virgen de piedra. ¡Qué silencio tan inmenso! ¡Y tú nunca has querido llevarme allí! De buena gana hubiera pagado una habitación en San Lorenzo para poder escribir en aquel claustro. Es imposible que no saliese una cosa buena. En el claustro de Conxo no se retrata un olvido tan completo como en el de San Lorenzo. No parece que han pasado por aquel convento treinta años de olvido sino treinta siglos. Hoy hace un día tan hermoso como el de ayer. Voy a estar muy triste. Cuando tú te vas parece que me llevas la salud. Recibe mi corazón. Rosalía."

De esta época son sin duda sus poesías amorosas de *Follas Novas*:

Cand'era tempo d'inverno
pensaba en dond'estarías;
Cand'era tempo de sol
pensaba en dond'andarías.
¡Agora... tan soyo penso,
meu ben, si m'olvidarías!

Mayo longo... mayo longo,
todo cuberto de rosas,
para algúns telas de morte,
para otros, telas de bodas.
Mayo longo, mayo longo,
fuches curto para min,
veu contigo a miña dicha,
volveu contigo a fuxir.

Rosalía es un alma desmesurada que no se sacia sino con absolutos. "En ella —dice su marido— todo era extremo, vivo, intenso, y su corazón enfermo saltaba dentro del pecho con una violencia que hacía estremecer". Ella también lo ha dicho:

Pero aquel sordo latido
del corazón que está enfermo
de muerte y que de amor muere
y que resuena en el pecho

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

como un bordón que se rompe
dentro de un sepulcro hueco.

No hacía frases. Como tantas mujeres fieles y obstinadas, "viudas de vivos y muertos que nadie consolará" ella soportaba su amor en soledad [4]. ¡Cuántas mujeres solas aparecen en los romances y los poemas de Rosalía! ¡Cuántas mujeres olvidadas! Son muchas las que pasan las horas hablando con sus pensamientos frente al fuego del lar, las que trabajan en los campos solas, las que tejen su tela a solas, las que se quedan en la playa contemplando los horizontes indefinidamente, las que, enfermas de ausencia, van en busca del hombre que quieren y encuentran que las ha olvidado, las que se arrojan al mar o a las aguas del río, como aquella Esclavita, *Suriña, Pomba,* la protagonista de *Morriña* de la condesa de Pardo Bazán.

Olvidada ha de ser quien fue querida.

Rosalía le presta su garganta a toda amorosa y no se sabe si son de ella o de sus hermanas las quejas que canta:

Soidás me consomen
bágoas m'alimentan,
sombras m'acompañan,
cómem' a tristeza.

Llega un instante en que la amada ya no se atreve a asomarse con su amado a las aguas de la fuente para no ver en el cristal líquido la sombra de aquel negro desengaño sin cura ni consuelo que entre los dos puso el tiempo.

Ando buscando meles e frescura
para os meus labios secos,
y eu non sei cóm'atopo, nin por ónde,
queimores e amarguexos.

Así anda Rosalía por Santiago. Así deambula por su casa de piedra. Nos parece verla con la mano apretándose el pecho, desvelada, diciendo en voz alta:

[4] No se trata de atribuir a "desavenencias matrimoniales", como algunos críticos han querido, la melancolía de su obra, sino de atender a la circunstancia de la ausencia casi constante de su marido que padeció Rosalía. Fue ésta, sin duda, una experiencia que contribuyó a precipitarla en su sentimiento de la soledad ontológica, en el sentimiento de la singularidad insalvable del propio ser.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

¿Qué pasa ô redor de min?
¿qué me pasa que eu non sei?
Teño medo d'un-ha cousa
que vive e que non se ve.
Teño medo â desgracia traidora
que ven, e que nunca se sabe ónde ven.

Quiere arrancar de sí aquel "cravo cravado no corazón" pero sin su pena de amor se siente aún más abandonada:

xa non sentín máis tormentos
nin soupen qu'era delor;
soupen sô que non sei qué me faltaba
en donde o cravo faltou,
e seica..., seica tiven soidades
d'aquela pena... ¡Bon Dios!

Rosalía ya ha aprendido que sólo el dolor es capaz de saciarla, ese dolor que, dice, tiene una plenitud que no tiene la dicha.

Se le muere un hijo y ella, que estaba ya al borde de las supremas preguntas, se debate en una dialéctica implacable. Tan pronto afirma la eternidad del espíritu humano, la certeza del encuentro en el más allá, como cae en la más rotunda de las negaciones:

Nada hay eterno para el hombre, huésped
de un día en este mundo terrenal,
en donde nace, vive y al fin muere
cual todo nace, vive y muere acá.
Una luciérnaga entre el musgo brilla
y un astro en las alturas centellea,
abismo arriba y en el fondo abismo
¿qué es al fin lo que acaba y lo que queda?

Todo el mundo es para ella una apariencia caediza y fluyente en donde no hay cómo asirse. Es la misma visión de Neruda en *Residencia en la tierra*. No sólo el hombre es mudable y perecedero. En el vórtice ruedan hasta los astros. La luna que se crée eterna ha de pasar también. Las estrellas, como los hombres, "sueñan" con la eternidad. Aterrada, ruega:

Vuelve a mis ojos la celeste venda
de la fe bienhechora que he perdido

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

y no consientas, no, que cruce errante,
huérfana y sin arrimo,
acá abajo los yermos de la vida,
más allá las llanadas del vacio.

"Los yermos de la vida, las llanadas del vacío". Así verá siempre el universo. La verdad será para ella "la que nos mata" y el espíritu se rebelará contra cielo y tierra. Una y otra vez volverá al templo y, a veces, por el camino de la belleza, se sosegará en la oración y bendecirá al que "es todo hermosura". Pero un apetito unamunesco de eternidad que le hace definir al hombre como "el ser que se resiste a perder de sí un solo átomo", la vuelve "impía".

La vida se le vuelve insoportable. Las campanas que tocan al alba hacen correr delante de ella la teoría de todas las albas muertas, el *pazo* de sus mayores no le muestra sino las generaciones que ruedan. A esta alma saudosa de eternidad no la salvan ya los aires de Galicia. Ella sabe que está perdida:

Teño un mal que non ten cura,
un mal que naceu comigo.

La tierra es bella para todos pero no para la que es incapaz de olvido y de ilusión. Ella tiene una memoria "terca". Va un día a la vega de sus amores y asiste a una infinita procesión de muertos: pasan ante ella los que son sus amigos de otro tiempo, sus compañeros de infancia, sus amantes de juventud, todos se le aparecen como a Quevedo, "presentes sucesiones de difuntos". Ante una mujer que envejece, Rosalía dirá de la muerte:

¿por qué non mata las mozas
antes que as maten os anos?

La vida es lucha, la sociedad humana un "salvaje hormiguero", el hombre acosa al hombre y "mucho antes de haber muerto, unos a otros sin piedad se entierran". El absurdo todo lo rige: el viejo, el niño, la flor, la hierba, son víctimas de "las amargas burlas del destino". Quiere huir de su obsesión y no puede:

Cando penso que te fuches,
negra sombra que m'asombras,
ô pe d'os meus cabezales
tornas facéndome mofa.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

En todo estás e ti es todo
prà min y en min mesma moras,
nin m'abandonarás nunca
sombra que sempre m'asombras.

Llegada a este punto Rosalía comienza a apetecer el olvido, la muerte. Antes que Darío quiso renunciar a la consciencia; frente a los santos extáticos de la basílica compostelana que la miran impasibles, clamará:

¡Quén fora pedra, quén fora santo
dos qu'alí hay,
como San Pedro, n'as mans as chaves,
c'o dedo en alto como San Xoan,
un-has tras outras xeneracions
vira pasar,
sin medo â vida, que da tormentos,
sin medo â morte, que espanto da.

Comienza a soñar con el mar, siente que las olas la "atraen hacia sus salas húmedas" el mar está enamorado de ella y ella del mar. Algunas de sus heroínas se matan y ella pregunta:

por que chaman crime
ir en busca da morte que tarda?

La angustia y el desasosiego le dictarán uno de sus más hermosos y trascendentales poemas:

¡Quérom'ire, quérom'ire!
para dónde no-no sei.
Cégam'os ollos a brétema,
para dónde hei de coller?

¿Qué pensaba Rosalía de Castro de su orgulloso siglo XIX, de sus conquistas científicas y qué imagen tenía del hombre lleno de fe en la razón todopoderosa? Ella lo ha dicho. En un poema de *En las orillas del Sar* –cuyo tono escéptico recuerda algunos de Alfonsina Storni–, saluda "llena de asombro y de respeto" a los hombres.

viendo cómo la Fe que guió un dia
hacia el desierto al santo anacoreta,
hoy con la misma venda transparente
hasta el umbral de lo imposible os lleva.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Mientras ella, en "el rincón más escondido de la tierra" como Penélope —aunque sin esperar a Ulises porque el suyo ha naufragado— teje y desteje su tela, porque sabe que ese es el destino humano y conoce el mito de Sísifo:

Y que ahora subiendo, ahora bajando
unas veces con luz, y otras a ciegas,
cumplimos nuestros días.

A esta hidalga campesina gallega, apegada al ritmo de la tierra, no la arrebata el vértigo y en un poema de *Follas novas* —en el que no falta siquiera el cohete interplanetario— sentenciará:

Vai desd'un polo a outro polo
rexistra os antros terreos,
monta n'a locomotora,
sube n'os grobos aéreos,
e c'o a centela recorre
d'o vacio o espazo inmenso:
és home, e cansarás, Alvaro,
correndo e correndo.

¿Qué es la poesía para esta mujer que califica de salvaje la soledad de las altas cimas llenas de luz y dice que los rumores misteriosos le despiertan pensamientos de "brava libertad"? Ella ha dicho, en un poema que tituló *Silencio*, cómo, arrebatada por dudas, tormentos, deseos

mollo n'a propia sangre a dura pruma
rompendo a vena hinchada,
e escribo..., escribo... ¿para qué? ¡Volvede
ó máis fondo da yalma
tempestosas imaxes!
¡Ide a morar c'as mortas relembranzas!
Qu'a man tembrosa n'o papel so escriba
¡palabras, e palabras, e palabras!

Ha definido su poesía como cuerda de un solo sonido "monótono, vibrante, profundo y lleno" e hizo profesión de fe cuando dijo a su corazón:

Sé tú mi musa, y cantemos sin preguntarle a las gentes
si aman las alegres trovas o los suspiros dolientes.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

No escribía para publicar. Después de *Cantares gallegos* no vol-

vió a pensar en libro alguno. Diez y siete años después aparece *Follas novas*, en 1881, y en 1884, un año antes de su muerte, *En las orillas del Sar*. Si no los hubiera publicado su marido, sus versos se habrían perdido, ya que sus hijas quemaron, al día siguiente de su muerte, todos sus manuscritos inéditos, en verso y prosa, cumpliendo la voluntad expresa de la madre.

Los versos de Rosalía se olvidaron. Su nombre no apareció en antologías ni literaturas. Ya ha dicho Azorín su asombro. Más se hubiera asombrado ella de que los críticos contemporáneos la llamaran "precursora". Dice Enrique Díez Canedo: "Cuando Campoamor, Núñez de Arce, Zorrilla, Manuel del Palacio declamaban y escribían composiciones de circunstancias, ella se atrevía sencillamente a hablar y a utilizar metros inusitados y combinaciones nuevas."

Tampoco pudo ella imaginar que alguien dijera que lo que los filósofos de la existencia nos enseñan hoy, ya lo había dicho, a mitad del siglo pasado, "una pobre loca que vagaba por los robledales de San Lorenzo". Claro que ella vio que su poesía no era lo que se llama una poesía *femenina* y se preguntó azorada y con una pizca de ironía:

D'aquelas que cantan as pombas y as frores
todos din que teñen alma de muller,
pois eu que n'as canto, Virxe da Paloma,
¡ay!, ¿de qué'a terei?

Clase dada en el Colegio Libre de Estudios Superiores, el jueves 13 de agosto de 1959

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Tres revolucionarias religiosas del siglo XIX
Helena Blavatsky - Annie Besant
Mary Baker-Eddy

Por Adolfo Fernández de Obieta

I. Introducción. La mujer y la vida religiosa pública

Antes de entrar al tema estricto de esta clase: vida y obra de tres mujeres que aportan opiniones y posiciones disconformistas o heterodoxas en el curso del siglo XIX, creo útil una reseña excepcionalmente sumaria sobre la función de la mujer en el ámbito religioso a través de la cultura de Occidente. Me ocuparé, pues, en esta introducción, de la mujer en la vida religiosa pública, no en el culto privado o la religiosidad interna.

Las mujeres han estado desde el origen de los tiempos entrañadas en lo religioso, pero no precisamente en el papel de fundadoras de credos o sectas, de mensajeras o enviadas divinas, de mesías, profetas, avatares. Los grandes fundadores míticos o históricos –Rama, Krishna, Hermes, Buda, Jesús, Mahoma...—; los grandes filósofos religiosos –Lao-Tsé...–; los grandes "iniciados" –Moisés, Orfeo, Pitágoras, Platón...–; los grandes apóstoles o discípulos de Buda, de Cristo; los grandes reformadores y renovadores ortodoxos o heterodoxos –en la Reforma y la Contrarreforma cristianas, y lo mismo en el budismo, el judaísmo y el mahometismo–; los grandes padres o doctores o teólogos o eruditos de los distintos credos, como los grandes "herejes" o "ateos"; los dirigentes de las grandes "guerras santas" o "cruzadas"; los grandes pontífices latinos o romanos y los "hombres-dioses" orientales; en fin, los creadores de religiones

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

menores, excéntricas o pintorescas que han proliferado a lo largo de todas las religiones mayores o en el campo menos claro del ocultismo o el seudoocultismo, han sido varones. La mujer, grey principal de los cultos, sostén espiritual y material de los templos, no se ha significado en esos papeles espectaculares, ni en los menores pero de todos modos activos del sacerdocio, el diaconado, el apostolado, las misiones, las jefaturas espirituales, las jerarquías eclesiásticas.

No corresponde aquí investigar las causas sino señalar el hecho, en esta introducción a la vida y acción de tres mujeres que participan de algunas de esas responsabilidades mayores que en la experiencia pública de la fe incumbieran antaño privativamente a los hombres.

Quizás no siempre ha sido así, siquiera para funciones aunque no máximas, importantes. Se ha dicho que en los pueblos "bárbaros" la mujer es quien, por su sensibilidad nerviosa, presiente lo oculto, afirma lo invisible; en la encina sagrada, la mujer inspirada ve las apariciones; o bajo la influencia magnética de la luna que la coloca en un estado visionario, profetiza en nombre del gran Abuelo, el Antepasado de la raza; o en el bosque o cerca del mar evoca las almas de los númenes o hermanos mayores para recibir noticias guiadoras, como la Pitonisa escandinava, la Voluspa del Edda, las druidesas célticas, las adivinas que acompañaban a los ejércitos germanos y decidían sobre el día de las batallas (*Comentarios,* de César), y hasta en las Bacantes tracias que sobrenadan en la leyenda de Orfeo; la Vidente prehistórica se continúa con la Pythis de Delfos, ya histórica. (Schuré: *Los grandes iniciados,* L. I). Empero, esta función mediúmnica de la mujer al servicio de las cuestiones o intereses religiosos —no correlativa al parecer a otras jerarquías o primacías de dirección espiritual o ética o de fundación de instituciones o sistemas religiosos— aunque sí ejercitando alguna forma de sacerdocio, fue desapareciendo, al paso que se afirmaba, al menos en Irán, India, Judea, Egipto, la supremacía de los sabios, maestros, "rishis", profetas, patriarcas. Todavía en el ámbito romano encontramos la Sibila de Cumas, sacerdotisa de un santuario instalado por los griegos. Pero de toda la antigüedad, Grecia constituye la excepción, pues sólo allí la mujer entre vidente y sacerdotisa

Archivo Historico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

comparte con el hombre, aunque no en estricta igualdad, la responsabilidad del sacerdocio.

En el universo occidental o cristiano, así como el antiguo derecho civil excluía a las mujeres de todo cargo público, el derecho canónico las excluye de todas las funciones espirituales. "Si durante algún tiempo la necesidad y el decoro hizo admitir en algunos oficios eclesiásticos a las diaconisas, luego que desaparecieron estas causas se creyó conveniente no emplearlas más". (Donoso Cortés: *Diccionario de derecho canónico*). Tales diaconisas eran vírgenes o viudas elegidas entre las consagradas a Dios que descargaban a los diáconos o ministros de lo que es propio hagan las mujeres; estas diaconisas, de que ya habla San Pablo (*epist. Rom.*, in fine) desaparecen hacia el siglo VI después de variadas vicisitudes en la legislación canónica y la civil, conservándose, empero, en Francia, hasta antes de la Revolución algún vestigio de intervención de la mujer en las cosas del culto, pues las monjas cartujas de Saleth, en el Delfinado, hacían en el altar oficios de diácono y subdiácono, y tocaban los vasos sagrados; y la abadesa de San Pedro de Lyón cantaba la epístola y llevaba manípulo, pero no en el brazo sino en la mano. Según la legislación canónica, pues, la mujer no puede recibir ninguna orden eclesiástica, y si la recibiese no imprime ningún carácter; aunque sean monjas o religiosas no pueden incensar en el altar, ni tocar los vasos sagrados, salvo que el obispo lo autorice en ciertas circunstancias; no pueden ayudar a misa, ni predicar, ni enseñar, salvo con permiso del superior y no en público, etcétera.

Esta excepcional *capitis deminutio* de la mujer en el culto cristiano (católico romano) se proyecta aún a otro plano más difícilmente comprensible. Pues dentro de la Iglesia ha persistido una cierta corriente de opinión algo reticente con respecto a la figuración de la mujer no ya en la esfera del culto o los ritos o la liturgia, sino en la justicia y veneración debida a la santidad. Así, mujeres sublimadas en el amor de Dios y canonizadas con todos los honores, no han solido merecer verse exaltadas a los lugares ilustres de veneración, como si en un nivel en que toda diferencia de sexo pareciera deber cesar, persistiera todavía la discriminación. Y ello con un solo caso: en las veinte pilastras de la basílica de San Pedro

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

(Vaticano) existen 40 nichos, reservados desde el origen del templo para honrar a los santos y santas fundadoras de órdenes; esa galería ilustre ha sido completada no hace mucho con un saldo de 31 santos y 9 santas. Y todo esto no obstante el celo incansable de las monjas en pro de la inclusión de las estatuas de sus fundadoras en la basílica vaticana, celo que hizo decir alguna vez a Benedicto XV, según se refiere, que las monjas son muy piadosas pero un poco "seccatrici".

Empero, además de la estricta vida religiosa privada, la mujer ha cumplido otras misiones y ejercido otros modos de influencia en el ámbito religioso cristiano. Si se pregunta por el alcance de la mujer como creadora o reformadora religiosa, entiendo que habría que contestar que no se ha dado el caso de ninguna mujer comparable a los varones que a lo largo de los siglos ha encauzado en uno u otro sentido la corriente cristiana. (Tampoco, tengo entendido, durante los largos siglos de vitalidad del brahmanismo, el zoroastrismo, el budismo, el judaísmo). Sólo reformadoras en materias menores, como las disciplinarias (creación y reforma de órdenes o de reglas de reclusión, etc.), con sometimiento absoluto a la jerarquía respectiva, ejercida por varones. Pero no ha sido ésa la única acción de cierta trascendencia. Ha habido santas de honda gravitación en las cosas espirituales y temporales de su época, por ejemplo Catalina de Siena, incitando al propio Papa a reformas perentorias, enjuiciando la conducta vaticana, etc. Ha habido, desde luego, místicas notables, como Teresa de Jesús o como Mme Guyon. Ha habido notables escritoras de doctrina, visiones o sermones místicos como las mismas Santa Teresa, Mme Guyon o Catalina Emmerich, o sor Juana Inés de la Cruz. Ha habido santas guerreras, como Juana de Arco. Ha habido, en fin, como recordé hace un momento, mujeres que han ocupado alguna jerarquía auxiliar en el ámbito del culto, en las iglesias de Occidente; ha habido, si se quiere dar colorido al asunto, quizá, alguna Papisa (con polémica que ha durado siglos) o alguna situación que obligó alguna vez a la Iglesia a legislar sobre que el Sumo Pontífice debe pertenecer al sexo masculino. Pero no se han conocido creadoras, renovadoras o fundadoras religiosas, o pretendientes a Mesías, Mensajeras, Enviadas, Avatares. Ha habido, naturalmente, al margen de las religiones institucionalizadas, algunas profetisas, pitonisas, adivinas o "inspira-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

das". En el siglo XVII, por ejemplo, un enjambre de videntes o sibilas revolotea alrededor de los jefes de sectas pietistas: Magdalena Elrich, Cristina Regina Bader, Adelaida Schwarz, Ana Margarita Jahn, Ana María Schuchart, Ana Eva Jacob, Eleonora de Merlau (mujer del iluminado Juan Guillermo Petersen y autora de obras influyentes en Alemania e Inglaterra), Rosamunda Juliana von Asseburg (cuyas visiones Leibniz juzgaba tan respetables como las de Santa Hildegarda, Santa Brígida o Santa Mechtild) y hasta una condesa inglesa autora de *De principiis philosophiae antiquissimae et recentissimae*, obra de cierta profundidad inspirada en la cábala judía, etc.[1]

Pero, acaso, o más bien seguramente, hasta el siglo XX, por muchos siglos no ha habido mujeres sacerdotes —me expreso así para evitar el equívoco de "sacerdotisas"—, al menos en las iglesias superiores. La novedad viene del campo Protestante: sesenta y tres *denominaciones* ordenan actualmente mujeres, en las mismas condiciones que los varones; y se registran en Estados Unidos unas 7.000 predicadoras (1959). En el campo católico, en cambio, a pesar de ciertos signos y hechos de renovación dentro de la liturgia o

1 Nos quedarían por decir unas palabras si no con relación a la mujer, con relación a lo femenino en la religión, en la teología, en los símbolos, mitos o revelaciones de lo sagrado. En las viejas religiones politeístas se adoraban indistintamente dioses y diosas, como quiera que la diferencia fuera entendida por los sacerdotes y los creyentes; y dioses y diosas no desvinculados entre sí respecto de los enlaces privativos de la feminidad y la masculinidad, por mucho que las diferencias sexológicas se sublimaran en el plano de lo divino. En otras religiones al parecer más evolucionadas se distinguen los aspectos, personas o manifestaciones masculino y femenino, o los aspectos Padre y Madre de una divinidad única, o de una divinidad trina (por ejemplo en la Trimurti brahmánica; Brahma, Shiva, Vishnú). Pero en el judaísmo y el judeo-cristianismo el culto parece centrarse en el aspecto Padre (aunque también se sostiene que la vida religiosa cristiana gira alrededor del aspecto Hijo o Verbo), o los aspectos Padre e Hijo, o Padre, Hijo y Espíritu Santo, pero el aspecto Madre no aparece explícito. Es sabido que en la teología católica el culto a la Virgen María, que sería lo más aproximado al aspecto Madre en otras concepciones, culto llamado Hiperdulía, se distingue en lo inferior de la reverencia a los santos o dulía, y en lo superior de la adoración a Dios o latría. Pero si bien no ha faltado, sobre todo modernamente, una tendencia hacia el culto de la Virgen como una forma de la Divinidad (incluso como uno de los términos de la Trinidad, en lugar del Espíritu Santo), o sea la mariolatría, y si bien la proclamación reciente del Dogma de la Asunción refuerza esa orientación teológica, el aspecto femenino, en su imagen más sublime, la de la Maternidad, o Maternidad virginal, y aun la Maternidad Cósmica, no llega a confundirse con la figura suprema del Padre, del Anciano de los Días, y tanto en la teología como en el arte sagrado esa supremacía permanece.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Consigno, como curiosidad, que en su *Glosario* Mary Baker anota estos conceptos: "PADRE: Vida Eterna; Mente una; Principio Divino llamado comúnmente Dios. MADRE: Dios; Principio Divino y Eterno; vida, verdad y Amor".

las costumbres, y de cierta tendencia a la restauración de usos de la Iglesia primitiva, no parece haber indicios de recuperarse cierta tradición que asignó alguna vez a la mujer, como viéramos, función menos adjetiva en la cercanía del ara sacrificial.

Resumiendo este aspecto de la Introducción, quiero acentuar que no ha estado en la naturaleza o el destino de la mujer, y cualquiera sea la explicación del hecho —quiero decir de la estructura mental o la estructura cultural, a su vez relacionadas— asumir esas funciones en la historia religiosa de la humanidad. En lenguaje de Carlyle, no habría habido héroe mujer en el campo de la creación religiosa. Volvemos a la paradoja aparente: la emotividad femenina ha sido fundamental para la gloria de cultos, ritos, ceremonias, misterios, sacramentos, pero no ha dado, en el curso de la historia verificable, una gran creadora religiosa, una gran Sacerdote o Pontífice o Hierofante, una gran Heresiarca, una gran renovadora o restauradora. Quiero decir, en fin: no se ha conocido nunca antes una Helena Blavatsky o una Mary Baker, con abstracción de todo juicio de valor religioso, como originalidad de acción y personalidad pública.

II. TRES REVOLUCIONARIAS RELIGIOSAS EN EL SIGLO XIX

Tal es el cuadro de los conceptos sobre intervención de la mujer en las cosas del culto, la jerarquía eclesiástica, la dirección religiosa o la predicación que han prevalecido largamente en Occidente. Ahora bien, ¿cuál ha sido, en los términos más generales, la conciencia religiosa en el siglo XIX, es decir al tiempo en que las tres mujeres que nos ocuparán desplegaron su acción?

Este siglo XIX no parece haber sido, al menos en Occidente, un siglo caracterizado por la creación de valores religiosos, por la instauración de una gran cultura de tipo teocrático o teológico, por la organización de un sistema religioso de vasta significación, o por alguna fractura decisiva dentro del cristianismo tradicional que ha impregnado toda la cultura occidental. Empero, sería necio negar, como se ha hecho tantas veces, la relativa vitalidad religiosa latente a través de esa centuria caracterizada por tantos cambios en lo social, lo filosófico, lo cultural. De todos modos, no ha sido uno de los grandes siglos religiosos de Occidente, sino más bien al

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

contrario, y el proceso de laicización general de la cultura no sé detuvo, sino que más bien alcanzó su culminación, siendo necesario acaso esperar el siglo xx para que el cuadro de la vida espiritual de Occidente ofrezca rasgos de nuevas experiencias espirituales en profundidad.

Quiero destacar, pues, que se trata de tres revolucionarias en el terreno religioso en el siglo del criticismo, el racionalismo, el materialismo, el evolucionismo, el ateísmo, el experimentalismo, el positivismo, el naturalismo, el objetivismo, el cientificismo, el nihilismo, el utilitarismo, el pragmatismo, el verismo, el fotografismo, el sensualismo, el empirismo, el fisiologismo, el fenomenismo, el agnosticismo, el historicismo, el sensorialismo, el matematismo. Audacia impar, pues, como mujeres, y como mujeres religiosas o espiritualistas. Y sin el amparo de una institución eclesiástica o académica que de algún modo las respaldara, sino más bien recibiendo la oposición de todas las jerarquías establecidas y preestablecidas en el dominio de lo espiritual.

Piénsese por un instante que por entonces se publicaron las obras capitales no sólo del agnosticismo y del positivismo filosófico (el *Curso de filosofía positiva* de Comte, los *Primeros principios* de Spencer), sino las obras capitales de crítica al misticismo y el sobrenaturalismo cristiano (David Strauss, Feuerbach, Renan, Littré...), negándose, sea la divinidad de Jesús, sea incluso su historicidad; y, en los planos inferiores de la polémica, confundiendo la religión con la superstición y la teología con una patraña.

Pero ahora no nos interesa examinar en general la expresión religiosa o irreligiosa durante ese período que quizá todavía no ha sido bien comprendido, sino situar la vida y acción de tres mujeres que desenvolvieron una excepcional función de agentes espiritualistas revolucionarios entre públicos más bien escépticos. Estas mujeres dan color y acento a movimientos mayores o menores de renovación, experimentación y de teorización desenvueltos en la segunda mitad del siglo y que se proyectan sobre el actual. Se trata, en orden cronológico, de la norteamericana Mary Baker-Eddy (1821-1910), la rusa Helena Petrovna Hahn de Blavatsky (1831-1891) y la inglesa Anna Wood Besant (1847-1929).

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Pero no sólo se trata de tres espíritus revolucionarios en lo

religioso en un siglo más bien descreído, sino de tres mujeres en un siglo, como los precedentes, con primacía absoluta del hombre en la dirección pública y de la cultura.

Dejemos pues ahora por un momento el aspecto misión religiosa de la mujer para insistir un instante en el aspecto situación general de la mujer al tiempo de aparecer estas renovadoras en el campo espiritual, es decir en la cronología de la cultura occidental.

Estamos tan familiarizados con la actuación pública de la mujer en nuestros días, que necesitamos empeñarnos en una verdadera disciplina de retrospección para situar con justicia a estas luchadoras escalonadas a lo largo del XIX, aparecidas sin precursores y sin circunstancias externas propicias. Hoy la "liberación" de la mujer está prácticamente concluida, y se mira casi como una excentricidad anacrónica el conservadorismo de algún parlamento que rechaza los derechos políticos de la mujer; pero hace cuarenta años todavía entre nosotros —y no éramos el cabo del mundo— las feministas eran blanco de caricaturas y de injurias, y fue preciso que algunas valientes llegaran a la justicia para obtener el reconocimiento de algunos derechos, o que golpearan las puertas del congreso por enésima vez para obtener siquiera los derechos civiles. Pero por esfuerzo que exija la retrospección, debe ser llevada a cabo, aunque equivalga a despojarnos de lo que hoy, culturalmente hablando, es ya nuestra propia naturaleza, quiero decir, la costumbre de ver a la mujer alternando con el hombre en variados órdenes de la vida social, política, económica, diplomática, científica, docente, filosófica, artística, laboral, hasta militar...

1850, 1880, aun 1900... Cuando no se aceptaba el ingreso a las facultades de ciencias médicas de algunas muchachas que lo mismo en Europa que en América debieron insistir año tras año para obtener su admisión, en el siglo de las ciencias positivas, de las leyes de la materia y la vida, en el siglo de las universidades secularizadas, liberales y científicas, en el siglo del progreso social, del socialismo y de la igualdad humana. Cuando la ciencia, la filosofía o la política se tenían por patrimonio privativo masculino; cuando la mujer a lo sumo podía en lo cultural significarse como "musa", como "heroína", como "inspiradora" o presidenta de salón literario, al margen, claro, del "eterno femenino" y del "cherchez

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

la femme" y al margen de las obras piadosas "propias de su sexo". El único campo donde la mujer podía explayarse creadoramente entonces era el artístico, sobre todo la literatura y la música (como intérprete), y algo tímidamente, en el campo pedagógico.

Cuando aparece y actúa Helena Blavatsky en este clima tradicionalista, sospechador y aun agresivo con todo descarrilamiento de la mujer, ha debido admirar e irritar como dueña de un estilo de voluntad y una vocación hasta entonces estrictamente masculinos. Antes había habido alguna escritora religiosa que trascribía mensajes "inspirados" o glosaba textos, pero siempre más o menos dentro de la ortodoxia y sin el volumen extraordinario, ciclópeo, de la obra de aquélla, en cuyo juicio, como en los análogos que pueda hacer en esta ocasión, abstraigo naturalmente el valor final filosófico o teológico para referirme a la medida física, por así decir, de una producción intelectual y de una acción pública, con nuevos métodos de exploración espiritual o experiencia religiosa, con una temática extraña a la mentalidad europea y al tradicional europeísmo. Y algo semejante puede decirse del caso de Mary Baker: entre infinitas mujeres cristianas sucedidas a lo largo de los siglos, con todos los grados de la fe, el ascetismo, el misticismo, la santidad y hasta la locura religiosa, creo que no ha existido otra Mary Baker, sea por su personalidad en sí, sea por la acción desplegada y perdurada. Aquí también me abstengo de un juicio de valor en sentido espiritual; me limito a un juicio de sociología de la religión. Claro que se supone que en ambos casos se trata de hechos que pertenecen a la historia de la espiritualidad occidental, no meros caprichos del pintoresquismo religioso.

¿Cómo no va a resultar extraño entonces el caso de estas mujeres, en plena selva mental del siglo XIX, en ese clima más bien refractario del siglo XIX a las "cosas del espíritu" aunque para nada haya sido ese "siglo estúpido" que han creído algunos muy poco sensibles a la genialidad en la historia? Podría destacar dos o tres motivos fundamentales de asombro. Primero, porque rarísimamente en el curso no ya de siglos, de milenios, la mujer afrontó responsabilidades de acción pública —salvo quizá como monarca— de renovación o reforma social, de revolución intelectual o espiritual. Segundo, porque, de todos modos, el campo más vedado para una

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

acción de este género, era el religioso, regido por la ley del misogenismo y por una especie de ley sálica, como si el oficio de lo sagrado, la recepción e interpretación de las revelaciones, la codificación de los dogmas, perteneciera privativamente a la masculinidad: según el símbolo o símil que todavía suelen usar los teólogos para extraer consecuencias desvalorizantes para la mujer, de su origen en una parte del tórax masculino, ni siquiera una parte de su cerebro. Tercero, porque se ha tratado de un siglo eminentemente caracterizado por la consumación de un proceso de laicización o naturalización del pensamiento, es decir de regencia, incluso en el estudio de la fenomenología religiosa, de métodos, categorías, conceptos y vocablos del orden natural, de las ciencias físicas o biológicas. Todo esto hace posible refirmar que en dos mil años de cultura judeo-cristiana no se ha dado una figura equivalente a la de Mary Baker; o en dos mil años de pensamiento occidental, una figura como la de Helena Blavatsky.

¿Qué esperanza de ser oída podía albergar quien se propusiera hacer conocer, como Helena Blavatsky, el pensamiento religioso o filosófico de la India, ¡del Tibet! cuando el mucho más afín a la mentalidad europea, en cierto modo el constitutivo de la mentalidad europea, el espíritu cristiano (en lo que tiene de propio, de sobrenaturalismo, y en la correlativa ética suprarracionalista) era puesto en tela de juicio o desvalorizado? ¿Y qué esperanza, en el campo cristiano, para una nueva secta religiosa, con su filosofía, su ética y hasta su ciencia natural, con sus textos, sus ceremonias y hasta sus templos propios, como la Ciencia Cristiana, la *Christian Science* de Mary Baker? Quede desde ahora señalado este enigma para los historiadores de la mente humana: o no fue tan avasallador el naturalismo, el ateísmo o el nihilismo diecinonesco, cuando esas frágiles mujeres lograron en cierta medida romper el átomo mental, o no hay resistencia, aun las formidables de la multitud y la rutina —si no es lo mismo— contra las voluntades prometeicas.

Cada una de esas vidas merece una biografía ejemplar; lamentablemente, sólo una de ellas, Mary Baker, ha merecido la atención de Stefan Zweig. En esta clase, es obvio que deberé sintetizar esas vidas, todas copiosas de hechos, de dramatismo, de aventura, de problemas, hasta el extremo quizá de desnaturalizarlas,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

porque la exposición de toda vida exige cierto clima y cierto marco de tiempo y aquí el tiempo —ese tiempo que justamente esas mujeres se obstinaron en negar— cuenta. Ello es quizá más sensible por cuanto no se trata de figuras mayormente conocidas entre nosotros, figuras que necesitarían más de la pausa y la anécdota para incorporarse a nuestra propia vida.

III. Helena Blavatsky

La vida de Helena Blavatsky es particularmente difícil de trazar, por varias circunstancias, entre ellas el tejido de lo ordinario y lo extraordinario a lo largo de su existencia; su estilo de carácter que sitúa a amigos y enemigos con vehemencia; y la polarización de las variadas interpretaciones a que ha dado lugar esa vida en dos antitéticas leyendas: negra y rosa, difamación o apología. Se verá que en el caso de Mary Baker también perturban ambas leyendas, el ditirambo y la calumnia, pero en cambio su existencia trascurre por así decir en el plano natural, a la vista del público, y, como diré, el inconveniente para el biógrafo será más bien el exceso que la falta de documentación.

Sobre Helena Blavatsky se han escrito los mayores excesos de adjetivación positiva y negativa, lo cual al fin no resultaría incomprensible si se tienen en cuenta las circunstancias de tiempo, lugar, modo, medios, fines. Basta imaginarse a esta mujer llena de dinamismo heterodoxo, con extrañas facultades psíquicas, creciendo en la Rusia entre mística y conformista de 1850, para comprender que sus actitudes y sus pensamientos han debido o espantar o deslumbrar. Es posible que el problema técnico para el biógrafo no alcance solución satisfactoria: o se coloca en el punto de vista naturalista con sacrificio de la comprensión de lo que en esa vida excede del cauce corriente de la naturaleza; o se coloca en el punto de vista sobrenaturalista y se expone a evadirse de las reglas de la sana razón. Si esto en cuanto a la mera exposición de los hechos de esa vida, ¿qué decir de la dificultad de su comprensión final?

De todos modos, como mi compromiso no consiste en lucirme como biógrafo sino en dar una idea de la intrepidez de su carácter, pero, sobre todo, en mostrar a través de documentos la índole de su pensamiento revolucionario y el alcance de su acción, me limi-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

taré a consignar, al margen de controversias, los hechos fundamentales de este personaje del siglo XIX.

Helena Petrovna Hahn nace en Ekatarinoslaw, Rusia, en 1831. Se trata de una muchacha decidida, enérgica, impetuosa, disconformista. A los 18 años casa contra su voluntad con el general Blavatsky por conveniencias de familia, pero abandona el domicilio conyugal antes de consumar el matrimonio, iniciando su vida independiente y aventurera. Se sostiene que poseía, desde su infancia, una naturaleza extraordinariamente psíquica, y que más tarde llegó a ser una ocultista práctica poseedora de un gran adiestramiento (Kingsland). Este capítulo —por lo demás fascinante— sobre las facultades extrasensoriales de Helena Blavatsky, es decir sobre hechos de la naturaleza de los investigados desde hace más de ochenta años bajo el nombre de psíquicos, estudiados por la ciencia llamada metapsíquica o parapsicología o percepción extrasensorial (investigación científica cada día más copiosa y rigurosa aunque parece que recién comienza a interesar entre nosotros); ese capítulo sobre las excepcionales facultades mediúmnicas, telepáticas, psicométricas, etc., de Helena Blavatsky puede ser dejado de lado aquí, no sólo por haber motivado dilatadas controversias, sino por interesar secundariamente para la verdadera apreciación de su vida y su obra. Más interesa consignar que se puso en comunicación con ocultistas orientales, es decir con hombres versados en la sabiduría antigua o filosofía perenne, encubierta y oscurecida durante innumerables siglos en los cuales la humanidad —se sostiene— ha ido cayendo en un materialismo que ha inhabilitado por completo al mundo, en general, para recibir o comprender esa sabiduría en su prístina pureza espiritual, o para que se le confiara el conocimiento científico profundo y el dominio de las fuerzas de la naturaleza que fue conferido por la iniciación en los misterios antiguos. Viaja entonces por buena parte del mundo —Asia central, Egipto, Estados Unidos, Europa—. Su centro de atracción es, naturalmente, el Tibet y la India, donde reside años, aunque también reside años en Estados Unidos, cuya ciudadanía solicita. Como consecuencia de tanta información recogida y del enriquecimiento de sus experiencias psíquicas personales, multiplica su obra de vinculación entre todos los que se interesan por la

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

tradición oriental, por la restauración de la sabiduría arcana inmemorial, y hace conocer en Occidente la existencia de los Maestros o Mahatmas, uno de los cuales se dice que la asiste especialmente en su investigación y su acción. Alterna la redacción de sus numerosos escritos con la formación de numerosos núcleos de irradiación de sus ideales *teosóficos*. En 1875, en colaboración con el coronel y abogado norteamericano Henry Steel Olcott y otras personas, funda en Nueva York la Sociedad Teosófica, de la que Olcott queda Presidente y en la que actúa como secretaria, aunque en verdad era su directora, bajo la inspiración de su maestro.

La Sociedad Teosófica responde, en la mente de sus fundadores, a la creencia de que los intereses más elevados de la religión y de la ciencia ganarían por medio del conocimiento del sánscrito, el pali, el zend y otras literaturas antiguas, en las que los sabios e iniciados han conservado, para el uso de la humanidad, verdades de valor inapreciable respecto del hombre y de la naturaleza. Una sociedad de carácter absolutamente antisectario, cuya obra debía continuarse amigablemente por las personas ilustradas de todas las razas, se pensaba que debía ser un arma poderosa para contrarrestar el materialismo y vigorizar el espíritu religioso agonizante. En síntesis, la sociedad se propone: 1) formar el núcleo de una fraternidad universal de la humanidad, sin distinción de raza, creencia, sexo, casta o color; 2) fomentar el estudio de las literaturas, religiones y ciencias arias y otras orientales; 3) (objeto perseguido únicamente por un cierto número de miembros de la Sociedad) investigar las leyes no explicadas de la naturaleza y los poderes psíquicos del hombre.[2] Publica: *Isis sin velos* (1877), *Clave de la teosofía, La doctrina secreta, La voz del silencio,* etc., amén de innumerables artículos en las revistas que crea y dirige. Claro que estos títulos, para quien no haya hojeado siquiera los libros, no dicen mucho, o pueden parecer mera literatura fantástica o romántica. Para dar la más sumaria idea, digo que *La doctri-*

2 Los propósitos 1º y 2º, señalamos de paso, precursan el movimiento representado hoy por las Naciones Unidas y sus inspiraciones tales como la UNESCO (tan interesada en la aproximación cultural de Oriente y Occidente) y la Declaración Universal de los Derechos Humanos (que gira sobre el supuesto de la fraternidad humana, explícitamente reconocida como deber fundamental de la raza). El propósito 3º se vincula, a su vez, a las modernas investigaciones parapsicológicas o extrasensoriales.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

na secreta comprende seis tomos de unas quinientas páginas cada uno, en los que se desarrollan largamente asuntos como "Sistemas de la cosmogénesis", "El simbolismo arcaico universal", "La antropogénesis", "El simbolismo arcaico de las religiones del mundo y de la ciencia", "La ciencia, la religión y la filosofía", y "El objeto de los misterios y práctica de filosofía oculta"... Mientras tanto, la desproporción entre su salud y su actividad pasma a los testigos, incluso sus propios médicos. La doctora Scharlieb o el Dr. Hartman, entre otros, consideraban un milagro que se conservara viva; el Dr Pascoast aconsejaba cortarle una pierna para salvarle la vida, pero al día siguiente la ve en la calle y curada; y el Dr. Archibald Keighley consigna por escrito su asombro en estos términos que como curiosidad repito aquí: "Madame Blavatsky continúa trabajando como siempre y en tales condiciones de incapacidad física que no solamente su trabajo, sino su vida realmente tórnanse maravillosos. Puedo declarar, como médico, y no sólo basándome en mi propia autoridad, sino en un hecho conocido por los principales clínicos de Londres, que jamás se ha sabido de un paciente que viva ni siquiera una semana en condiciones de mal funcionamiento renal como el que ha sido su estado crónico durante muchos de los últimos meses... Con mucha frecuencia tiene ataques de apoplejía, pero los detiene sin ningún tratamiento conocido por la ciencia médica y continúa firmemente confiada, como siempre, en que su vida presente no finalizará antes de que su obra esté completamente terminada. Y en esa obra es infatigable. Sus horas de trabajo diarias van de las 6.30 de la mañana a las 7 de la tarde, con una sola interrupción de algunos minutos para una ligera comida antes que el sol llegue al mediodía...".

Esta mujer, pues —a la que es imposible seguir en pasos y pensamientos— publica complejísimos libros y artículos (alguno de ellos con citas de diez idiomas); alienta la formación de núcleos teosóficos; se defiende de críticas, ataca, polemiza, explica, sostiene una correspondencia innumerable, y logra así crear en Occidente, en pocos años, si no un estado de conciencia nuevo, sí una viva curiosidad por una concepción de la vida, por una filosofía y hasta por una ciencia no familiares a la mentalidad occidental. Sea por

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

insuficiencia de ciertos esquemas tradicionales, o por necesidad de una nueva cosmovisión, o por esnobismo o por moda, la teosofía se hace tema predilecto en los centros de alta cultura europeos y americanos. En fin, creyendo haber cumplido su obra, triunfante, combatida, calumniada, dolorida, renacida, esperanzada, Helena Petrovna Blavatsky deja este mundo en 1891, en Londres, a los sesenta años.

Qué podremos decir nosotros de esta vida, cuando hasta quienes estuvieron más cerca de ella la consideran una maravilla perpetua, un ser cuyo secreto de vida y de acción escapaba de la medida humana y de la conjetura humana, pues el mismo poder de regeneración que poseía su naturaleza física la asistía en su naturaleza moral, defendiéndola de agobiadores ataques y alentándola en la lucha. De nuevo como una curiosidad, trascribo unas cuantas palabras de la Condesa Constance Wachtmeister, en *Reminiscencias de H. F. Blavatsky y la doctrina secreta*: "Hasta para mí, que había estado sola con ella durante tantos meses, era un enigma, con sus extraños poderes, su maravilloso conocimiento, su extraordinaria percepción de lo íntimo de la naturaleza humana, y su vida excepcional, pasada en regiones desconocidas para los mortales comunes; a tal punto que si bien su cuerpo podía estar cerca, su alma estaba, a menudo, ausente, en comunión con otras. Muchas veces la he observado a ella así, y he sabido que sólo la envoltura externa, su cuerpo, estaba presente..."

Pero dejemos la vida e internémonos por unos instantes en el pensamiento de Madame Blavatsky, es decir en la teosofía. Debo antes aclarar que si bien la circulación del vocablo creció precisamente a raíz de la acción de Helena Blavatsky y sus sociedades "teosóficas", la palabra es más antigua y, obviamente, alude al conocimiento de Dios según se trasparenta en su etimología griega (theós, sophia): sabiduría acerca de la Divinidad. O sea, más o menos, lo que teología (theós, logos): discurso sobre la Divinidad, aunque justamente el uso ha recargado lo diferencial sobre lo semejante de ambos vocablos. Como digo, la palabra es más antigua que su divulgación moderna, y venía a ser más o menos sinónima de "filosofía perenne" (expresión, como se sabe, de Leibniz, recuperada y popularizada hoy por Aldous Huxley), o de filosofía oculta,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

es decir no académica o no escolástica, o de "teología natural de los santos", o gnosis, o de sabiduría antigua, es decir la supuesta sabiduría inspirada que desde los más remotos tiempos poseen y trasmiten oralmente comunidades o fraternidades iniciáticas. Es en este sentido, por ejemplo, que Xavier de Maistre o Sainte-Beuve se refieren a Saint-Martin o Cazotte como teósofos, o que los manuales de literatura alemana hablan de la teosofía de Novalis o Hoelderlin: "teósofos" anteriores a la tentativa de restauración de la teosofía milenaria, en Occidente, y aun en Oriente, a raíz de la acción de Helena Blavatsky. La palabra teosofía preexiste, pues, y Helena Petrovna Blavatsky no la desnaturaliza sino que la restaura pero vinculándola a una organización y a un sistema.

Helena Blavatsky, pues, se propone revivir en Occidente, para decirlo con sus propias palabras, "una doctrina secreta universal conocida por los filósofos e iniciados de cada país y aun por algunos Padres como Clemente de Alejandría, Orígenes y otros, que se iniciaron ellos mismos", o, según otra expresión suya, "la búsqueda de la divina sabiduría, de la sabiduría oculta o espiritual, que si bien no se entrega al crisol de la ciencia completamente física, ni a la investigación del materialista, yace, sin embargo, en la base de todo, porque es la omega o última palabra de la creación, o más bien de la evolución de toda forma, de toda idea, aun la más abstracta" [3].

Otra de las preocupaciones capitales del movimiento teosófico, precursor de investigaciones modernas en historia comparada de las religiones, ha sido probar que las grandes religiones concuerdan y no discuerdan; que los grandes fundadores de religiones son men-

[3] Esa "teosofía" no es una estricta teología ni una teodicea como entendemos en Occidente, es decir un estudio superior, a la luz de la revelación o la razón, de la esencia y la naturaleza de Dios, sus atributos y poderes, etcétera, sino una teología y a la vez una filosofía y a la vez una ciencia que incluye la cosmología, la antropología, etcétera. Es decir el conocimiento integrado de todas las leyes de la naturaleza y no sólo las aparenciales o externas; de la naturaleza entendida en su más lato sentido, incluyendo, desde luego, lo que corrientemente se considera sobrenaturaleza o lado oculto o nocturno de la realidad. La ciencia de los físicos y geómetras y cosmógrafos egipcios, por ejemplo, aplicada con ese rigor absoluto que deslumbra entre tantos al abate Moreux cuando estudia el emplazamiento, medidas y dificultades vencidas en la construcción de las pirámides, seguramente era parte de ese cuerpo de conocimientos o teosofía inmemorial, de ese dominio de las leyes sutiles de la materia y de la mente que luego habría dejado de ser patrimonio de los sabios occidentales, al menos de la ciencia académica.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

sajeros de la Divinidad escalonados a través de los tiempos para ayudar a la redención de la especie, idea a su vez compartida hoy por grupos espiritualistas de distinta denominación, como los vedantistas, los discípulos de Ramakrishna y Vivekananda, los Baha'i, etc. Es decir, la teosofía, en la medida en que no quiere organizarse como una nueva religión, ayuda a la idea cada vez más pujante de una religión universal, idea, por lo demás, como se podría probar fácilmente, nada moderna.

Veamos cómo entendía Helena Blavatsky esta vocación universalista de la Sociedad Teosófica. "Tenemos —dice en carta al presidente de la Sociedad de Estudios Psicológicos de París, en 1880— un lugar para todo el mundo y para cada aspiración. ¿Es usted cristiano, buddhista, brahmán, judío o zoroastrano? Sólo necesita afiliarse a la rama compuesta de los feligreses de la religión que usted profesa. ¿Es usted espiritista? Únase a la rama espiritista. ¿Libre pensador? Hágase miembro de la Sociedad Teosófica de Lanka, etc. ¿No es nada de todo eso, sino simplemente un pensador, un trabajador en busca de la Verdad; un historiador, un etnólogo, un sabio dedicado a las ciencias físicas, un arqueólogo, un filólogo, un anticuario?... Usted encontrará una docena de colegas y verdaderos científicos que lo sostendrán y ayudarán, porque son miembros de la Sociedad Teosófica como usted, y han jurado ayudarse y enseñarse mutuamente". Y todavía: "No permitimos en nuestra Sociedad ni la sombra del dogmatismo, sea en religión, sea en ciencia. Cada uno en su propia rama particular hace y actúa como le parece mejor, pero nadie piensa en imponer sus ideas a los demás en nuestras reuniones generales. Un miembro que dijera a su hermano de otra religión: "Cree como creo yo o serás condenado", o que tratara de hacerle creer que sólo él posee la verdad, o que insultara sus creencias, sería inmediatamente expulsado de la Sociedad. La Sociedad madre protege toda creencia, toda opinión privada, como protegería la cartera de cualquiera de sus miembros. Nadie tiene el derecho de tocar la propiedad sagrada o privada de ninguno de sus hermanos... Muy recientemente, una delegación de nueve miembros, de los cuales dos buddhistas, dos librepensadores, un cristiano, dos parsis y dos brahmanes, ha sido enviada en misión a Ceylán a defender los derechos de los buddhistas..."

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

(¿No hay en esto algún eco de las enseñanzas y prácticas del insigne católico Lanza del Vasto y sus amigos del "Arca", que acabamos de oír de nuevo entre nosotros, de su prédica por la convivencia religiosa y por cierta restauración de la pureza primitiva de la fe?)

Para volver a oír sus palabras, trascribimos este párrafo de la doctrina secreta, ya que insisto en que por supuesto es imposible dar aquí una idea siquiera elemental sobre el contenido intrínseco de su doctrina, sobre la estructura y arquitectura de su pensamiento. "La aspiración de esta obra puede expresarse del modo siguiente: demostrar que la naturaleza no es 'una aglomeración fortuita de átomos' y asignar al hombre el lugar que de derecho le corresponde en el plan del universo; rescatar de la degradación las verdades arcaicas que constituyen la base de todas las religiones; descubrir hasta cierto punto la unidad fundamental de la que todas ellas han salido, y demostrar fielmente que jamás se ha aproximado la ciencia de la civilización moderna al lado oculto de la naturaleza". Esto mismo, con otras palabras, explica en una correspondencia a una tía, Nadezhda, que muestra otra faz de sus convicciones: "Yo miro directamente a los ojos de Cristo como a los ojos de Buddha. El hecho de que uno haya vivido hace 25 centurias y el otro hace 19 no significa ninguna diferencia para mí. Veo en los dos el mismo espíritu divino, invisible, pero que siento claramente... En palabras y en hechos, como en la vida práctica de ambos, siento, con todo mi ser espiritual, el mismo *substratum* de divina verdad. Para mí no existen los dogmas del cristianismo o del budismo o del brahmanismo. Ni Cristo, ni Buddha ni Krishna han predicado jamás ningún dogma, "pas un seul article de foi", excepto esta gran verdad: "Ama a tu 'Dios' más que a ti mismo y a tu hermano como a ti mismo"... Creo, ciegamente, en aquellas palabras de Cristo, que comprendo, y más aún, en aquellas que fueron expresadas en el Sermón de la Montaña, pues las encuentro expresadas, literalmente, en los dichos buddhistas de Gautama Buddha, en el Dhammapada y en los Shastras, así como en el Libro de los Muertos egipcio..."

La cuantiosa obra escrita de Helena Blavatsky (además de la destruida y la desaparecida, que al parecer serían igualmente cuantiosas), no sólo se compone de libros fundamentales como *La doc-*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

trina secreta o *Isis sin velos*, cada una en varios volúmenes, sino de una numerosa correspondencia que revela su actividad incansable, literalmente prodigiosa. Consultas respondidas, consejos, disposiciones, indicaciones, y, todavía, cartas de familia llenas de ternura en que se da tiempo para recoger cargos, aclarar ideas, decir a cada unò la palabra *privada* que necesitaba, o comunicar experiencias íntimas... Así, a su hermana Vera, le dice: "Bueno, Vera, me creas o no, algo milagroso me está sucediendo. No puedes imaginarte en qué mundo encantado de fantasías y visiones vivo. Estoy escribiendo *Isis*; no escribiendo, más bien copiando y describiendo lo que ella personalmente me hace ver. Palabra de honor, a veces me parece que la diosa de la belleza de los antiguos, en persona, me lleva a través de todos los países de los siglos pasados que tengo que describir... Lentamente, siglo tras siglo, una imagen tras otra, flotan a la distancia y pasan ante mí como en un mágico panorama; al mismo tiempo, yo las voy juntando en mi imaginación e intercalando épocas y fechas, y sé *con seguridad* que no puede haber *error alguno*. Razas y naciones, países y ciudades que han desaparecido desde hace mucho tiempo en las tinieblas del pasado prehistórico, emergen y se esfuman luego, dando lugar a otras; mientras tanto se me dicen las fechas consecutivas..." (Se refiere a *Isis sin velos*, que al aparecer en 1877, en Estados Unidos, se agotó en diez días, siendo recibida como una obra monumental).

No hay como avanzar en la vida y el pensamiento de Helena Blavatsky para darse cuenta de que todo queda por comprender y por decir, como si dentro de cada enigma se abrieran indefinidos enigmas concéntricos. Ella creyó poder prever, en la Introducción a la doctrina secreta: "Durante este siglo, estas enseñanzas serán escarnecidas y rechazadas *a priori*; pero en este siglo únicamente, porque en el siglo XX de nuestra era, comenzarán a conocer los eruditos que la doctrina secreta no ha sido ni inventada ni exagerada; y finalmente, que sus enseñanzas son anteriores a los Vedas". Si la profecía se ha cumplido o se está cumpliendo no nos corresponde a nosotros, y menos aquí, definirlo. Ello no impide reconocer que, en verdad, la más alta ciencia de occidente —física, fisiología, psicología, parapsicología— a menudo estudia hoy, con las más rigurosas técnicas, problemas o asuntos planteados y abarcados por la

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

filosofía oriental o por la ciencia antigua o por la alquimia, y que los propios sabios suelen sorprenderse de la confrontación de resultados, y de cuánto puede haber de verdad científica en lo que por siglos se creyó dominio de la fantasía y de la ambigüedad; más o menos como no ya los poetas como Maeterlink sino los sabios modernos de Occidente se asombran al verificar los conocimientos de los matemáticos caldeos o los cosmógrafos del Nilo.

En fin, para dar alguna idea del poder expansivo de las nuevas doctrinas, y ejemplificando con algo que nos concierne directamente, recuerdo el más o menos importante movimiento teosófico desarrollado entre nosotros, y no sólo en Buenos Aires sino en el interior, incluso en la entonces naciente ciudad de La Plata, en los veinte años últimos del siglo pasado, con la constitución de centros, la publicación de revistas importantes y la afiliación o simpatía de personas de significación intelectual o social (Lugones, Ingenieros, Felipe Senillosa, Alejandro Sorondo...). Repárese en que nuestro país figuraba entonces más bien en la periferia de la alta cultura occidental, y estaba más bien conformado sobre una mentalidad homogénea, de signo definidamente occidentalista, quiero decir sin cultivo previo –como en Estados Unidos– para heterodoxias; este simple dato da una medida de la irradiación de un movimiento que no existía pocos años antes, y que se debe, fundamentalmente, a la acción de Helena Blavatsky, cualesquiera fueran las ayudas que recibiera, y cualquiera sea el juicio final sobre esas ideas desde el punto de vista de la verdad absoluta.

Queden aquí la vida y la obra de Helena Blavatsky abiertas a la verificación, a la conjetura, a la reflexión, nunca a la credulidad o la incredulidad ciegas.

IV. Annie Besant

Annie Wood Besant recibe de Helena Blavatsky no sólo la inspiración teosófica y la disciplina en la investigación de la verdad, sino la vocación para suscitar y afrontar dificultades increíbles, doctrinarias y prácticas. Su dilatada existencia, semejante en años a la de Mary Baker, a quien también recuerda por su capacidad de combate a una altura de la vida en que la casi totalidad de hombres y mujeres apenas vegetan y se sobreviven, ofrece innume-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

rables episodios novelescos que es forzoso reducir a un esquema de rasgos biográficos.

Annie Wood nace en Londres en 1847 y casa a los veinte años con un pastor anglicano, de quien habrá de separarse por asuntos religiosos, aunque conservará el apellido Besant. (En estos matrimonios frustrados se parecen sensiblemente las tres luchadoras; evidentemente, su signo no era el de la felicidad conyugal ni doméstica, sino el de la maternidad de una gran idea). Antes de entregarse a la teosofía, actividad culminante en su vida, se había entrenado en el campo del pensamiento religioso, ético, social; había batallado por el librepensamiento y hasta por el ateísmo, pero no tanto al servicio del materialismo cómo de un espiritualismo depurado; se había enrolado en el malthusianismo, o el socialismo, es decir otras corrientes liberales y cientificistas de la época. Pero su conversión al espiritualismo oriental bajo especie teosófica la aparta definitivamente de su formación religiosa occidentalista, o al menos la lleva al campo en que todas las concepciones religiosas parecen encontrarse en un haz de intuiciones fundamentales, antes de su diversificación por obra de las nomenclaturas y el espíritu de secta. Su fervor de neófito, su consagración en cuerpo y alma al ideal teosófico, la convierten en la discípula predilecta de Helena Blavatsky, al extremo de que al morir Olcott, primer presidente de la Sociedad Teosófica (fundada, como dije, en Nueva York en 1875) queda en la presidencia de la institución (1907); cargo que desempeñará por largos lustros y hasta largamente pasados los ochenta años. Su labor proselitista se extiende a medio mundo y comprende los más variados medios de difusión, desde el coloquio hasta la conferencia y el libro. Ha fundado filiales teosóficas en Francia, Bélgica, Holanda, Alemania, Hungría, Suecia, Noruega, Dinamarca, Italia; ha viajado por Estados Unidos, Australia y Nueva Zelandia difundiendo el programa de la comprensión entre Occidente y Oriente y la unión de todos los credos en su fondo místico común. Naturalmente, la India ha sido el centro de inspiración de sus actividades y su lugar de más acendrada acción, a partir de su viaje inicial en 1893. Detengámonos un instante en imaginarnos a esta inglesa poseída de espíritu universalista, entregada a reavivar en la India o en Birmania las religiones milenarias; el induísmo,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

el zoroastrismo, el budismo, con el doble fin de hacerlas estimar y sentir por los propios orientales y hacerlas conocer y respetar por los occidentales. Porque ni Helena Blavatsky ni Annie Besant quieren fundar una nueva religión ni destruir las existentes, sino destacar los supuestos básicos de toda religión, es decir, la paternidad divina y la fraternidad humana que subyacen en todas las llamadas grandes religiones. Por otra parte, y ya en un orden más concreto, la restauración de los viejos cultos habría de reportar para la India, en el pensamiento de Annie Besant, un poderoso estímulo para la recuperación de la conciencia nacional, es decir para la liberación política de la secular colonia europea. Esta inglesa orientalizante y anticolonialista, despliega una extraordinaria labor y queda ligada a las luchas que culminan con la independencia de la India. Aunque este aspecto adjetivo de su actuación no nos interesa especialmente aquí, no se puede omitir que actúa a la par de los más importantes personajes de la autonomía, cuyos ideales defiende desde su revista *Commonwealth* y el diario *New India*, predicando un acercamiento indo-británico y apoyando el nacionalismo indio.

De esta faz de su actuación se ha dicho "que acaso superaba en elocuencia y vituperación al mismo Tilak, es decir el campeón de la autonomía" (Fischer: *La Vida del Mahatma Gandhi.*) Es, naturalmente, multada, amenazada, recluida y privada de toda acción; alterna, naturalmente, con Gandhi (con quien disiente sobre la campaña de desobediencia) y demás jefes de la resistencia a la dominación británica, con quienes publica el *Manifiesto de los dirigentes*; es designada presidenta del Consejo Nacional Indio, etc. Por este aspecto de su tesón ha merecido inmensas recompensas, desde ser recibida al salir de su reclusión, en Bombay, bajo una lluvia de flores hasta estas palabras del Mahatma Gandhi: "Es una mujer de carácter superior, noble propósito, incesante energía y voluntad indomable. Ama la India con la devoción de una hija. Su actividad y esmero causan nuestra envidia; su valor nunca brilló más intensamente que cuando, a riesgo de perder su popularidad, se opuso a la no-cooperación. ¡Que viva muchos años para servir a la India y a la Humanidad!".

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Otra faz de su actividad en el orden de lo positivo y no sólo

de lo espiritualista es su labor educativa. Annie Besant creía, como creían muchos dirigentes indios, que era posible y útil congeniar los métodos occidentales de enseñanza con los principios éticos orientales. En esta línea, impulsó la creación de institutos y escuelas en los que se sustituyeron los profesores y misioneros europeos por maestros indios apoyados en sistemas pedagógicos occidentales; bajo esta inspiración, cientos de escuelas se abrieron en Ceylán, al cuidado de teósofos budistas, y en la India, al cuidado de teósofos hindúes.

Volviendo ahora a su función de agente espiritualista, situémosla en su casita de los Sabios de Benarés, Shanti Kunja, morada de paz, templo de sabiduría, donde funciona asimismo la Sociedad Teosófica. El escritor Pierre Loti visita esta casa, y en su libro *La India* la describe y canta. Nos dice, por ejemplo: "Sus huéspedes, de graves y hermosos rostros, como Cristos de bronce de negras cabelleras, nos acogen con plácidas sonrisas, hablando bajo. Sus dulcísimas miradas parecen siempre sin interés, dirigidas a todos y a lo alto, al mundo astral, sin duda, hacia donde sus almas anticipadamente casi han volado ya... En esos sabios de Shanti Kunja la materia del cuerpo terrestre debe ser menos pesada y menos opaca que la nuestra; por un largo atavismo de meditación y de plegaria, han de haber adquirido delicadezas y hasta sutilezas de percepción desconocidas para nosotros; y, sin embargo, dicen con modestia: No sabemos nada, apenas comprendemos nada; solamente procuramos instruirnos." En este ambiente, para concluir el recuerdo de Pierre Loti: "Una mujer, una europea, escapada del torbellino occidental, ha tomado sitio y se ha impuesto altamente entre ellos. Encantadora aún de rostro, bajo su cabellera blanca, vive aquí desprendida del mundo, con los pies desnudos, frugal como la esposa de un brahman y austera como un asceta."

Pero la plegaria y la meditación, la alta investigación y experiencia de la verdad, forman uno solo de los aspectos de la personalidad de la doctora Besant; el otro, el externamente más representativo, es el de esa incesante energía e indomable voluntad de que hablara Gandhi. Aquí aparecen sus conferencias, sus libros, sus artículos, la fundación de centros teosóficos, el proselitismo espiritualista, el esfuerzo por revivir la vieja filosofía perenne, la

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

sabiduría semidormida pero connatural al Oriente. Menciono algunos de los títulos de sus libros: *Cristianismo esotérico, Sabiduría antigua, Genealogía del hombre, Nociones de teosofía, Las siete grandes religiones, El poder del pensamiento, Doctrina del corazón, La nueva civilización, Hacia el templo, La sabiduría de los Upanishadas, La evolución de la vida y de la forma, Introducción al Yoga, Los tres senderos de perfección, Las leyes de la vida superior. Estudios sobre la conciencia,* amén de trabajos en colaboración con Leadbeater, como *El hombre, ¿de dónde y cómo vino, adónde va?* y *Formas de pensamiento.* Pero libros, conferencias, infinitos artículos en *The Theosofist,* o la fundación de centros teosóficos, no dan todavía una idea de la actuación de Annie Besant, aun sumándole su acción de luchadora política y de educadora. Hay todavía otros planos de la esfera religiosa en que ejerció influencia o en que dejó señales de su polivalente magisterio. Me refiero a un solo episodio de fe y de lucha entre los varios que le cupo afrontar a esta mujer en cuya vida pública, como en las de Helena Blavatsky y Mary Baker, no faltan ni los conflictos internos ni los conflictos externos, y a veces ni los conflictos con las propias autoridades. Se trata del caso Krishnamurti, es decir el pensador ilustre que ha recorrido varias veces el mundo entero predicando una alta filosofía espiritualista (y que hace ya largos años trajo a Buenos Aires, como traerían Rabindranath Tagore o Jinarajadasa, los primeros mensajes de Oriente, como precursores de esa comprensión que cada día esperanza más a ambos mundos). Pues bien: el nombre de la doctora Besant aparece, por años, vinculado al reconocimiento del alto rango de aquella personalidad espiritual, desde los días en que el niño Krishnamurti y su hermano Nytia fueron adoptados por los europeos Annie Besant, Leadbeater y Wood y educados bajo su dirección, lo que originaría una eventual oposición de sectores adversos y una secuela judicial llena de disgusto.

En la imposibilidad absoluta de examinar siquiera mínimamente la obra escrita de Annie Besant, optaré por leer unas cuantas palabras en las que invita al estudiante a mantenerse alerta sobre las verdades o nociones recibidas por vía de autoridad o de información y no de experiencia personal. Decía la ilustre predicadora: "Existe una peligrosa tendencia en la Sociedad Teosófica y es la

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

de presentar como terminantes libros que son el resultado de observaciones, en vez de utilizarlos sólo como material de estudio. No debemos aumentar el número de ciegos creyentes que ya es numeroso, sino el de estudiantes sanos, sobrios, que forman pacientemente sus propias opiniones y educan sus facultades. Usad vuestro propio sentido común al examinar cada observación que se os somete; examinadla tan cuidadosamente como os sea posible; criticadla tan ampliamente como podáis. Hacéis pobre servicio cuando convertís a los estudiantes en pontífices que repiten mecánicamente, insistiendo en que son ciertas, proposiciones que no sabéis si son verdaderas. Además, una creencia ciega es un camino que conduce a un ciego escepticismo: colocáis a un estudiante en un pedestal y ruidosamente proclamáis que es una especie de profeta, a pesar de sus protestas; y luego cuando os dais cuenta de que ha cometido algún error en su exposición, como él os advirtió que podía acontecerle, lo derribáis a vuestros pies. Así lo castigáis cuando lo que deberíais castigar es más bien vuestra ceguera, vuestra propia estupidez y vuestra ciega ansiedad de creer". (*The Theosofist*, 1949). He aquí cómo concebía esta predicadora tan respetada los propios límites de la predicación, es decir la inviolable responsabilidad personal del estudiante, la libertad moral del investigador, la honestidad intelectual del buscador de la verdad. Esas palabras parecerían un eco del libre examen del protestantismo en el que Annie Besant misma se criara, si no fueran a la vez expresión de las escuelas orientales de experimentación con la verdad, lo mismo en Hamakrishna que en Gandhi o en Krishnamurti. Esta gran luchadora muere ya bien avanzado nuestro siglo, y merece el honor de haber llevado adelante las ideas universalistas de Helena P. Blavatsky y haber aplicado su prodigiosa energía a la vez a nobles causas temporales. Sólo agrego que esas palabras valen por una advertencia para propios y extraños, quiero decir para quienes desde fuera pueden confundirse sobre lo que la teosofía tenga de dogmatismo, y para quienes desde dentro de los institutos teosóficos pueden exagerar el autoritarismo sea de la Sociedad Teosófica sea de los expositores más consagrados.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

V. MARY BAKER EDDY

¿Por qué de las tres vidas que estudiamos, la más riesgosa de

presentar es la de Mary Baker, si es difícil decir que una de ellas sea más novelesca o fascinante que otra; si todas están cargadas del más alto potencial novelístico y periodístico, de la misma sugestión de inverosimilitud y fantasía? Tal vez porque su acción y figura es la más cercana a nosotros, la más occidental, pues sus ideas no sobresalen del marco del cristianismo y por tanto hieren como convulsión interior el ámbito doméstico de Occidente. En fin, por ser su acción eminentemente exotérica, y no esotérica como la de Blavatsky o Besant, Mary Baker suscitó demasiadas luchas en el plano visible y tangible, como que pretendió conquistar multitudes indeterminadas y recurrió, para imponer sus ideas e ideales, lo mismo a la persuasión evangélica que al libro, el periódico o la escuela propios, o a los tribunales comunes persiguiendo a apóstatas o impostores. La existencia apasionada de Mary Baker se teje demasiado a nuestras propias pasiones de espectadores, y perturba el equilibrio que se quisiera para el biógrafo o el sociólogo. Las piezas documentales o testimoniales son todas conocidas, de modo que el problema no es de lagunas de información, sino, paradójicamente, de exceso de información y trasparencia, desplazándose la controversia hacia algo más profundo: la interpretación de ese material prácticamente clausurado, la comprensión de esa vida tan agudamente perfilada sobre su tiempo. Pero ¿quién posee la escala de valores, el secreto de la unidad de medida, la ecuanimidad de un espectador químicamente puro?[4] Este es también el problema con Mary Baker. Además, su estilo personal no fue el de la dulzura seráfica, sino el de la voluntad ígnea; a lo largo de su proselitismo siembra anatemas y no perdones infinitos para los disconformistas de su disconformismo; su propia persona está demasiado implicada en sus doctrinas y su acción, pues para nada aparece como un

4 En una revista de altos estudios de este tiempo, dos investigadores en campos distintos —un filólogo y un historiador de la economía— anotan, independientemente, esta contradicción de la ciencia moderna: la desproporción no entre lo que el hombre puede conocer y la magnitud de lo desconocido, sino entre lo que el hombre quiere conocer y la magnitud de lo conocido. El filólogo dice: "Las 'terrae incognitae' no están en las tinieblas del pasado, sino en las bibliotecas en torno a nosotros (en la luz encuadernada, habría podido completar). De ahí el interés por buscar 'modos de entender', más bien que hechos nuevos o inéditos". El economista dice: "No se trata de aportar elementos y hechos nuevos para el esclarecimiento de este problema. Los historiadores nos proporcionarán un legajo importante, que podemos hojear. Sí, sólo hace falta tiempo para hojear, pero, sobre todo, para reflexionar sobre lo hojeado, para entender.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

mensajero impersonal, aún incorporal, del nuevo credo, y si recibió "inspiraciones", como nos dice, las recibió en el fragor de la lucha y están como alcanzadas, vibradas por la necesidad de sobrevivir en la nueva fe [5].

La más sumaria, la más desapasionada exposición de la vida de esta mujer no se salva del riesgo de disgustar por exceso o por defecto, por credulidad o por incredulidad, como si la objetividad se alejara particularmente en este caso, porque lo divino y lo humano se entrelazan en esta figura a la vez tan concreta y tan mitológica, o en que la más exacta biografía no se puede salvar de una sospecha de novelación.

Hecha esta salvedad, procuraré un resumen mínimo de los hechos de esa vida, para más bien demorarme los minutos que sustraigo a esa vida, en la obra y doctrina.

Nace Mary Baker en 1821 en el Estado de New Hamshire, en el hogar de un granjero, la menor de siete hermanos. Enfermiza, frágil, sensitiva, es educada en el hogar bajo la guía de un hermano mayor. En 1843, a los 22 años, casa con Washington Glover, comerciante. Al año y medio enviuda, pues muere Glover de fiebre amarilla, por lo que ella vuelve al hogar paterno sola, pobre y encinta. Sigue tan crónicamente enferma que el hijo —el único que habrá alumbrado— es adoptado por su niñera y no habrá de vivir nunca con su madre. Recurre para curarse al auxilio de la medicina, la curandería, los magnetizadores, los espiritistas. En 1853, a los 32 años, casa con el dentista Daniel Patterson, que cae prisionero durante la guerra civil (1863) y permanece cautivo hasta el

5 Podría decirse que en el caso de Blavatsky la dificultad deriva del exceso de pananormalidad o de misteriosidad que rodea esa existencia, la constante confusión entre lo visible y lo invisible, mientras en el de Baker la dificultad reside en la excesiva humanidad del protagonista en relación con lo que se supone la sobrehumanidad de la misión que le fue deparada.

Otra diferencia: la persona de Mary Baker está demasiado identificada con su sistema religioso, como para que juzgar su vida, y aun meramente exponerla, no pueda prestarse a dificultades sobre todo cuando no se trata, aquí, de enjuiciar tal sistema, sino de mostrar la gravitación de una vida individual sobre un contorno social. La materia de esta vida está demasiado candente y su doctrina es demasiado personal.

En el caso de Blavatsky parecería como si su persona pudiera ser reemplazada por otra con aptitudes generales para esa misión, ya que su doctrina, es, por definición, eminentemente impersonal, tan impersonal como la sabiduría misma, y, en otro sentido, ella jamás ocultó que recibiera sus mensajes de uno o varios maestros no visibles para el común de los mortales, y nunca escatimó buscar colaboradores no para una misión personal sino impersonal.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

fin de la campaña; se divorcia en 1873 tras un matrimonio desdichado. En 1866, tullida desde hace muchos años a causa de parálisis en la médula espinal, según testimonio de su propio esposo Patterson, recurre a las curaciones semimilagrosas del médico Phineas Pankhurst Quimby, ex relojero improvisado médico a la sombra de un francés discípulo de Mesmer, y por tanto en la línea de la medicina extraacadémica. Confiesa Mary Baker al médico: "Mi enfermedad es crónica, no puedo darme vuelta, ni nadie puede moverme... Soy presa de tormentos indecibles, por favor sálveme". Le pregunta si podrá llegar a su residencia sin morir de las consecuencias del traslado, y emprende el viaje en busca de la salud. Y comienza su recuperación. Consigno estas circunstancias para hacer resaltar el camino espiritual que habría de recorrer quien se convertirá en el más tenaz sostenedor de la inconsistencia radical del cuerpo y de la materia, y de la curación absoluta por el espíritu.

Se dice entonces que poco a poco sus estudios y experiencias cristalizan en un cuerpo de doctrina psicológica, en una ciencia de la mente que va más allá de todo pensamiento metafísico conocido. Sobre todo, al reponerse de una caída, la lectura del capítulo noveno de Mateo, según el cual Jesús ordena a un paralítico levantarse y andar, la impresiona tenazmente. Ponderando ese pasaje, se convence de que la vida no está compuesta de sustancia material, y que Dios, poder espiritual que rige el universo, es incapaz de mal y no puede por tanto ser responsable de enfermedades. Se levanta, curada de sus malestares y de la debilidad que la había agobiado toda su vida. Está convencida de que Dios opera a través de una ley inmutable. Volviendo a leer la Biblia, halla un nuevo sentido de muchos pasajes. Prosigue sus estudios por tres años y comienza escritos que cree inspirados por Dios. Prueba curaciones siguiendo la ley científica de causa y efecto, y tales demostraciones de resultados positivos (en una muchacha de trece años con tuberculosis, en un demente, etcétera) la persuaden de haber descubierto una gran verdad. Comienza a enseñar. Publica en 1875 —el mismo año en que Helena Blavatsky funda en Nueva York la Sociedad Teosófica—, a los 53 años, la primera edición de su libro de texto *Ciencia y salud* (*Science and health*), al que agrega en 1883 un comentario a la Biblia: *Llave de las Escrituras* (*Key to the Scriptures*). Su

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

enseñanza se extiende lentamente y no sin variadas dificultades. Uno de sus alumnos, Asa Gilbert Eddy, vendedor de máquinas de coser, resulta su tercer marido (1877) y el primer curador (*healer*) que se llamó "practitioner" de la Ciencia Cristiana; muere en 1882 dejándola viuda, y, además, ante la prueba máxima, que era la muerte para quien sostenía que la muerte es una ilusión, una mentira de la vida en la materia, lo contrario de la vida. y que "toda evidencia material de la muerte es falsa, porque contradice los hechos espirituales del ser" (*Glosario*). La decisión de instaurar una nueva Iglesia parece no haber estado originalmente en el pensamiento de Mary Baker, y resulta la etapa final de un proceso que comienza con enseñanzas particulares, luego la organización de un instituto, la formulación de un cuerpo de doctrina, etc. Las primitivas reuniones de los "cientistas" tenían lugar los domingos por la tarde a fin de no entrar en conflicto con los servicios de los cultos organizados; el propósito era pues trabajar dentro de las iglesias cristianas establecidas. Pero en 1879 la "Iglesia de Cristo, Cientista", fue registrada bajo las leyes de Massachusetts, a fin de proteger la doctrina de la fundadora de la contaminación de los imitadores. Y dos años más tarde se fundaba el Colegio Metafísico de Massachusetts (Massachusetts Metaphysical College), en el que enseñó la nueva doctrina a varios millares de alumnos antes de desbandarse la nueva institución en 1889. Por entonces, el crecimiento de las nuevas ideas y su institucionalización en textos consagrados y en templos, atrajo un movimiento inverso. Seguramente, no era tanto el aspecto doctrinario como el práctico el que empezaba a preocupar a ciertos sectores de la población. Por una parte, los colegios médicos no veían con buenos ojos la nueva terapéutica que se abstenía de drogas, cirugías, vacunas, y procuraron obtener legalmente la prohibición de la actividad de los "practitioners"; por otra, el sectarismo de los fieles de otras denominaciones, cierta parte del periodismo, o actitudes individuales como la de Mark Twain convertido en fiscal implacable del nuevo movimiento. A pesar de las críticas, a pesar de renovadas disidencias y segregaciones dentro del grupo, a pesar de pleitos o amenazas de pleitos, Mary Baker prosigue su obra. Hacia 1895, los fieles han edificado la Iglesia Madre en Boston, construcción ambiciosa y poderosa, y Mrs. Eddy ha escrito

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

el *Manual de la Iglesia Madre* que contiene los estatutos que han regido sin la menor desviación hasta hoy. Después de tantas luchas, Mary Baker recibe inmensos homenajes, aunque, es cierto, hasta sus últimos días diversas dificultades no dejan de sombrear el esplendor de la apoteosis. En fin, para quien ha negado, o querido restringir como nadie o casi nadie nunca, el sentido y la realidad de la muerte, ha llegado el momento de recuperar la espiritualidad absoluta, de *pasar* o *seguir*, si no se quiere decir "morir". A fines de 1910, a los 89 años y medio, la criatura que siempre había aparecido frágil y enfermiza y que por largos años había estado postrada, deja este mundo, después de haber dado ejemplo de una de las más potentes voluntades que reconoce la historia.

Pero ¿cuál es la doctrina fundamental de esta nueva fe lanzada al mundo? La nueva teología no es mayormente abstrusa, sino más bien sencilla: Dios es Todo; la materia es ilusión. ¿Pero cuántas otras religiones, o escuelas espirituales, profesan este mismo principio: la realidad única de Dios, la irrealidad de las sustancias corporales? Allí está sin embargo toda la mística y toda la metafísica del sistema. Pero ¿es todo? No, pues la Ciencia Cristiana, aunque sustente que la materia es ilusoria y por tanto que el cuerpo humano es ilusión, no deja de preocuparse por esa ilusión universal, por la connaturalidad de esa ilusión y la humanidad, y por tanto no se limita, como otras escuelas cristianas, o extracristianas, a poner el acento sobre la verdad religiosa esperando que la ilusión materialista o corporalista se disuelva por añadidura, sino que se impone el deber de asistir al creyente en sus necesidades y oscuridades de salud no sólo espiritual sino mental y física.

En este sentido, profesa, fundamentalmente, una medicina correlativa a su teología: la curación por la oración, verdad cristiana también tradicional (cf. el célebre cuadro de Rembrandt, entre tantos testimonios: Cristo curando por la oración). Es decir que tanto el aspecto teórico de este sistema religioso (Dios es todo, la materia es ilusión) como el práctico: la curación por la fe u oración cuando la incredulidad o el error han traído el mal, son compartidos por otros sistemas. La novedad, la originalidad de la Christian Science, debe estar pues en la combinación de verdades teóricas y prácticas, y en los procedimientos, textos y ceremonias. Insisto:

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

que la materia es ilusión, por ejemplo, es doctrina corriente hace miles de años en filosofías orientales, y podría traer aquí muchos textos para probarlo. Pero la Ciencia Cristiana tiene un método distinto de la Ciencia Yoga para vencer la resistencia de esa ilusión, es decir del mundo de las materias o apariencias. La Ciencia Cristiana dice: Dios, o la mente infinita, o el universo espiritual, o el Principio (una de sus terminologías predilectas), es la única realidad, y el recto conocimiento de que Dios es perfecto y sólo puede crear perfección, y que todo lo que es menos que perfecto no es Dios y por tanto no puede existir en verdad por fuertemente que impresione nuestros sentidos externos, destruye la creencia en el mal, con la consiguiente paz, armonía, amor. La Yoga dice: para salir de la ilusión de las cosas aparentes, perecederas, transitorias, es decir de Maya, para advenir a la plenitud del Ser que trasciende el devenir, se debe seguir un largo método de ascesis, obteniéndose, a través de ocho momentos de ejercicios severos que comprenden la purificación del cuerpo y de la mente, fundirse en lo eterno, en lo infinito, en la unidad. Esta referencia al yoguismo la hago incidentalmente, pues no corresponde aquí examinar las coincidencias entre el pensamiento filosófico-religioso de Mary Baker y la ortodoxia cristiana o las escuelas orientales.

Como en toda religión, pueden distinguirse los aspectos teológico, místico, ético, social, institucional, etc. En cada uno de estos aspectos, la Christian Science ofrece caracteres comunes y caracteres diferenciales respecto de otras religiones, cultos, sectas. Entre lo más novedoso, desde el punto de vista externo, se halla su afirmación de la posibilidad y el deber de un "conocimiento científico" de Dios; ya en ello hay un signo del siglo, siquiera en el lenguaje. Entiendo que nunca antes se habló de un tal conocimiento *científico*, aunque, desde luego, la palabra "ciencia" es tan vieja como la cultura de Occidente; y que si bien no puede pretenderse que se haya pensado en un conocimiento "experimental" de las cosas divinas, la palabra no deja de tener el eco de un conocimiento positivo, riguroso, y no fantástico o ampuloso: una teología no escolástica sino con el rigor del pensamiento en el siglo XIX (El adjetivo "científico", o "cientista", aplicado a conocimientos de orden moral, no parece haber sido exclusivo de la "Iglesia de Cristo, Cien-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

tista", pues hacia 1875 hallo una publicación, *Spiritual Scientist*, en la que colabora precisamente Madame Blavatsky, y ciertamente no en la línea de Mrs. Eddy. De todos modos, no corresponde examinar aquí la propiedad o impropiedad de la nomenclatura, lo que haya o no de "cientista" o "científico' en las nuevas enseñanzas acerca de la naturaleza y designios de la Divinidad).

En segundo lugar, la afirmación de que ese conocimiento cientista de Dios comporta el aniquilamiento de todas las causas de infelicidad individual o social. Mary Baker sostiene que así como en matemática la suma de dos y dos siempre resulta cuatro, la ley metafísica, interpretada correctamente, conduce a un resultado igualmente inexorable y predecible. Por tanto, el cientista no ve nada milagroso en las operaciones curativas de Dios, ya que la cura resulta de la comprensión científica de Dios y de la fiel aplicación de su ley, ley que no sólo enmienda los desarreglos físicos y biológicos sino sociales, como la guerra, la hambruna, la pestilencia, los celos, el odio, la muerte.

Este aspecto terapéutico o medicinal derivado del conocimiento recto de Dios; esta incorporación del "curador" ("healer" o "practitioner") como una pieza casi inexcusable y seguramente elemento fundamental de proselitismo, hace de la "curación por la fe" prácticamente un sinónimo de la Ciencia Cristiana. Se sostiene y se cree que toda enfermedad o deterioro físico o mental, lo mismo cáncer que tuberculosis, poliomielitis que huesos quebrados, o la fealdad o deformidad física, pueden ser curados por esta vía, o mejor sólo por esta vía. La aplicación correcta de la Ciencia borra todo mal, dislocación, infelicidad, lo mismo en la profesión que en el matrimonio, la familia, la organización social o los cataclismos naturales, porque, obviamente, todos estos aspectos negativos nacen de la creencia errónea en la materia y no en la única realidad, Dios, la perfección misma. Es, por una parte, la vieja doctrina, lo mismo de Cristo que de Buda o de Sócrates: la ignorancia, causa del mal, del pecado, del vicio, de la desgracia. Es, por otra parte, la vieja doctrina de la fe que mueve montañas, que hace caminar sobre el mar, que cura la parálisis o la demencia. (Si no se quiere hablar de viejas doctrinas sino de experiencias modernas, y no el lenguaje de la Ciencia Cristiana sino de un sabio premio Nobel

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

y católico, se puede recordar el escrito de Alexis Carrel sobre *La plegaria –La Prière–* además de su libro *La incógnita del hombre* donde asimismo se mencionan casos de graves enfermedades curadas instantáneamente gracias a la oración del propio enfermo o de otro creyente).

En concepto de la Ciencia Cristiana, todas las drogas, medicinas, licores, tabaco o cualquier costumbre que pueda llegar a esclavizar al hombre, como los celos o las obsesiones, han de ser descartadas, para que el amor de Dios penetre en la mente. Dios, que es perfecto, ha hecho al hombre espiritualmente perfecto, y sólo se trata de remover lo que impide que el pensamiento se eleve a fines constructivos. No raramente los cientistas deben afrontar conflictos entre el Principio, es decir la ley divina, y los hábitos de la comunidad o la ley comunal. Los cientistas no conceden crédito, por ejemplo, a las vacunaciones, inoculaciones o exámenes físicos de la salud. Pero he aquí que el Gobierno Federal exige un certificado de vacuna para re-entrar al país luego de un viaje, u obliga a los soldados a someterse a una batería de inoculaciones. De hecho, los cientistas procuran cumplir la ley, salvando la libertad de conciencia. Para el parto, por ejemplo, se recurre al médico, pero no para usar la medicina, sino sus habilidades. Algunas cientistas trabajan para la Cruz Roja, pero no aceptan sangre prestada ni manipulan remedios. Algunos usan anteojos; algunos consultan al dentista; pero sólo pocos, en raras oportunidades, recurren a paliativos de sus dolores agudos. El ideal absoluto es la confianza en Dios, o mejor el conocimiento.

Pero este acto de conocimiento de Dios es eminentemente individual, lo que involucra una concepción propia del ministerio o sacerdocio. En la Christian Science no hay predicadores ni misioneros. Los fieles son atraídos por la verdad metafísica de que sólo el bien es real, o por la verdad práctica de las curaciones por la fe. El dominio de la Ciencia se obtiene por una cierta ascesis: oración, estudio, cercana asociación con Dios. La actividad gregaria o eclesiástica es, pues, mínima: ni sociedades de hombres o mujeres o jóvenes, ni reuniones sociales, ni coro. El templo es sólo para veneración y estudio: ni bodas ni funerales dentro del sagrado recinto. Un servicio dominical, con lectura de la Biblia y del texto de la

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Ciencia Cristiana, es decir del libro de Mary Baker; una reunión el miércoles a la noche para testimoniar públicamente los cambios en las vidas individuales gracias a la aplicación del divino Principio. Cada templo sostiene una sala de lectura, abierta diariamente para el estudio de literatura provista por la iglesia. Asociado a cada congregación hay al menos un "practitioner", es decir un profesional que ayuda a los cientistas, o a los no-cientistas interesados, a encontrar y aplicar la verdad en la propia vida. Digo de paso que no es indispensable que los pacientes vean al "practitioner" profesionalmente, sino que les basta ser oídos; el curador los asiste y ora con relación al problema. La Ciencia no reconoce limitaciones de espacio y tiempo, pues tiempo y espacio, sostiene, son creaciones del hombre y no existen realmente. El dinamismo de esta curación *en ausencia* no resulta, empero, de una trasferencia de pensamiento, sino de una cooperación espiritual entre curador y paciente por la cual ambos logran que la verdad se imponga al error de pensamiento que ha causado una imperfección de desarrollo. Naturalmente, para esta doctrina la muerte no existe: los cientistas no la reconocen en la medida en que se la reconoce vulgarmente. Por cierto, se celebran funerales en las capillas mortuorias o los hogares, usualmente con lecturas de la Biblia y escritos de Mary Baker, pero lo importante es que para ellos la vida es indestructible, por lo que la "muerte" no es más que un pasar a un más alto plano de la existencia, invisible [6].

He sintetizado en cuatro rasgos una larga existencia surcada de episodios inverosímiles, como ya dije, y apenas he podido aludir a las proposiciones capitales de una doctrina desarrollada con

[6] He aquí las grandes fechas en la historia de Christian Science, o sea el proceso de su integración:

1821: Nacimiento de Mary Baker.
1866: Mary Baker-Eddy descubre los principios de la Ciencia Cristiana.
1875: Primera edición de *Ciencia y salud*, texto fundamental.
1879: Se organiza la Iglesia de Cristo, Cientista, en Charleston, Massachusetts, trasformada luego en Primera Iglesia de Cristo, Cientista, de Boston, o Iglesia Madre, en 1892.
1883: Primer periódico de la Ciencia Cristiana, el *Christian Science Journal* (antes bimensual y ahora mensual).
1895: Aparece el *Manual de la Iglesia Madre*, estableciendo los procedimientos permanentes para el gobierno de la iglesia.
1908: Primera edición del diario *Christian Science Monitor*.
1910: Deja este mundo Mary Baker-Eddy. El Consejo de Directores de la Christian Science asume la dirección del movimiento.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

extensos fundamentos a través de escritos apologéticos. De todos modos, lo que aquí interesa, como representativo de la acción de la mujer en el siglo XIX, no es tanto la riqueza de episodios de esa vida, o el análisis de las contradicciones reales o aparentes que han solido señalarse, o el detalle de la exposición o argumentación, como la fuerza innovadora o renovadora en el campo del pensamiento, de la cultura, de la vida social o individual. Por identificada que esté la persona de Mary Baker-Eddy con la Christian Science, lo que queda en el orden de lo sensible es un cuerpo de doctrina teológico-filosófico-científica y una institución de proporciones que no sólo trascendió el circuito de provincia en que se desarrollara inicialmente sino el horizonte nacional para alcanzar mayor o menor relieve mundial. Seguramente, compete a los psicólogos y a los sociólogos explicar qué correspondencia hubo entre las doctrinas de la fundadora y cierto estado mental de sus contemporáneos, es decir en qué medida Mary Baker actuó como catalizadora de un estado de conciencia difuso, y en qué medida ella misma recibe cierta herencia de ideas y de experiencias mentales y las lleva adelante, las canaliza o las trasmuta. En qué medida ciertas corrientes en boga como el magnetismo, el mesmerismo, el ocultismo, el hipnotismo, el espiritismo o ciertas tesis o prácticas orientales que entonces circulaban más o menos abiertamente por los Estados Unidos —y a las que la propia fundadora se refiere en sus escritos para refutarlos o para puntualizar la diferencia con sus propias concepciones— habían creado una predisposición popular para aceptar nuevas hipótesis sobre la estructura de la vida mental y su relación con la vida corporal.

Por lo demás, durante el siglo XIX había continuado el proceso de disociación dentro del gran tronco cristiano, y se habían multiplicado las sectas, iglesias o "denominaciones" gracias a una especie de hipersensibilidad o susceptibilidad extrema para la materia dogmática o litúrgica o meramente verbal, a un individualismo anárquico que hace que al llegar a su culminación ese proceso se registren, en Estados Unidos, según un censo religioso reciente, unas 260 "denominaciones", es decir grupos religiosos más o menos institucionalizados, sin contar algunos excluidos y otros no considerados técnicamente, por así decir, "denominaciones", como las co-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

fradías arcanas, herméticas, o más filosóficas que religiosas. (Esta sectarización religiosa, o al menos cristiana, es la que lleva en estos años del siglo xx, en cambio, a afrontar la tentativa inversa: reunificación de iglesias o sectas, evidente dentro del protestantismo, para no aludir a las tentativas mayores como la tendencia a reunificar católicos, protestantes y ortodoxos por ejemplo en el Concilio Ecuménico proyectado).

Pero la Iglesia fundada por Mary Baker, si bien queda comprendida en ese proceso general de disgregación dentro del protestantismo, no es la que aparece provista de menos lógica externa, siquiera; no aparece fundada meramente en una controversia verbal, o un matiz dogmático infinitesimal, o un aspecto puramente místico. Hay un volumen de afirmaciones de doctrina y conducta, y, sobre todo, de implicaciones éticas y prácticas que, sin desentroncar de la gran corriente cristiana, ofrece cierta novedad de configuración, de sistematización, de presentación. La tenacidad en repetir que Dios es todo, la materia nada; el contenido y estilo de las ceremonias; la no sacerdotalización; la lectura de la Escritura y de los escritos de la fundadora prácticamente a la par; la abstención de prevenciones higiénicas y de atenciones terapéuticas, tiene novedad de formulación, si no tiene novedad doctrinaria absoluta (supuesto que algo se pudiera innovar decisivamente en el pensamiento religioso de la humanidad).

Y así, los templos que ya en vida de Mary Baker se levantaban en honor de la fe de que fuera fundadora, han seguido multiplicándose desde entonces. Para apelar a unos pocos datos, consigno que al dejar este mundo Mrs. Baker-Eddy, había 1100 ramas de la Iglesia Madre en Estados Unidos y 130 fuera del país, en tanto que en 1958 son 2400 las ramas en Estados Unidos y 750 en el extranjero. En fin, para concluir con algo que nos concierne y que quita al tema cierto aspecto abstracto o lejano: en la propia ciudad de Buenos Aires se levantan tres templos de esta religión.

He aquí la obra de una mujer del siglo xix.

VI. Recapitulación: hacia el siglo xx

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

En el friso de mujeres ilustres del siglo xix, que es quizás como decir el que ha producido mayor número de mujeres valiosas, o en

que lo femenino ha dejado de ser meramente una categoría emotiva, erótica, sexológica o vagamente esotérica, para acendrarse en personalidades insignes; en ese friso en que lo femenino, lo mujer, se sublima sin perder su especificidad, cada una de las tres mujeres que estudiamos es ella y ninguna otra, cada una tiene su color propio dentro del dibujo que las reúne. Son mujeres absolutamente inconfundibles por sus vidas, sus luchas, sus andanzas, sus ideas, su triunfo, su posteridad.

Durante el siglo XIX vivieron en Occidente millones de mujeres piadosas y espirituales; sólo una de ellas fundó una religión nueva que ha tenido millones de fieles, y sólo dos de ellas hicieron conocer una antigua escuela oriental de pensamiento y conducta. La extraordinaria rareza de esta probabilidad habría exigido una condigna rareza de análisis. Quizá lo que deba hacerse en estos casos es presentar silenciosamente los hechos, hasta que llegue el tiempo de comprender lo que diferencia lo causal de lo casual.

Llegado aquí, aunque lo opuesto a mi obligación en este momento es aparecer en cualquier proselitismo teosófico o cristianocientista, pues debo portarme bien como sociólogo siquiera aficionado, no puedo dejar de emocionarme al contemplar a estas tres mujeres fieles a su idea fija, estas tres hermanas tenaces de la raza cuya obra y testimonio es tan difícil de apreciar desde el canon de la verdad absoluta que tan pocos en este mundo atisban. La emoción en sí no es anticientífica, salvo que se la confunda con el método. Las tres creían que este mundo que tanto parece ocuparnos es irreal, es apariencia, es Maya; quizá por eso mismo más cautivante, más paradójico el espectáculo de estas tres hijas de la voluntad cósmica andando y luchando en esta casi nada o nada menor, que es para ellas el mundo y sin embargo tan difícil de moldear, de reducir a nada absoluta para que resplandezca la verdad y la beatitud.

Seguramente, en este siglo XX del todoposibilismo, parecería menos rara la figura de esas revolucionarias. Por el distinto tono mental (consecuencia en alguna parte de la prédica y vida de esas mismas mujeres); por la liberación alcanzada en otros órdenes por la mujer; por la creciente idoneidad de la mujer en el campo especulativo. Hoy no llama tanto la atención que Alejandra David-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Neel sea autoridad en budismo tibetano; que Marise Choisy sea autoridad en yoguismo; que Mary Johnston brille en la literatura sobrenaturalista; que Alice Bailey haya desenvuelto una importante labor en el dominio arcano. Y, no obstante, es muy posible que se pueda decir que no sólo todo otro siglo de la historia sino que el propio siglo XX —que es el de la mujer, y en el que puede decir que nada de lo humano y lo divino escapa a su apetito de conocimiento y acción— no ha conocido hasta hoy personalidades femeninas de relieve semejante, ni procesos religiosos o espiritualistas como los impulsados por estas mujeres, restauradoras, renovadoras, reformadoras, fundadoras religiosas o como quiera considerárselas.

Contemporáneamente a ellas, se desenvolvían otros varios movimientos religiosos, o filosófico-religiosos, o científico-religiosos, o distintas sectas o "denominaciones" cristianas; como el espiritismo (emparentado con el mesmerismo y el magnetismo animal); o experiencias muy menores y más o menos pintorescas como la del "antoinisme". Pero tampoco en nada de eso participa la mujer en puesto de fundación o dirección. Ni tampoco en el ocultismo, o en la masonería, o en lo que se sabe de otros círculos del pensamiento esotérico. Ninguna mujer actúa, por ejemplo, a la par del Dr. Hipólito Rivail, es decir de Allan Kardec, teorizador y practicador del espiritismo. Ni se conocen mujeres que se hayan destacado entonces como artistas herméticos a la par de Blake, o, en lo más afín a la mujer, en la literatura, a la par de Víctor Hugo o de Maeterlink. Por cierto, la mujer participó, públicamente, en experiencias sistemáticas que eran una novedad absoluta en Occidente: las experiencias psíquicas, lo que más tarde se llamó metapsíquica y luego parapsicología o percepción extrasensorial. Quiero decir, la mujer se destacó como "medium" excepcional, y los más geniales hombres de ciencia positiva de la época: el físico Crookes, el fisiólogo Richet, el criminalista Lombroso, el psicólogo William James, entre tantos y tantos sabios, se interesaron apasionadamente por descubrir la realidad y el mecanismo de las facultades paranormales de Eusapia Paladino o Mme. Piper, mujeres que han pasado a la historia de las investigaciones psicofisiológicas, independientemente de las polémicas sobre el espiritismo. Pero nada de esta exhibición de facul-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

tades extrasensoriales —facultades seguramente vinculadas a las de las milenarias sibilas y pitias, y comunes en las hagiografías— tiene que ver con la magnitud del destino de Helena Blavatsky, Mary Baker y Annie Besant, aunque todas ellas, verosímilmente, poseyeron algún modo de percepción al margen de los sentidos comunes. Tampoco son los únicos casos de heterodoxia femenina en el siglo XIX, si se recuerda a las europeas y americanas que se vincularon a la difusión de las ideas de Ramakrishna y Vivekananda, que como Sister Nivedita dejaron sus hogares occidentales para seguir a los maestros orientales, y hasta como las que ayudaron a la propia Mme. Blavatsky en sus estaciones por la India. Sobre todos estos casos, quizá tanto o más valiosos en valores de intimidad, se destaca siempre la impar tensión de la personalidad de esas tres mujeres, por la dual potencialidad filosófica y práctica de su acción, por la conmoción en el orbe de la cultura occidental.

Que Helena Blavatsky, Mary Baker o Annie Besant, hayan podido escribir lo que han escrito, sostener la correspondencia que han mantenido, crear y sustentar lo que han creado, estar donde han estado y recrear la propia salud como lo han hecho, no pertenece a la mera genialidad. Se dirá que el "héroe" es, por definición, el que cumple empresas de este género. ¿Pero quién puede negar entonces que el héroe está de algún modo asistido, comunicado, sea por el inconsciente o por el supraconsciente, pero que no es una mera culminación vegetativa de la conciencia terrestre? Se hablará de la sola voluntad: sí, pero prometeica. De todos modos, el problema no tiene importancia aquí; sólo quería destacar mi asombro personal ante la vida de estas mujeres, desde el punto de vista del cuerpo natural y de la mente natural de la especie. Sólo aclaro que cuando me parece razonable suponer el origen extrapersonal o extraterrestre de estas enseñanzas, diferentes y hasta contradictorias entre sí —por ejemplo en lo concerniente a la reencarnación, el karma o el espiritismo— para nada pienso en meros transcriptores de pensamientos recibidos, en un mero autómata o medium pasivo, o una especie de dictáfono eólico, sino —si se me consiente fantasear —en seres humanos excepcionales y colaboradores excepcional-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

mente dotados de agentes espirituales extrahumanos (o ya no humanos) [7].

Portentosa —creo que no hay exageración en decirlo— fue la capacidad de trabajo y lucha de estas revolucionarias en materia de costumbres mentales que quedan vinculadas a movimientos espirituales multitudinarios, movimientos que no degradan en el siglo XX y que levantan templos y centros de irradiación por todo Occidente. Parecidas en cuanto a espíritu de lucha, de contradicción, de disidencia, no de espiritualidad pasiva o contemplativa o sumidas en cielos arcangélicos, sino magnetizadas de actividad y de reforma individual y social, siempre marginadas de polémicas e incomprensiones, sin vacilar en llegar a los estrados judiciales para dirimir problemas relacionados con los fueros religiosos o espirituales. Creyendo, las tres, en la repercusión de la salud espiritual —lograda por el conocimiento y la devoción traducida en actos— sobre la salud psíquica y física. Las tres no-asiáticas sino occidentales —una rusa, una norteamericana, una inglesa— y criadas a la sombra de iglesias más bien separativas, empeñadas ahora en vitalizar creencias y sistemas religiosos y filosóficos originarios de Asia

[7] ¿Han estado, estas mujeres, en sus vidas y en sus obras, asistidas desde otro plano de la conciencia? Intento imaginar que, como quiera que técnicamente se llame a la operación de comunicarse con alguna forma de mente suprapersonal o universal, o con mentes individuales pero actuantes telepáticamente o desde otro nivel existencial; cualquiera sea la explicación natural o extranatural de este género de comunicaciones, estas mujeres han recibido mensajes, inspiraciones, sugestiones o incitaciones, han canalizado fuerzas físicas y fuerzas psíquicas que no pertenecen, o no han despertado mayormente, en la humanidad común, aunque la humanidad común cada vez va estando más anotiada y va comprendiendo mejor.

En primer lugar, no falta el propio testimonio de cada una. Helena Blavatsky habla permanentemente de sus maestros, de uno o varios mahatmas o adeptos que la orientan y de quienes recibe información, indicaciones, fuerzas. Otro tanto Annie Besant. Y Mary Baker proclama que sus enseñanzas son "inspiradas"; así, sólo autoriza la traducción de su obra siempre que se ofrezca a la vez, al frente, el texto inspirado original. Pero prescindamos, si se cree que son pertinentes al caso las reglas de la "sana crítica", de estos testimonios particularmente tachables en el procedimiento judicial común. A la vez, se debe prescindir de los testimonios y pruebas de las antitéticas biografías rosa y negra de estas mujeres. Pero salvadas todas estas garantías para no creer, para no entregarse a la espontaneidad de la evidencia natural, quedaría algo fundamental: la simple apreciación física del volumen de la obra intelectual y material cumplida y dejada por estas mujeres frágiles, huérfanas, anómalas, en medio hostil o indiferente, bajo luchas devastadoras con propios y extraños. Ese solo elemento de criterio, la simple macroscopia de esas vidas y obras, basta para confirmar que, al menos, no pertenecen de ningún modo a la normalidad humana, sino a la excepcionalidad absoluta, lindante con lo inverosímil.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

(más claramente la Teosofía que la Ciencia), según la consigna *Ex oriente lux*. Por tanto, trabajando por la universalización o fraternalización de la conciencia humana, o al menos de la no muy universal conciencia europea.

Las analogías, empero, no anulan las diferencias en las concepciones doctrinarias y en el estilo personal, sobre todo entre las dos teósofas, Blavatsky y Besant, y la cristiano-cientista, Baker-Eddy. Distintos son los conceptos y símbolos; distinta la arquitectura de los sistemas; distinto el método de explicar los propios conocimientos o "revelaciones" o "inspiraciones", pues si la parte mítica no es al estilo antiguo o medieval: tablas recibidas mágicamente o libros descendidos del Cielo, las nuevas verdades, o la restauración de viejas verdades, tampoco fluye de la razón natural ni de la conciencia lúcida, sino de hontanares más milagrosos, aunque diversos en uno y otro caso. El estilo de Mary Baker, en fin, es más bien occidentalista, como apoyado fundamentalmente en el cristianismo (oriental en su origen pero occidentalizado luego); mientras el estilo de Blavatsky y Besant es orientalista y parece por ello más directamente universal, como que la filosofía oriental entronca, en lo interno, con el esoterismo de todos los tiempos. Pero ya dije que no es función mía puntualizar semejanzas y diferencias.

Insisto: no ha sido mi propósito establecer paralelos entre las dos teósofas y la cristiano-cientista. No han interesado aquí las analogías ni las diferencias doctrinarias o personales. Yo creo que es tan importante el espectáculo de estas vidas, que la verdad o error de sus ideas a la luz del juicio final, pasa a segundo plano; lo positivo es esa intrepidez de la criatura humana para realizar y realizarse, la entrega a la fuerza inviolable de la vocación.

Clase dada en el Colegio Libre de Estudios Superiores, el 31 de julio de 1959.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

La mujer en la reforma pedagógica: las maestras norteamericanas que trajo Sarmiento

Resumen de la conferencia del profesor Juan Mantovani

El profesor Mantovani comenzó por aludir a los dos grandes momentos de difusión de la educación primaria que registra nuestra historia pedagógica: el de la época de Rivadavia, con la implantación del sistema lancasteriano que permitió el crecimiento de las escuelas sin aumento de recursos, mediante la organización monitorial o de enseñanza mutua, que aprovechaba la cooperación de los alumnos más adelantados, y el de la creación del sistema de escuelas públicas graduadas, que constituyó la gran preocupación progresista de Sarmiento. Imponía el maestro titulado, lo que trajo como consecuencia la fundación de escuelas normales. Sarmiento había creado la primera de ese género en Chile; en Prusia había conocido los institutos de formación de maestros; pero su inspiración provenía, sobre todo, del movimiento pedagógico de formación de maestros normales promovido por Horacio Mann en los E.E.U.U., desde 1836 hasta su muerte en 1859. Ministro en aquel país del norte y electo Presidente de la República, Sarmiento proyectó traer a la Argentina algunos maestros preparados en aquellos centros de estudios, a fin de poner en marcha un sistema de escuelas públicas que respondiese a los principios sentados por H. Mann, sistema que se encarna después en nuestra ley 1420: la escuela común obligatoria, gratuita y laica, capaz de preparar ciudadanos para que participen en la forma republicana de gobierno. La educación era un postulado implícito en el sistema democrático; había que ofrecer escuelas en las mejores condiciones, desde el edificio hasta la enseñanza a impartir por

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

maestros intelectual y pedagógicamente aptos. El progreso de la opinión pública reclamaba la eliminación del personal improvisado.

Mediante el influjo de Mary Mann comienza a despertar en algunas educadoras norteamericanas un sano deseo de colaborar en la obra de cultura que proyectaba Sarmiento. Casi un centenar de maestras preparadas para esa carrera abandonan su patria y sus tareas y deciden llegar a este país del Plata, desconocido y promisor, y sin medir las condiciones, atraídas por el fervoroso entusiasmo de la causa, comienzan a llegar en grupos sucesivos, primero, 27 mujeres y 3 hombres, desde 1870 a 1879; 37 mujeres más desde 1880 a 1890, y 6 más, de 1890 a 1898. Algunas otras, cuyo nombre no registra la historia, habrían de sumarse aun a esos grupos de pioneros, y todos constituyen el esfuerzo inicial de organización y orientación pedagógica que normaría los estudios y desparramaría la escuela primaria en nuestros ámbitos. Existía en esa empresa la conciencia de que la educación no es mero empirismo, sino tarea, principios y experiencias fundados en la realidad. Corrigieron fallas y defectos de nuestras escuelas e introdujeron costumbres nuevas, sobre todo la del predominio de un espíritu de trabajo y tolerancia. Dieron pruebas de que los obstáculos sólo sirven para animar la lucha, cuando las contiendas son justas.

Desde el punto de vista pedagógico propagaron la doctrina de la educación integral y del desarrollo armónico en sus aspectos físico, intelectual y moral; introdujeron la educación física en la escuela común y afirmaron que la educación intelectual debía entenderse como ejercicio y no como mera provisión de conocimientos. Como seguían la dirección positivista dominante en la época, y particularmente el pensamiento de Spencer, dieron gran lugar a la enseñanza de las ciencias naturales y a las matemáticas, lo mismo que a la idea evolucionista de la vida. El Jardín de Infantes y sus principios tuvieron a esas educadoras por sus más fervorosas adherentes; entre ellas puede contarse a Sarah Ecleston, maestra ejemplar a quien nuestro país debe grandes servicios. Todas afirmaron el principio de la acción sobre la mera palabra y se destacaron en la formación moral de sus discípulas; y al propagar métodos y técnicas nuevas, sentaron las bases de nuestra progresiva escuela primaria.

Archivo Historico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

El profesor Mantovani señaló otros de los méritos de este movimiento del siglo XIX, particularmente los que se refieren a la cultura y a la independencia de la mujer, y recordó la actuación sobresaliente de muchas educadoras norteamericanas incorporadas a nuestro suelo: Clara J. Armstrong, Mary O'Graham, Jeanette Stevens, Miss Haven, Frances Armstrong, Isabel King, Mary Gay de Mac Millan, Clara Gillies de Bischoff, y otras valiosas educadoras que recorrieron diversas extensiones del país, enseñando en diferentes ciudades de provincia, sirviendo con heroísmo a las bases culturales de la República constituida y unificada. Entre los hombres que llegaron en esa histórica inmigración intelectual recordó a George Stearns, Director fundador de la Escuela Normal de Paraná, en 1870, y a su hermano John William Stearns, Director fundador de la Escuela Normal de Tucumán en 1875.

A lo largo de medio siglo de acción abnegada cumplieron positivamente con la cultura, porque se incorporaron y comprendieron al país. Dejaron el ejemplo de su fervor vocacional, del espíritu misionero y de la austeridad de su conducta en la vida profesional. Fue un gran movimiento, porque tuvo unidad, y logró despertar en el buen terreno de las mujeres argentinas, el espíritu de independencia y de valentía que siempre las ha caracterizado para el estudio, la labor pedagógica y el afán por la cultura y el arte.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

VIDA DEL COLEGIO

FILIAL ROSARIO

La filial del Colegio Libre de Rosario, con un núcleo selecto de animadores, al cual hace círculo un grupo mayor de educadores y profesionales ilustrados, sigue desenvolviendo sin pausa una actividad que hace honor a nuestra institución, por lo seria y constructiva.

En su Memoria correspondiente al año 1959, señalaba la entidad que, conforme a la experiencia local propia y ajena —"la de todas las entidades públicas que se desarrollan en nuestro medio" — "la conferencia va perdiendo cada vez más su carácter como medio de divulgación de la cultura de acuerdo con las preferencias del público." "Ello hace meditar —agregaba— sobre la conveniencia de tender a realizar un cambio fundamental en cuanto a métodos y procedimientos, a los fines de llevar más adelante la obra de la Filial." Conforme al criterio de darle directivas de utilidad práctica a algunas de sus actividades, organizó un curso sobre el "Régimen social y carcelario: sus problemas con relación a Rosario".

En él se puso de relieve la existencia del grave problema social que significan las "pavorosas deficiencias" que afectan a los establecimientos carcelarios de la ciudad y de otras de la provincia de Santa Fe.

Los doctores Luis P. Laporte, quien lo abrió trazando un panorama general, José L. Araya, Jorge A. Tellería, Zulema Staffieri, Víctor A. Frigieri y Enrique Luque Fraga, ya considerando los expositores primeramente nombrados el problema carcelario, ya los tres últimos el régimen asistencial y los aspectos psiquiátricos. Un debate libre entre los asistentes concluyó cada reunión. Otras las ocupó el curso sobre "La mujer en la cultura del siglo XIX", trasladado de Buenos Aires a Rosario por algunos de los conferenciantes que intervinieron en su desarrollo en la Capital. La conferencia inaugural la repitió el profesor Roberto F. Giusti, y también repitieron allí las suyas los profesores Francisco Romero, Renata Donghi de Halperín, Marta E. Samatán, Juan Mantovani y Frida Schultz de Mantovani. Tres clases dió el doctor León S. Pérez sobre "Psicología y estructura social"; una el profesor Samuel

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Gorbán sobre "El desarrollo económico en la historia de las ideas económicas".

Con el concurso del Museo Municipal de Bellas Artes "Juan B. Castagnino" y en la sede del mismo celebró la Filial en el mes de junio, en adhesión a los festejos del Día de la Bandera, una Exposición internacional de pintura y literatura infantiles. Comprendió la muestra a 48 países. Facilitó el material la "Cátedra Sarmiento de la Provincia de Buenos Aires", cuyo director, don Samuel Tiffenberg, inauguró la exposición. Contribuyeron al éxito de esas jornadas, desarrolladas entre los días 21 y 27, el Consulado de Francia, el Coro Estable de Rosario, y el Servicio Cultural e Informativo de los Estados Unidos. Intervinieron, ilustrando la exposición y las sucesivas exhibiciones cinematográficas, y sesiones de canto, poesía, música y danza, la profesora Delia Travadelo, el director de la "Alliance Française" de Rosario, Pierre Kalfon, la profesora María Eugenia Barbarich, el ex-director del Colegio Inglés, Stanley Nolan y las profesoras Ernesta Robertaccio, María Elena González y la danzatriz María Fux. Un público considerable visitó la exposición organizada por la Filial.

Dos clases dió la profesora Hilda Torres Varela, ex-directora de Cultura del Chaco, sobre "Drama y teatro" y "Necesidad de un teatro como profesión", a las que aportó la experiencia formada durante su frecuentación de los escenarios parisienses y el trato con los actores, en viajes de estudio. Conferencias y charlas sobre temas científicos, artísticos, sociológicos, dieron en el año el profesor Virgilio Albanese, el doctor Sol E. Rabasa, la señora Violeta Hemsy de Gainza, el doctor Jaime Perriaux, y el profesor J. Ricardo Musso. En homenaje al 75º aniversario de la Ley de Educación Común, la Filial celebró un acto en el cual la doctora Marta Samatán disertó sobre "Sarmiento, el Congreso de 1882 y la ley 1420". El Seminario de Sociología a cargo del profesor Jorge Goldenberg, de la Facultad de Filosofía y Letras local, siguió trabajando en los estudios estadísticos, psicológicos y antropológicos cuyo objetivo es la localidad llamada "Pueblo Nuevo", vecina a Rosario. En estrecha vinculación con el "Collegium Musicum", patrocinó la filial, también con auspicio de otras instituciones, dos cursos del profesor Guillermo Graetzer, quien tuvo la colaboración del ilustre maestro Teodoro Fuchs y de destacados intérpretes y concertistas, así como dos conferencias del reputado musicólogo Ernesto Epstein. Las actividades del año fueron cerradas con una comida en la que representó al Consejo Directivo del Colegio Libre de Estudios Superiores, el profesor Roberto F. Giusti.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

La demora con que aparece el presente número de "Cursos y Conferencias", ordenado en la colección de la Revista como correspondiente al segundo semestre de 1959, atraso que en los duros tiempos

actuales, tan difíciles para los regulares trabajos de imprenta, así desde el punto de vista técnico como económico, es común a muchas publicaciones argentinas y extranjeras, no podría hacernos incurrir en la ficción de ignorar las tareas cumplidas por la Filial de Rosario el año 1960. Por consiguiente las reseñaremos con brevedad.

En mayo se inició el cursillo colectivo, organizado en homenaje a Alejandro Korn. Lo inauguró el profesor J. R. Rasia; en junio fueron exhibidas las películas holandesas, canadienses, rusas y húngaras premiadas en el Festival de Cine Infantil realizado en Mar del Plata, y la profesora Olga Cossettini dió cuatro clases de metodología para maestros principiantes; en julio prosiguió el curso colectivo sobre Korn con una conferencia del doctor José Juan Bruera, titulada "Alejandro Korn y su claro magisterio"; dio tres clases el escritor Eduardo González Lanuza sobre distintos temas literarios, con los auspicios de la Filial del Colegio Libre, Amigos del Arte y el Jockey Club; y disertó la señora Ornelia Ballestreri de Devoto sobre "Los valores autóctonos de la música de Bartok y Moussorgsky". Prosiguieron las exhibiciones de películas para los niños: francesas, británicas, canadienses, checoeslovacas, argentinas, húngaras. El profesor Carlos Moneo Sanz disertó sobre la "Importancia del cine en la escuela y la recreación".

En agosto, con los auspicios de la Filial, de Amigos del Arte y del Consejo Nacional de Mujeres, María Fux dio en el Museo Municipal de Bellas Artes un recital de danzas sobre poemas de Federico García Lorca. Hablaron en el Colegio la profesora Ana Itelman ("Paralelo americano de dos tendencias educacionales"), según observaciones hechas en un colegio norteamericano; el profesor Angel Cappelletti, de "La metafísica y ética en Alejandro Korn" (tercera clase del cursillo), y la profesora Delia Etcheverry, sobre sus observaciones acerca de la "Educación de la juventud en Israel". Prosiguió además el festival del cine infantil. En setiembre, la escritora Aurora Bogu inició un cursillo sobre la poesía rosarina desde comienzos del siglo, y otro dio sobre "Pelleas y Mellisande" de Claudio Debussy la profesora Margarita Fernández, acompañándolo de ilustraciones fonoeléctricas cedidas por el Instituto Francés de Buenos Aires. Con el patrocinio conjunto del Colegio Libre y del Consejo Nacional de Mujeres disertó el profesor Oscar Charpentier sobre: "Sarmiento y las raíces del drama argentino". La profesora María Luisa Crestia de Leguizamón cerró el mes con dos clases sobre "Psicología y pedagogía para la adolescencia" y "Literatura para la adolescencia".

En octubre se realizaron dos actos de valiosa significación artística: el profesor Juan Schultis, director del Collegium Musicum de Buenos Aires, explicó las "Formas y Géneros de la Música Coral en los siglos XV y XVI"; las ilustró el Coro Estable de Rosario, que dirige Cristián Hernández Larguía, cuya excelencia le ha adquirido

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

prestigio nacional. Continuando el cursillo sobre la "Vida cultural de Rosario en la primera mitad del siglo" habló de la narrativa el profesor Eduardo Dughera. El profesor Paulo Lantelme, eminente catedrático brasileño, desarrolló en cinco lecciones, dadas con el auspicio de la Filial en el local del Centro de Estudios Brasileños, el movimiento modernista en la literatura hermana. Prosiguió el cursillo sobre Korn, con una recordación del maestro por Francisco Aguilar; trató Luis Reissig, vuelto por breve tiempo a su patria, el tema "Educación y desarrollo económico", y en el local del Consejo Nacional de Mujeres, el grupo teatral "La Gaviota", dirigido por Elena Siró, representó la obra japonesa "El tambor de Damasco".

Ernesto Epstein examinó en el mes de noviembre en dos lecciones, ilustradas con discos, la música de Stravinsky y Bela Bartok, de Schonberg, Alban Berg y Anton Webern. El curso se hizo con el auspicio conjunto de "Amigos del Arte" y el Colegio Libre. Concluyó el programa del año con una última conferencia sobre Korn, dada por el profesor Rodolfo Vinacua en la Facultad de Filosofía y Letras, como la anterior del profesor Dughera, y con otra del profesor Roberto F. Giusti sobre el tema: "Equivocadas estimaciones de la poesía gauchesca, *Martín Fierro* frente al *Fausto*". Ésta, como gran parte de los actos realizados, tuvo lugar en la Sociedad de Ingenieros, Arquitectos, Constructores y Afines, que desde hace algunos años presta desinteresadamente su local.

Los conceptos de la Memoria relativa al ejercicio, aprobada en diciembre, con relación al movimiento cultural que ha animado en Rosario la Filial del Colegio Libre de Estudios Superiores en colaboración con las instituciones, nombradas en la apretada reseña anterior, muestra que aquél, dentro de la limitación de sus recursos, ha empleado bien su tiempo, con la experta y animosa dirección de un consejo en el cual el secretario, doctor Angel B. Chavarri, el tesorero Hilarión Hernández Larguía y demás miembros, se multiplican en la tarea desinteresada. Considerada desde Buenos Aires esta actividad cultural de la Segunda Ciudad de la República muéstrase, aparte de su mérito intrínseco, nobilísima y a la vez promisoria de nuevos sazonados frutos en cuanto muestra la solidaridad existente entre las diversas instituciones que trabajan en común para lograr tan altos fines. Y también, porque la cultura rosarina, con el aporte de los profesores de la Universidad del Litoral y demás instituciones de cultura locales, se desenvuelve en gran medida por sí sola, aun manteniendo estrechos vínculos con los profesores y escritores porteños y de otras provincias.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Indice del volumen LIV

ERMILO ABREU-GOMEZ: La enseñanza del español 64

GUNTHER BALLIN: La superación del naturalismo en la literatura alemana 81

ADOLFO FERNANDEZ DE OBIETA: Tres revolucionarias religiosas del siglo XIX 195

ROBERTO F GIUSTI: La revolución femenina 105

JULIETA GOMEZ PAZ: Rosalía de Castro 178

MANUEL LAMANA: José Ortega y Gasset y la juventud actual de España 37

FRANCISCO P. LAPLAZA: El problema de los derechos humanos y su protección internacional 1

FRYDA SCHULTZ DE MANTOVANI: Gertrudis Gómez de Avellaneda.. 148

JUAN MANTOVANI: La mujer en la reforma pedagógica: las maestras norteamericanas que trajo Sarmiento 236

HERNAN RODRIGUEZ: Perspectiva de la automatización 51

MARTA ELENA SAMATAN: Harriet Beecher-Stowe y Berta de Suttner.. 163

FLORENTINO V. SANGUINETTI: Reforma de la legislación universitaria argentina 13

GUILLERMO DE TORRE: Emilia Pardo Bazán y los problemas del naturalismo 125

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Ediciones del "Colegio Libre"

REIMPRESION

LISANDRO DE LA TORRE, **OBRAS III Escritos y discursos $ 25**

Contiene el volumen:

INTERMEDIO FILOSOFICO

LA CUESTION SOCIAL Y LOS CRISTIANOS SOCIALES

La cuestión social y un cura
La India cuna de mitos — El Pentateuco hebreo
Navidad y Reyes
Los historiadores y Jesús
Panorama a vuelo de pájaro
Carta a un amigo

GRANDEZA Y DECADENCIA DEL FASCISMO

Distribuye la EDITORIAL LOSADA, Alsina 1121, Bs. As.

URUGUAY CHILE PERU COLOMBIA

Colegio Libre de Estudios Superiores

CONSEJO DIRECTIVO

Titulares: Margarita Argúas (tesorera), José Babini, Roberto F. Giusti, Juan Mantovani, Luis Reissig (secretario), Juan Roberto Rojo, Francisco Romero, José Luis Romero, Juan S. Valmaggia. Suplentes: José González Galé, Nicolás Halperín, Lorenzo R. Parodi — Secretarios de Filiales: BAHIA BLANCA: Pablo Lejarraga, O'Higgins 215 — ROSARIO: Angel B. Chávarri, Santa Fe 1123.

DEL ACTA DE FUNDACION (20 de mayo de 1930):

La formación del **Colegio Libre de Estudios Superiores**, expresión de la iniciativa privada, responde al siguiente fin:

Constará de un conjunto de cátedras libres, de materias incluidas o no en los planes de estudio universitario, donde se desarrollarán puntos especiales que no son profundizados en los cursos generales o que escapan al dominio de las Facultades.

Ofrecerá sus cátedras a profesores universitarios de reconocida autoridad y a las personas que fuera de la Universidad se hayan destacado por su labor personal.

También organizará conferencias aisladas y fomentará los trabajos monográficos y las investigaciones originales, como complemento de los cursos del Colegio.

Ni Universidad profesional, ni tribuna de vulgarización, el **Colegio Libre de Estudios Superiores** aspira a tener la suficiente flexibilidad que le permita adaptarse a las nuevas necesidades y tendencias.

Germen modesto de un esfuerzo en favor de la cultura superior, espera la contribución material, intelectual y moral de todas las personas interesadas en que aquélla sea un elemento de acción directa en el progreso social de la Argentina.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Talleres Gráficos
CONTINENTAL
Lavalle 1671

PRECIO $ 30.—

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar